

Sophie Saint Rose

Rórame

el

Corazón

Róbame el corazón

Sophie Saint Rose

Carolina tenía que enfrentarse a las deudas después del suicidio de su padre y para tener la liquidez que le permitiera cuidar a su madre, debía vender un cuadro que le había regalado su abuela en su quince cumpleaños. ¿Pero quién iba a pensar que la venta de ese cuadro iba a cambiar su vida para siempre?

Indice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Carolina desmoralizada se levantó de la silla de piel marrón y fue hasta el enorme ventanal del bufete de abogados para ver el maravilloso día que hacía en Nueva York. La vida continuaba y que ella hubiera perdido a una de las personas que más quería en el mundo, parecía que no había afectado a nadie excepto a su familia.

—Así que estamos totalmente arruinadas.

—Carol, tu padre lo intentó todo. Incluso buscó socios para una inyección de capital, pero la empresa tiene deudas superiores a su valor actual.

—Incluso debemos dinero.

—No debéis dinero. Debéis una auténtica fortuna por los créditos hipotecarios. Lo perderéis todo como no encuentres una solución antes de treinta días.

Se volvió para mirar al mejor amigo de su padre. La observaba sentado tras su enorme escritorio de caoba, bajo el cuadro de su abuelo que fue quien había fundado el bufete. Estaba a punto de jubilarse y su nieto se haría cargo en cuanto llegara de Boston. Sonrió pues sus ojos castaños rodeados de arrugas estaban preocupados. —No te preocupes por esto.

—¿Cómo no voy a preocuparme? ¡Tu madre está postrada en una cama sin dejar de tomar tranquilizantes debido al suicidio de mi mejor amigo! —Se levantó de su escritorio indignado. Carolina tragó saliva intentando reprimir las lágrimas. Cerró sus preciosos ojos azules tomando aire. —No quiero alterarte más, de verdad. Bastante tienes con todo lo que estás pasando, pero si no solucionamos esto, perderéis vuestra casa y todo lo que poseéis. —Se acercó y la abrazó con fuerza. —Niña, son más de siete millones.

—Dios mío...

Él se alejó para mirar su cara y apartó sus rizos pelirrojos de los hombros. —¿Tienes algún amigo al que puedas pedirle un favor? Yo puedo

disponer de dos millones, pero...

—Keith, no puedo permitirlo... —Se volvió empezando a angustiarse.
—¿Y mis bonos?

—¿Los bonos que te dejó tu abuela? Apenas son quinientos mil dólares.

—¿Tan poco?

—Para otras personas eso es una auténtica fortuna, cielo.

Se pasó la mano por la frente intentando pensar. —No puedo dejar que mamá pierda la casa. Es el único sitio donde se siente segura.

—Lo sé. Pero puede aprender a sentirse segura en otro sitio con el tiempo.

—Esto la matará. No hace más que llorar por la muerte de mi padre y enfrentarla a la agorafobia ahora... Ni siquiera ha sido capaz de ir a su entierro.

Todo el mundo conocía el problema que tenía Diana Chambers. Después de que un día la atracaran en la calle para robarle los anillos, se había negado a salir de casa. Al principio todo el mundo lo vio como algo normal, pero todo fue a peor cuando se dieron cuenta que no podía salir a la calle porque se mareaba y llegaba a desmayarse. Su familia la apoyó en todo, pero la terapia no dio resultado y el único sitio donde realmente se sentía segura era en su casa. No podían permitirse perder la casa.

—Si vendo mi apartamento conseguiré dos millones —dijo pensando en todo lo que podía vender—. Y las joyas de la abuela más los bonos...

—Todavía te faltan cuatro. Si yo te doy dos te quedan dos.

—Me faltan cuatro. —Le miró muy seria. —No dejaré que esto afecte a nadie más.

Keith asintió y entrecerró los ojos. —Cuatro millones. ¿De qué podemos tirar?

—Papá fue vendiendo las cosas poco a poco. Incluso la casa de los Hamptons. Yo pensaba que lo hacía porque ya no la usábamos, pero...

—No podía decirte nada. Entiéndelo.

—Lo entiendo. Siempre has mirado por los intereses de la familia.

—¿Qué más puedes vender?

Empezando a desesperarse, apartó sus rizos mirando a su alrededor y al ver el cuadro entrecerró los ojos. —El cuadro.

—¿Qué cuadro?

—Un cuadro que la abuela me regaló en mi quince cumpleaños. Me dijo que era un Monet.

—¿Tienes un Monet? ¿Y por qué no está asegurado?

—Porque me dijo que jamás dijera que lo tenía para mi seguridad.

—¿Para tu seguridad?

—Sí, me dijo que así evitaría que alguien intentara robármelo en el futuro. Ya sabes lo excéntrica que era. Cuando me mudé a mi apartamento, lo colgué en el salón y para mí solo tiene valor sentimental.

—¡Es un Monet! ¡Puede valer una fortuna!

—Lo sé, pero... —Hizo una mueca. —Nunca me lo creí del todo.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo iba a conseguir mi abuela un Monet cuando uno de la serie Nenúfares se vendió por cincuenta millones de dólares? Es ridículo.

Keith entrecerró los ojos. —¿Crees que te regaló una falsificación?

—Eso es lo que pensé años después por su insistencia a que no se lo dijera a nadie.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Yo qué sé, Keith. Tenías que haber visto su piso cuando falleció. Había jarrones que costaban tres pavos junto a figuritas de porcelana francesa. Decía que el arte era arte y solo era valioso en el corazón de quien lo miraba.

—Siempre he estado de acuerdo con esa opinión. —Fue hasta su escritorio. —Pero deberíamos analizarlo por si acaso.

—Eso costará dinero y...

—Déjame hacer esto por ti. Por favor. —Levantó un teléfono y dijo — Rose, consígueme el teléfono del mejor marchante de arte de Nueva York y reserva una mesa en Il Ristorante para dentro de media hora para dos. —

Sonrió a Carolina. —Tengo que presumir de ahijada.

Tres días después Carolina y Keith estaban sentados ante el cuadro colocado en un caballete mientras el experto lo observaba con una lupa. Ella suspiró viendo la dama sobre una colina con una sombrilla sobre su hombro izquierdo.

—Magnífico. —Carolina miró a Keith, que sonrió cogiendo su mano sobre el escritorio. —Realmente maravilloso... —dijo el hombre.

—¿Es auténtico? —preguntó su abogado.

—¿Auténtico? —Sin volverse siguió mirando la pintura a través de la lupa. —Increíble.

Keith exasperado fulminó su espalda y Carolina tuvo que reprimir una sonrisa. —¿Es auténtico o no? Yo cobro por horas, ¿sabe?

El experto le ignoró y Carolina ya no pudo disimular la risa. Su amigo intentó disimular su impaciencia y gruñó por lo bajo levantándose para servirse un whisky. Levantó el vaso tallado mirándola, pero ella negó con la cabeza.

—Increíble, realmente increíble.

El hombrecillo se enderezó girándose pensativo y se quitó sus gafas de pasta suspirando antes de volver a ponérselas. Le miraron expectantes.

—¿Y bien? —preguntó Keith con ganas de matarle.

—No sé qué pensar...

—Es una falsificación —dijo ella no queriendo hacerse ilusiones.

—No.

—¿Cómo que no? —Su corazón saltó en su pecho. —¿Es un Monet?

—No lo sé. —Esas palabras la dejaron de piedra.

—¿Cómo que no lo sabe? ¿No es un experto? —gritó Keith dejando el vaso de nuevo sin llegar a llenarlo—. No me haga perder el tiempo. ¿Es un Monet o no?

—Sus pintadas, la pigmentación... incluso la imagen de su esposa...

todo hace indicar que es un Monet.

—¡Caballero, si canta como un canario, parece un canario y vuela como un canario, es un pájaro!

Carolina se echó a reír. —¿Qué?

—¡Ya no sé ni lo que me digo!

—Le he entendido perfectamente, señor Roberts. Pero es que esta obra nunca ha sido catalogada.

Eso les quitó toda la ilusión. —Es una falsificación —dijo derrotada.

—Por supuesto, debería hacer pruebas sobre la pigmentación y el lienzo, pero yo diría que sí que es un Monet.

Le miraron con la boca abierta antes de mirarse el uno al otro. —Vamos a ver, que me estoy liando. ¡Acaba de decir que no está catalogada! —dijo Keith dando un paso hacia él.

—Y no lo está. De eso estoy seguro. Totalmente seguro. Hay obras parecidas a esta y puede ser que sea una prueba que desechó el pintor en su momento. Igual fue a parar a manos de un amigo o vaya usted a saber. Si ha estado en manos de coleccionistas privados, puede que nunca se haya catalogado. —Miró a Carolina. —¿Cómo la ha conseguido usted?

—Me la regaló mi abuela —dijo sin aliento.

—¿Y dónde la obtuvo ella?

—No lo sé. Nunca me lo dijo y ya ha fallecido.

El hombre se cruzó de brazos volviéndose hacia el cuadro de nuevo. —Increíble. ¿Sabe lo que tiene aquí, señorita Chambers? Una obra inédita de este pintor, alcanzará los sesenta millones de dólares.

—Madre mía... Creo que me estoy mareando. —Se llevó la mano al vientre intentando respirar.

—¿Pero es seguro? —preguntó Keith todavía atónito acercándose a toda prisa.

—Casi al noventa y seis por ciento. Como les he dicho, debo hacer unas pruebas, pero apostaría el cuello.

—Bien, pues necesitamos las pruebas que nos garanticen que el cuadro es auténtico al cien por cien.

—Me pondré a ello inmediatamente.

Keith se sentó a su lado y le acarició su pálida mejilla. —Todo se va a solucionar.

Sonrió con los ojos llenos de lágrimas. —Es tan increíble. No sé cómo reaccionar.

—Si todo es cierto, no tendrás que vender tu apartamento.

—Voy a venderlo igual. Desde que murió mi padre, vivo con mamá para que no esté sola. He tenido que contratar una enfermera para cuando estoy trabajando.

—¿Crees que...?

Se mordió el labio muy nerviosa. —No come, apenas duerme a pesar de la medicación y no sale de la cama. Se está consumiendo, Keith.

—Quizás deberías decirle la verdad sobre por qué ha ocurrido. Se lo has ocultado todo y creo que está intentando entender por qué su amado esposo se ha tirado por la ventana de su oficina abandonándola.

Miró de reojo al experto que seguía observando la obra. —Pero, ¿y si empeoro las cosas? ¿Y si se echa la culpa de que papá no le contara sus problemas financieros?

—Debe saber la verdad. —Asintió pensando en ello. —Vete a casa. Esta noche me pasaré por la casa de tu madre para verla.

Entró en el piso de sus padres y atravesó el hall rodeando la mesa redonda que tenía un enorme jarrón con rosas blancas. Apretó los labios porque tendría que llamar a la floristería para anular ese gasto superfluo. Si el cuadro era auténtico, tendría que cambiar ciertas cosas porque no pensaba seguir llevando esa vida de lujo y derroche que sus padres habían disfrutado hasta ahora.

Atravesó el inmenso salón y se dirigió hasta la escalera de caoba encontrándose con Gillian de camino. —¿Cómo está? —le preguntó al ama de llaves.

—He conseguido que coma algo de puré, pero no ha querido la fruta.

Asintió continuando su camino y la mujer la cogió de la muñeca. Tenía cincuenta y dos años y la conocía de toda la vida. Al ver la preocupación en sus ojos verdes susurró —No voy a dejar que muera.

Gillian asintió. —Yo tampoco. Pero si ocurre, quiero que sepas que tú has hecho todo lo que has podido y no hay otra hija como tú. No debes echarte la culpa. Quiero a tu madre como a una hermana, pero me da la sensación de que se ha rendido.

—Pues tendré que hacer que quiera vivir. ¿No crees?

—Dios te oiga.

Entró en la habitación de su madre, que estaba tumbada en la cama dándole la espalda mirando hacia la ventana y se acercó lentamente sentándose tras ella. —¿Mamá?

Su madre se volvió y forzó una sonrisa. —Hola hija, ¿qué tal el trabajo?

—No he ido a trabajar, mamá. He visto a Keith.

Su madre se tumbó boca arriba. —¿Para el testamento?

—Sí, en parte para lo del testamento. —Apretó los labios viendo su palidez. —Pero en parte para arreglar otras cosas. Debemos mucho dinero, mamá.

Se sentó en la cama lentamente mirándola con sus mismos ojos azules. —¿Cómo que debemos dinero? Papá...

—Papá se suicidó por las deudas. Debemos siete millones.

Su madre se llevó la mano al pecho asustada. —¿Siete millones? ¿Por qué?

—La empresa está en graves dificultades y papá pidió créditos hipotecarios. Si no pagamos en tres semanas, lo perderemos todo.

—Dios mío. ¿Por qué no me dijo nada? ¿Por qué no se desahogó conmigo?

—Le avergonzaba haber llegado a ese extremo, mamá. No pudo enfrentarse al hecho de que no encontraba una solución.

—¿No pudo enfrentarse a eso? —gritó su madre sorprendiéndola—. ¿No pudo enfrentarse? ¿Y eligió dejarte a ti con esa carga? ¡Maldito!

¡Maldito cobarde! —gritó fuera de sí—. ¡Me ha dejado sola! ¡Se ha ido y me ha dejado sola!

—Mamá, cálmate —dijo asustada cogiendo el teléfono para llamar al médico mientras Gillian entraba en la habitación—. ¿Dónde está la enfermera?

—Es su hora de descanso. Estará en el parque.

—¡Llama al doctor! —gritó por encima de los gritos de su madre.

Se acercó a su madre y la abrazó con fuerza. Estaba tan delgada...

—Mamá, por favor. Me estás asustando —dijo angustiada mientras su madre lloraba en su hombro.

—Maldito cobarde. Mi John... —Carolina reprimió las lágrimas al escuchar su dolor. —¿Por qué no me dijo nada?

—Estaba asustado, mamá. Nunca dudes que nos quiso más que a nada. —Diana Chambers gritó angustiada antes de desmayarse. —¡Una ambulancia! —gritó muerta de miedo tumbándola en la cama suavemente.

Gillian le tomó el pulso y suspirando de alivio susurró —Se ha desmayado. Tiene pulso.

—¡Llama a una ambulancia!

—Se despertará en un hospital y se pondrá histérica. Deja que llegue el doctor. Está a dos calles. Si él decide trasladarla, lo haremos.

Carolina asintió y llorando acarició la frente de su madre, apartando sus rizos rubios. Susurró —No te preocupes. Lo arreglaré todo. Te lo juro. Haré lo que haga falta para que estés segura.

Capítulo 2

Su madre se despertó al día siguiente y el movimiento sobresaltó a Carolina que estaba dormida en la butaca. Se miraron a los ojos y su madre susurró —Lo siento.

—No tienes nada que sentir, mamá.

—Papá te hace esto y ahora tienes que cargar conmigo.

—No digas eso, ¿me oyes? Jamás pienses que estaría mejor sin ti porque no es cierto. —Se arrodilló a su lado en la cama y le cogió la mano apretándola con fuerza. —¿Qué iba a hacer si tú me faltaras? Te necesito a mi lado. —Besó su mano. —Prométemelo mamá.

—¿El qué? —Le acarició el cabello. —¿Qué tengo que prometerte?

—Que vas a hacer lo posible por ponerte bien y salir de esta cama. Que volverás a pintar en la terraza y que me prepararás tortitas los domingos. — Diana sonrió con tristeza. —Prométemelo.

—Te lo prometo, hija.

Sentada tras su escritorio, apoyó los talones sobre la mesa, colocando el manuscrito que se editaría en dos meses sobre los muslos. Con un lápiz empezó las correcciones cuando la puerta de su despacho se abrió. Sin levantar la vista del manuscrito dijo —Mary, tengo mucho trabajo. No voy a salir a comer.

—¿Carolina Chambers?

Levantó la vista al escuchar esa voz masculina y se quedó tan

sorprendida que dejó caer el lápiz en su regazo. No es que fuera atractivo. Hombres atractivos había muchos, pero ese hombre tenía un aura de poder y masculinidad a su alrededor que dejaría sin aliento a la mismísima Mata Hari. Era muy moreno de pelo y piel. Su traje gris hecho a medida mostraba que tenía muchísimo dinero. Pero sus ojos... Esos fríos ojos grises demostraban que siempre conseguía lo que quería. Era un hombre a tener en cuenta, de eso no había duda.

—¿Carolina Chambers?

—¿Si? —Al ver que sea acercaba mirando sus piernas, las bajó rápidamente dejando caer el manuscrito. Sin molestarse en recogerlo preguntó —¿Quién es usted?

—Me llamo Kevin Collins. —Extendió la mano y ella se levantó casi sin aliento haciendo lo mismo pues deseaba tocarle. Su corazón se aceleró con su contacto y se preguntó qué sentiría si la besaba. Sin darse cuenta sus ojos bajaron hasta sus finos labios, que no sonreían en absoluto.

Reaccionando separó su mano. —¿Pertenece a alguna editorial?

—No. No tengo nada que ver con temas editoriales —dijo mirando a su alrededor. Su moderno despacho estaba lleno de manuscritos y libros en las estanterías. Los carteles con sus best sellers colgaban de las paredes.

—Por favor, siéntese. ¿A qué se debe su visita?

Él no se sentó, sino que la miró fijamente. —Vengo por el cuadro. El cuadro de mi familia. El Monet.

A Carolina se le cortó el aliento. —¿Disculpe?

—No sé cómo ha llegado a sus manos, pero voy a recuperarlo. Nos pertenece desde que el pintor se lo regaló a un amigo. Mi bisabuelo. Así que ya me lo puede ir devolviendo.

—No sé qué cuadro ha perdido su familia. Pero mi Monet me lo regaló mi abuela.

—¿Su abuela es Corinne Taylor?

Carolina abrió los ojos como platos. —Exacto, ¿cómo lo sabe?

—El cuadro fue robado de la casa familiar de mis abuelos y su abuela les conocía.

—¿Está insinuando que mi abuela robó dicho cuadro? —Cogió su móvil furiosa. —Disculpe un momento, voy a llamar a mi abogado de inmediato. Pienso meterles una demanda que se van a cagar. Ya pueden tener pruebas de lo que dicen.

—Llame a quien quiera. Puedo demostrar que el cuadro es mío y como lo tiene usted, sólo hay una manera de que llegara a sus manos. Y le aseguro que no es una manera legal. —Ella bajó el móvil lentamente y él sonrió. — Como veo que lo ha entendido, quiero el cuadro de vuelta de inmediato. Bueno, en realidad lo quiere mi abuela de inmediato.

—No lo tengo. Lo están analizando. ¿Cómo se ha enterado de que es de mi propiedad? ¿Y cómo sabe que el cuadro de su abuela es el mío?

—Lo sé porque tengo amigos muy poderosos y en el mundo del arte hay ciertos secretos que salen a la luz. Su analista no ha sido muy discreto. Envió una foto del cuadro a un amigo familiar para elogiarse de su hallazgo y esta persona se ha puesto en contacto con mi abuela de inmediato.

—Supongo que lo tendrían asegurado si fue robado —preguntó fríamente. —¿Ya lo han cobrado?

Él sonrió con ironía. —No estaba asegurado, señorita. Sino sabría que estaba catalogado y nunca lo ha estado.

—Me imagino porqué algo tan valioso no estaba asegurado. ¿Lo robó su abuelo?

Él entrecerró los ojos. —No juegue conmigo. Devuélvame el cuadro y asunto arreglado.

—Púdrase.

—¿Quiere guerra? Mi familia es muy poderosa en Europa.

—Mire qué casualidad. La mía lo es en Nueva York y puesto que estamos aquí, gano yo. Buenos días.

Se retaron con la mirada y él sonrió apoyando las palmas de las manos sobre la mesa. —Te voy a aconsejar una cosa, Carolina. Devuélvemelo por las buenas y puede que sea generoso. Pero si es por las malas, no recibirás nada.

—Púdrete —respondió con una sonrisa.

—Tú lo has querido, preciosa.

Se sonrojó por el piropo y con la boca seca le vio salir de su despacho dejando la puerta abierta. A toda prisa cogió su móvil llamando a Keith que contestó de inmediato. —Tenemos un problema.

Su abogado sonrió detrás de su mesa. —No debes preocuparte, el cuadro ha sido reconocido a tu nombre y es de tu propiedad. Legalmente es tuyo y ese tal Collins no puede demostrar que no se lo regalaron a tu abuela en el pasado.

—¿Entonces por mucho que lo reclame el cuadro es mío?

—Legalmente sí. Aunque él asegure que se lo robaron a su familia, tendría que demostrarlo. Si no lo denunciaron a la policía será por alguna razón poco lícita. Estás cubierta legalmente.

Suspiró de alivio. —Quiero venderlo cuanto antes. Si se tiene que hacer una subasta únicamente para el cuadro, pagaré la comisión necesaria. Pero que sea cuanto antes.

—Todavía están esperando no sé qué análisis para confirmar los pigmentos. Tardará unos días. Después la publicidad... todo llevará su tiempo.

—¿Y las deudas? No puedo esperar.

—Tranquila. He hablado con los bancos y esperarán porque he adelantado los dos millones, así que están obligados a darnos más tiempo.

—¡Keith!

—Cobraremos. Tranquila. Cuando esto termine, tendrás dinero de sobra. Estoy tratando la venta de la empresa y puede que tenga a un interesado.

—¿Se encargará de las deudas?

—Se comprometerá a mantenerla abierta con una inyección de capital, pero los créditos que solicitó tu padre eran por vuestro patrimonio familiar, así que...

—Seguiremos debiendo el dinero.

—Al menos la deuda no aumentará. Se encargará de las nóminas

retrasadas de los empleados y podrá seguir abierta. Será beneficioso para todos.

Ella asintió. —Muy bien. Prepáralo. Quiero librarme de ella cuanto antes.

—¿No quieres consultarlo con tu madre?

—Mi madre me apoya en mis decisiones.

—¿Cómo se encuentra?

—Mucho mejor. Tenías razón. Abrirle los ojos era lo más conveniente.

Keith sonrió. —Me alegro. Me alegro muchísimo.

—Quiere que vayáis a cenar un día de estos. Promete cocinar.

—Se lo diré a Meredith. Está deseando verla, pero...

—Lo entiendo. No quería molestar. —Sonrió al verle algo incómodo.
—¿Cuándo llega tu nieto?

—Está al caer para ponerse al día. No puedo creer que en nada de tiempo sea un jubilado que dedique el día a no hacer nada. —Se echó a reír.
—¿Te lo imaginas?

—¿Sabe que le vas a estar vigilando continuamente? —preguntó maliciosa.

—No tiene ni idea.

Se echaron a reír y siguieron conversando del tema.

Esa noche estaba cenando con su madre en la terraza y sonrió al verla arreglada. Incluso se había planchado el cabello llevándolo impecable. Gillian salió con la fuente de la ensalada sentándose entre ellas. —Así que todo va mejor.

—Si vendemos la empresa, sólo nos quedará la deuda de los créditos y el cuadro nos asegurará la vida. Lo único que me preocupa, es que Keith ha adelantado dos millones para que los bancos no nos embarguen.

—Este Keith siempre tan atento —dijo su madre con cariño.

—Si algo sale mal...

En ese momento sonó el teléfono fijo y todas se quedaron en silencio como si tuvieran una premonición. —No lo cojas—dijo Gillian.

Diana se levantó lentamente y salió de la terraza.

—Mamá tiene razón. Hay que enfrentarse a los problemas.

—Esta mañana ha llamado un hombre para pedir dinero. Le he dicho que hable con Keith, pero...

—¡Carolina, es para ti! —gritó su madre desde el salón.

Se levantó lentamente y susurró muy seria —Si vuelven a llamar, dales mi número. No quiero que molesten a mamá.

Entró en el salón y su madre sonrió pasándole el auricular. —Un hombre pregunta por ti.

Cogió el teléfono y tomó aire antes de preguntar —¿Diga?

—Buenas noches, preciosa.

Esa voz la dejó helada. —¿Señor Collins?

—Tengo algo que decirte que te puede interesar. En una hora en el bar del Plaza.

Colgó el teléfono dejándola sin saber qué hacer. Su madre sonrió. —¿Es atractivo?

—Mucho, pero quiere mi cuadro.

Su madre unió las manos. —¿Quiere comprarlo?

—No, mamá. Quiere que se lo devuelva.

Diana perdió la sonrisa. —¿Qué?

—Dice que la abuela se lo robó a sus abuelos.

Su madre hizo una mueca y se dio la vuelta para volver a la terraza. Asombrada la siguió. —¿Mamá?

—Tu abuela era algo excéntrica, cariño. —Se sentó como si nada y empezó a comer.

—¿Lo robó?

—Shuss. ¡Imagínate que te oyen los vecinos! —Indignada se sirvió

ensalada. —No sé si lo robó.

—¡Lo dices como si existiera la posibilidad de que eso hubiera pasado!

Gillian y Diana se hicieron las locas mientras masticaban. —Ay Dios, ¿qué me estáis ocultando?

—La abuela era especial. Mucho —dijo Gillian sonriendo—. ¿De dónde crees que sacaba su dinero?

Se dejó caer en su silla. —¿Tú lo sabías?

—¿Que era una ladrona? Claro. ¿Dónde crees que me encontró? —preguntó su ama de llaves—. Mi tío era su distribuidor y murió en una redada. Tu abuela me acogió para cuidar a tu madre. Aunque sólo le llevaba cinco años a Diana, era mucho más madura que ella. Me dio cobijo y cuando tu madre se casó, me vine con ella porque la abuela lo pidió así. Fue una madre para mí, que Dios la tenga en su gloria.

—Ay, madre. Robó el cuadro, ¿verdad?

Se encogieron de hombros. —No me metía en los temas de mamá.

—¡Increíble! ¿Y ahora cómo me enfrento a ese hombre?

—Tú no sabes nada. Punto.

—¿Cómo que punto? ¡Puede demostrar que el cuadro es suyo!

—¿Y por qué no lo ha denunciado a la policía? —preguntó Gillian como si nada—. Sospechoso como poco.

—Eso mismo le dije yo, pero... me da mala espina.

—¿Cómo has dicho que se llama?

—Kevin Collins.

Su madre dejó caer el tenedor mirándola con los ojos como platos. —¿Has dicho Kevin Collins?

—Sí, ¿le conoces?

—¡Llama a Keith! ¡Hay que averiguar dónde está el cuadro!

—¿Por qué?

—¡Hija, Kevin Collins es el nombre de tu abuelo!

Asombrada negó con la cabeza incrédula. —Mamá, ¿pero qué dices?

¿El abuelo? El abuelo era Raymond Taylor.

—Ese era su auténtico nombre, pero cuando trabajaba usaba el alias de Kevin Collins.

—¿Cuándo trabajaba? ¿Qué era, actor?

—Esta niña es un poco lenta.

—¡Gillian! —Su madre la miró y cogió su mano. —Tu abuelo era uno de los ladrones de guante blanco más importantes del mundo, cariño.

—¿Estilo Cary Grant en esa película? —preguntó sin voz. Ambas asintieron provocándole un nudo en el estómago—. Voy a vomitar.

—Atrapa a un ladrón. Menuda película —dijo Gillian soñadora—. Con un hombre así, me dejaría robar hasta el sostén.

La miró asombrada. —¡Esto es serio!

—Hablo en serio. ¿Quién rechazaría a Cary Grant? Ni Grace Kelly se resistió.

Ignorándola miró a su madre. —Pues a ver qué hago porque un tal Kevin Collins estará en una hora en el Plaza esperándome.

—¿Está bueno?

—¡Gillian!

Su madre dejó el cuchillo y apoyó la espalda en el respaldo de la silla. —Tendrás que averiguar qué quiere. Pero sobre todo tendrás que averiguar quién es para investigarlo.

—Un farsante, eso es —dijo Gillian levantándose—. Déjame a mí.

La vio levantarse y su madre dijo —Estás oxidada, Gil. Siéntate.

—¿Oxidada? —Carolina cogió su copa de vino y tragó todo su contenido.

—No puedes beber más. Tienes que estar alerta —le advirtió su madre—. Ahora vas a demostrar que la sangre de dos de los ladrones más importantes del mundo corre por tus venas. Te vas a vestir muy hermosa, irás al hotel y tomarás una copa con él. No demuestres tus nervios. Lo único que debes hacer es robarle la cartera.

—¡La cartera! ¡Que le robe la cartera! ¡Estáis fatal!

—Es sencillo. Te caes sobre él y se la quitas. Lo has visto mil veces en las películas.

—¡Sí, pero no lo he hecho nunca! —Se levantó furiosa. —Que me tire sobre él. Estás han perdido el juicio.

Vieron como murmuraba yendo hacia las escaleras y Gill levantó una ceja. —¿Me cambio?

—Sí. Averigua quién es el gancho. ¿Hay postre?

Gill sonrió. —Veo que has recuperado el apetito.

—Volvemos al principio, amiga. Que Carolina no te vea.

Capítulo 3

Llegó al bar del Plaza sintiéndose muy nerviosa. Se miró a uno de los espejos discretamente para ver que su vestido de gasa blanco seguía quedándole igual de bien que cuando salió de casa. Se había recogido sus rizos en una cola de caballo, pues la noche en Nueva York era calurosa a mediados de julio. Echó un vistazo a su alrededor, pero su cita no estaba. Cuando sintió una mano en su espalda desnuda, se sobresaltó dando la vuelta para verlo tras ella sonriendo. Dios, estaba para comérselo con su camisa negra remangada hasta los codos y su pantalón negro.

—Veo que has decidido venir.

—Algo evidente —dijo con un gallito. Carraspeó incómoda—. ¿Nos sentamos?

—Por supuesto.

¡No llevaba chaqueta! ¿Cómo se iba a tirar sobre su trasero?

La acompañó a una mesa sentándose frente a ella sin dejar de mirarla fríamente. —Estás preciosa.

—¡Corta el rollo! ¿Qué quieres?

Él sonrió de medio lado y levantó la mano llamando al camarero que se acercó de inmediato. —Un gin-tonic y un whisky de malta.

—Sí, señor Collins.

¿Cómo sabía lo que tomaba? Ese tío la había investigado. —Creo que lo mejor es que me des el cuadro cuanto antes, para que tu marchante no meta más la pata.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? —Se levantó cogiendo su bolso de mano y él sonrió.

—Siéntate, nena. Esta conversación te va a interesar. —Se sentó lentamente al ver su confianza. —Detrás del cuadro hay una dedicatoria que demuestra que mi cliente es la propietaria del cuadro.

—¿Has dicho cliente?

—Muy hábil. Céntrate, ¿quieres?

—¿Quiere recuperarlo? Que venga y compre el cuadro en la subasta. Apuesto a que tiene el dinero.

—Por supuesto que lo tiene. Pero no va a pagar por algo que es suyo.

—¿No era de tu abuelito?

—Ja, ja. Tampoco era de tu abuelita.

—Sí que lo era. Tengo testigos de que me lo regaló en mi quince cumpleaños.

—¿No me digas? Apuesto que uno de ellos es tu abogado y el otro es tu madre.

—Aciertas en ambas.

—Me lo imaginaba. Pues yo tengo fotos de hace cuarenta años de tu abuela ante el cuadro en casa de mi cliente.

—Eso solo demuestra que estuvo allí. No demuestra que tu cliente no se lo regaló a mi abuela. —Sonrió de oreja a oreja. —¿Algo más que deba saber?

—Te ofrezco siete por el cuadro y asunto zanjado. Creo que es lo que debes, ¿no es cierto?

A Carolina se le cortó el aliento. —No pienso darte el cuadro. Irá a subasta.

—¿Y si te dijera que si ese cuadro se llega a subastar y se entera la prensa, te quedarás sin él porque pertenecía a cierta familia con mucho poder?

—¿Estás reconociendo que tu cliente robó el cuadro?

—Yo no reconozco nada, preciosa. —Cogió el whisky y bebió sin quitarle la vista de encima y ella medio hipnotizada vio como tragaba moviendo la nuez. —Después, preciosa. Antes debemos solucionar esto.

Se puso como un tomate al darse cuenta de lo que quería decir y siseó —¿Qué más quisieras?

—Quisiera muchas cosas más, pero ya te las diré cuando te tenga en mi cama. Sobre el cuadro...

—El cuadro irá a subasta. Punto. Kevin o cómo te llames.

—Así que ya te lo han contado. —Le cortó el aliento. —Pues deberías ser más lista que tu abuelo y saber cuándo hay que darse por vencido.

—¿Me estás diciendo que mi abuelo murió por el cuadro?

—No he dicho eso. Sólo digo que Kevin Collins no supo cuándo detenerse, al contrario que tu abuela. ¿Tú sabes cuándo detenerte, Carolina?

—Púdrete. ¡No pienso dejar que me amenaces!

Él se echó a reír al ver que se levantaba indignada. —El mismo carácter que tu abuela.

Carolina le miró incrédula por lo que acababa de decir. —¿Conociste a mi abuela?

—Era mi madrina, cielo —dijo cogiéndola por la muñeca y acercándola a él—. ¿Ahora sabes quién soy?

El corazón le latió con fuerza mirando sus ojos y dijo sin aliento —Eres Jack Berkeley. Pero si estás muerto.

—Sorpresa... —Sonrió bajando los ojos por su escote. —La última vez que te vi, debías tener cinco años. Debo reconocer que ahora estás mucho más buena.

—Vaya, gracias.

—De nada. —Bebió de su copa soltándola y Carolina se sentó pensando que aquello no estaba pasando. Necesitaba salir de esa pesadilla. —¿Quieres oír la historia o se la preguntas a tu madre?

—Ah, ¿pero ella lo sabe?

—Claro, y seguro que Gill la está llamando en este momento para avisarla de mi presencia en la ciudad. Veinte años lejos de casa es mucho tiempo, nena.

—Disculpa que no te haga una fiesta de bienvenida.

—Lo comprendo. —Se miraron a los ojos y él apoyó los codos sobre la mesa. —Te voy a contar una historia de lo más entretenida. Cuando tú no habías nacido, mis padres y tus abuelos se trasladaron a Mónaco como todos los veranos para dar ciertos golpes muy provechosos. Imagínate la sorpresa de mi padre cuando encuentra en el salón de casa de cierto magnate un Monet no catalogado. Por supuesto se preguntó qué estaba ocurriendo allí y descubrió que el padre de ese hombre había tenido un papel muy activo en el Tercer Reich.

—En la segunda guerra mundial los nazis robaron muchas obras de arte.

—Exacto. Una obra que no se catalogó en el expolio y no se sabía su procedencia. Por eso ese hombre la exponía, porque no se podía demostrar que había sido robada. Para una persona no entendida en arte, esa pintura era un Monet. Y para un entendido...

—Un entendido no diría nada para no mostrar ante el anfitrión su desconocimiento de esa obra.

Su desconocido sonrió. —Muy lista.

—Así que decidieron robarla.

—Quien roba a un ladrón... —Bebió de su whisky divertido. —Fue tan sencillo, que se vanagloriaban en sus reuniones durante años de lo estúpido que había sido su supuesto propietario. Salieron con ella por la puerta como si tal cosa en plena noche mientras el alemán se gastaba el dinero en el casino.

—Y después qué ocurrió.

—Siguieron trabajando y cuando terminó el verano, como la mayoría de los millonarios, volvieron a casa con el botín. Se decidió que el cuadro no se vendiera de momento, esperando a tener un buen plan para justificar la aparición de la obra inédita de Monet. Vendieron todo lo demás y siguieron con sus vidas. Tu abuelo en un robo especialmente complicado, recibió un tiro por la espalda y murió en nuestra casa. No fue difícil simular un accidente de coche, donde su cuerpo se calcinó completamente. Tu abuela siguió trabajando, pero mi padre se puso enfermo y quería que se vendiera el cuadro.

—Necesitabais el dinero.

—Exacto. Pero tu abuela no quiso —dijo fríamente—. Y mi padre en su desesperación robó en casa de ciertas personas muy vengativas y...

—Simulasteis vuestra muerte al sentirnos amenazados.

—Nuevamente un accidente de coche.

—¿De dónde sacasteis los cuerpos?

Él entrecerró los ojos. —Del depósito de cadáveres.

—¿Y los informes forenses?

—¿Tú qué crees? El dinero mueve montañas, nena. —Pensando en ello bebió de su vaso y él continuó —Si tu abuela hubiera vendido el cuadro, incluso en el mercado negro, nosotros no habiéramos perdido nuestras vidas.

—La abuela se llevó un disgusto enorme. Hablaba de vosotros siempre con mucho cariño.

—¿No me digas? —Sonrió divertido. —Es sorprendente que me digas eso, cuando ella sabía de sobra que estábamos vivos.

Carolina perdió todo el color de la cara. —Mientes.

—Me parece que la que has vivido una mentira continua has sido tú. Yo mismo vi a tu abuela hace unos años en nuestra villa de Florencia, tomándose un refresco en la terraza mientras hablaba con mi padre. De hecho, me saludó con un beso en la mejilla.

No se lo podía creer, la había visto emocionarse mil veces con la muerte de su querido ahijado. El niño más guapo y cariñoso del mundo.

Lo de guapo era cierto, lo de cariñoso... cómo cambiaban los hombres.

—Así que quieres tu parte.

—No, no quiero mi parte. Mi madre tiene derecho a quedarse con ese cuadro. ¡Perdieron sus vidas por culpa de tu abuela! Así que te aconsejo que me lo des antes de que me cabree.

Ella sonrió cruzándose de brazos. —Deduzco que tu padre ha fallecido. —Él asintió. —¿Y si digo que no?

—Si dices que no, tendré que tomar medidas que no te van a gustar nada.

—¿Vas a robarme el cuadro? —Divertida cogió su bolso. —Ya he

tomado medidas sobre eso, así que no te molestes. Y sobre todas las patrañas que me has contado, te diré que deberías atenerte a mentir lo justo. Desde que te conozco, me has dicho que el cuadro era de tu abuelo, de un cliente con dedicatoria incluida, de un nazi y ahora que mi abuela y tu padre lo robaron. —Se echó a reír provocando que apretara los labios. —Te voy a decir lo que sé seguro que no es cierto. No eres Kevin Collins porque obviamente era mi abuelo y no eres Jack Berkeley porque estoy segura de que murió con toda su familia en ese accidente de coche. Vi las lágrimas de mi abuela mil veces por la muerte de un niño que quería como si fuera suyo, así que no me tragó una palabra. Eres un timador de medio pelo y te falta mucho por aprender, cielo. —Se levantó lentamente y su desconocido sonrió mirándola con admiración. —Ahora si me disculpas, tengo mucho que hacer. Buenas noches.

—Nena, dame el cuadro.

—Ni hablar.

—Te quedarás sin nada.

—Eso ya lo veremos.

Salió del bar enfadada sin darse cuenta de cómo la miraban los hombres mientras pensaba que ese tipo tenía muchísimo descaro para soltarle toda esa sarta de mentiras. Pero lo que más le preocupaba era que supiera tanto de su familia. Eso sí que la puso alerta.

Cuando llegó a casa de sus padres se encontró a su madre sentada en el sofá hablando seriamente con Gillian. Su madre la miró a los ojos. —Estamos en un lío.

Gimió llevándose la mano a la frente. —¿Y ahora qué?

—Gillian ha entrado en su habitación y es un agente de una compañía de seguros. Está investigando el cuadro.

Las miró con los ojos como platos antes de echarse a reír a carcajadas. Todo aquello era tan surrealista que no se lo podía creer.

Tiró el bolso sobre la mesa antes de ir hacia el mueble bar. La miraban incrédulas mientras se servía un gin-tonic.

—¿No os parece esta situación algo extraña?

—¿A dónde quieres ir a parar?

—Mis abuelos eran ladrones. ¿Cómo justificar todas sus ganancias? Hasta yo sé que hay que declarar a hacienda a través de negocios. ¿A que es sorprendente que papá hubiera empezado a tener problemas económicos con la muerte de la abuela hace seis años?

Diana palideció. —No entiendo a dónde quieres llegar.

Bebió de su gin- tonic y rodeó la barra acercándose a ellas. —Pues que se terminó el dinero y papá quiso seguir con la empresa, pero nunca ha sido bueno en los negocios. Derrochabais el dinero y era algo obvio para todos. Siempre me he preguntado cómo podíais llevar este estilo de vida teniendo una fábrica de papel. Así que cuando recibí la visita de mi desconocido, empecé a pensar en ello seriamente. Un cuadro que me había regalado la abuela que se suponía que no tenía que enseñar a nadie. La llegada de Kevin Collins para que vosotras me dijerais que los abuelos eran ladrones... todo iba tomando forma a medida que pasaban las horas. ¿No os ha parecido raro que Keith nunca nos mostrara a su nieto?

—Hija, ¿qué dices? Conocí a Alec de niño y era guapísimo. Sus padres se trasladaron a Boston y después lo hemos visto mucho menos, pero... —Entrecerró los ojos. —¿Qué tiene que ver Alec con todo esto? —Su madre se apretó las manos muy nerviosa y ella lo vio en sus ojos.

—No me lo puedo creer. Lo sabías.

—Carolina, ¿de qué coño estás hablando?

—Hablo de que papá necesitaba el dinero. ¿Qué mejor manera para conseguirlo que tomándome el pelo?

Su madre palideció. —¿Qué?

—Cuando tenía quince años llega la abuela con un regalo. ¡Y todos sabíais que era un Monet auténtico! Pero era una obra robada y se encargó de decirme que no se lo dijera a nadie. Yo colgué el cuadro en mi habitación y asunto olvidado. Pero papá no podía sacar más fondos de la abuela y pensó en el cuadro. ¿Cómo podía conseguir salir del atolladero? ¿Cómo conseguir dinero?

—El cuadro —dijo Gillian asombrada.

—Exacto. Sabía que mi cuadro era auténtico y que valía millones.

Cuando se suicidó me dijeron que fuera al depósito de cadáveres. Yo pensaba que tenía que identificarlo y estaba aterrada, pero el forense dijo que se le había identificado y que no era necesario. Me dieron sus efectos personales. Su cartera, su móvil destrozado por la caída e incluso su pluma de oro, pero no me dieron el anillo que mamá le regaló en su treinta cumpleaños. Un diamante que llevaba en su dedo meñique. —Diana había perdido todo su color. —Nunca se lo quitaba y me pareció extraño. Pero pensaba que se lo habían robado, hasta que esta misma noche mi desconocido me dio la clave. Simular una muerte.

—Dios mío —dijo Gillian llevándose la mano al pecho—, ¿pero qué dices?

—Así yo me encargaría de la herencia y ofrecería el cuadro para pagar las deudas. Mi querida madre no perdería su casa y asunto arreglado. Pero se dieron cuenta de una cosa. Una obra no catalogada llamaría la atención, así que pensaron que no podía ir a subasta pública. Un coleccionista privado pagaría mucho más y sería más discreto, pero significaba darme demasiadas explicaciones. Cuando mi desconocido me dio el nombre de Kevin Collins me estaba probando. Quería saber si yo reconocía ese nombre.

—Quería saber lo que tú conocías de tus abuelos.

—Exacto y se dio cuenta de que no sabía nada. Por eso me llamó para quedar esta noche. Me amenazó con que la obra tenía un dueño legítimo y me ofreció siete millones. Pero cometí el error de dejarle ver que no era Kevin Collins...

—Así que se dio cuenta de que te lo habíamos contado.

—Exacto. Así que me contó otra historia haciéndose pasar por Jack Berkeley. —Diana no salía de su asombro. —No te sorprendas, mamá. Él tiene tanto conocimiento de nuestra familia que sabía que podría dudar sobre su identidad en su manera de morir con sus padres en ese accidente de coche. Por cierto, una manera muy parecida a la muerte del abuelo.

—A tu abuelo le pegaron un tiro.

—Eso me dijo él. —Sonrió al ver su asombro. —¿Quién podía saber algo así? Ni siquiera lo sabía yo. Tiene que ser alguien de mucha confianza.

—Keith —dijo Gillian asombrada.

—Exacto. Nuestro abogado sabe toda nuestra vida. De hecho, estoy

segura que manejaba el dinero de los abuelos tranquilamente, cubriéndoles las espaldas como lleva haciendo toda la vida. Keith no podía dejar que vendiera el cuadro públicamente porque todo podía salir a la luz. ¿Así que qué hizo?

—Enviar a su nieto a amenazarte para que le entregaras el cuadro.

—Exacto. Sacarían el dinero de alguna de las cuentas que seguro que los abuelos tenían en algún paraíso fiscal y asunto arreglado.

—¿Por qué tu padre no lo hizo? ¿Por qué no sacó el dinero de esas cuentas?

Carolina sonrió mirando a su madre a los ojos. —Porque la abuela no se fiaba de él, ¿verdad mamá? —Gillian miró a su amiga asombrada. —La abuela no le soportaba. Yo quería mucho a mi padre, pero era un manirroto que la abuela veía como un aprovechado que había vivido de mamá toda la vida. No les entregaría las cuentas a ninguno de los dos. Me las entregó a mí, pero Keith no quiere decírmelo todavía porque ese dinero no puede entrar en el país de manera lícita para pagar las deudas. Eso traería preguntas sobre de dónde he sacado el dinero. El cuadro era la mejor opción. Una compraventa privada con un coleccionista, era la mejor manera de zanjar el asunto y de justificar al fisco el pago de la deuda. A mí me darían mis siete millones y después venderían la obra buscando al comprador adecuado. Seguro que mi misterioso desconocido me daría un recibo por el cuadro. —Se echó a reír. —Keith siempre ha sido de lo más concienzudo con esas cosas.

Gillian miraba a su amiga incrédula. —¿Lo sabías?

Los ojos de su madre se llenaron de lágrimas. —Me comentó lo del cuadro, pero... John no lo haría. ¡No me dejaría sola! —gritó desgarrada. Carolina tuvo dudas, pero vio algo en su madre que provocó que no abriera la boca. —Me dijo que teníamos problemas económicos. Le dije que podíamos pedirte el dinero a ti, pero él se negó diciendo que no sabías nada del pasado y que así quería que siguiera siendo. Después me llegó la noticia de su muerte.

—Di la verdad mamá, tuviste ese disgusto porque no te lo podías creer. Supiste que todo era por las deudas y que te había abandonado, simulando su muerte como había hecho el abuelo.

—¡Me ha dejado! —gritó indignada—. ¡Me ha abandonado dejándonos

con las deudas!

—Dudaste de su amor porque nos abandonó.

—Sí, le dio la razón a mi madre en todo lo que me había dicho una y otra vez durante años. En cuanto hubo problemas, me dejó.

Esas palabras le cortaron el aliento. —¿La abuela te dijo eso?

—Lo repetía una y otra vez —dijo rabiosa—. En cuanto os falte el dinero, sabrás realmente cómo es tu marido.

Gillian y Carolina se miraron. —Lo tenía planeado —dijo su amiga—. ¡Será zorra! ¡Por eso te regaló el cuadro!

Carolina se echó a reír por lo inteligente que había sido. —Sólo tuvo que esperar y llegarían a mí cuando ya no tuvieran fondos. Desde el cielo tiene que estar partiéndose de la risa.

Su madre se echó a llorar y se levantó del sofá para salir corriendo hacia las escaleras. —¡Mamá! ¡Vuelve aquí!

Se detuvo en seco mirándola sorprendida por su tono brusco. —Casi me lo he creído. ¿Pero cómo sabías que papá no había muerto?

Su madre se sonrojó y Gillian se levantó de golpe indignada. —¡Diana!

—No sé de qué habláis.

—Yo pensaría que mi marido se ha suicidado como dijo la policía. ¿Por qué tú no pensabas eso? Acabas de decir que cuando te llegó la noticia de su muerte, no te lo podías creer.

—¿Qué?

—¿Se te han acabado las mentiras? —Dio un paso hacia ella mirándola fríamente. —¿Cómo te sientes al timar a tu propia hija?

—¡No fue así! ¡Le dije a John que no funcionaría! ¡Lo hizo a mis espaldas, aunque me negué a participar en esto!

—¡Diana! ¿Sabías que estaba vivo?

—Claro que lo sabía y le siguió el juego. ¿Keith está metido en esto?

—¡Por supuesto que no! ¡Por eso le dije a Gillian que te siguiera al Plaza, porque un gancho no estaba planeado!

No sabía que la decepcionaba más. Que le hubieran tomado el pelo o

que esas personas hubieran sido sus propios padres.

—¿Dónde está papá?

—¡No lo sé! ¡Y por mí puede pudrirse! —Se echó a llorar subiendo los escalones de dos en dos demostrando una agilidad propia de una mujer totalmente sana.

Se volvió hacia Gillian que no salía de su asombro. —Te juro por la tumba de la abuela que no sabía nada.

Se acercó a ella y le susurró —Sígueme a la terraza.

Caminaron hacia allí y se acercaron a la barandilla de piedra. —¿Qué piensas hacer ahora?

—¿Que voy a hacer? Tengo que hacerme la tonta para pagar las deudas. Llamaré a Alec y le diré que acepto los siete millones. Le entregaré el cuadro y asunto arreglado.

—Aquí todavía hay algo que no me encaja. ¿Por qué no te dijeron que había esas cuentas?

—Creo que la abuela no quería probar solamente a papá en este plan.

—¿Quería probar a Keith?

—Es el mejor amigo de papá. Me extrañaría que no supiera nada sobre su muerte. Al fin y al cabo, alguien tuvo que tramitar su fallecimiento.

—Deberías destapar el asunto.

—No, seguiré la corriente.

—¿Cómo sabías que era su nieto?

—No lo sabía. —Sonrió divertida. —Pero por lo que me dijo y por sus ojos até cabos.

—¿Sus ojos?

—Tiene los mismos ojos de su tatarabuelo. He visto el cuadro en el despacho de Keith miles de veces y sabía que era moreno. Además, me dijo que me había visto por última vez con cinco años. Ahí supe que era él.

—¿Crees que intentan quedarse con el cuadro y con el dinero?

—No sé qué pensar. Si me hubieran explicado la situación, yo lo habría entendido. El comportamiento de Keith es incluso más sospechoso que el de

mi madre. Debo averiguar qué es lo que está ocurriendo antes de que pierda la herencia de la abuela.

—¿Necesitas ayuda?

—Necesito que vigiles a mamá. La quiero incomunicada porque pienso seguir haciéndome la tonta.

—Entendido.

—No saldrá de casa, pero nada de ordenador ni teléfono. Si todo es un plan de papá, quiero saber hasta dónde piensa llegar.

—Cuenta conmigo.

Capítulo 4

Respiró hondo ante la puerta cuatrocientos veintiséis del Plaza, donde supuestamente se hospedaba Kevin Collins según la recepcionista. Llamó a la puerta y tomó aire, porque sabía que la estaba esperando. La puerta se abrió y Alec sonrió al otro lado. Esa sonrisa la volvió loca alterando su corazón, que saltó en su pecho de manera alocada. Céntrate, Carol.

—Así que has cambiado de opinión.

—¿Tú qué crees? —Pasó ante él mostrando el precioso vestido verde que llevaba y él la miró de arriba abajo. Se paseó por el pequeño salón de la suite y levantó una ceja. —Una habitación un poco barata para tu nivel de vida, ¿no crees?

Él cerró la puerta mirándola extrañado. —¿Y cómo sabes cuál es mi nivel de vida?

—Oh, reloj de platino de doscientos mil. Zapatos italianos de dos mil, camisa inglesa hecha a medida... ¿quinientos? —Alec gruñó por lo bajo tensándose. —No te pega coger una habitación de seiscientos la noche.

—Debo estar ahorrando —dijo entre dientes.

—Lo dudo. —Se sentó en el sofá y cruzó sus preciosas piernas. —Quiero diez.

—Ni hablar. Siete.

—Diez o no hay trato.

Su gancho se cruzó de brazos observándola. —¿Por qué has cambiado de opinión?

—Me he dado cuenta que después tendría que dar explicaciones a la prensa que no quiero dar. El pasado de mi familia no quiero que me afecte.

Además, dentro de unos meses pienso casarme y no quiero que mi prometido se entere de esto.

Alec parpadeó. —Perdón, ¿qué has dicho?

—Tengo previsto casarme dentro de unos meses y...

—¡Ya te he entendido! ¿Y se puede saber con quién?

—¿Y a ti qué te importa? —dijo indignada—. ¿Tienes agua Evian?

Fue hasta el mueble bar abriendo la nevera que estaba surtida de todo. Sacó la botella de agua y se la tendió. Ella levantó una ceja. —¿Y el vaso?

—Bebe a morro. ¿Quién es tu novio? —Le miró las manos. —No tienes anillos.

—Oh, todavía no me lo ha dado. —Le miró a los ojos sonriendo. — Pero me lo dará.

—¿No me digas? —siseó entre dientes.

—Sí. Volviendo al cuadro...

—Siete.

—Diez o no hay trato. —Bebió de la botella mirando a su alrededor y reprimió una sonrisa al ver un libro de leyes sobre un maletín de cuero negro encima del aparador. El móvil estaba al lado. Seguramente le había pillado trabajando. Estaba claro que tenía algo de su abuela para mentir tan bien. Dejó la botella sobre la mesa de centro y sonrió. —¿Conseguirás el dinero?

—Puede.

Se levantó del sofá. —Muy bien. Cuando lo sepas, me lo dices. Pero que sea cuanto antes. Mañana me dan los resultados de las pruebas y si no tengo noticias tuyas, lo pondré a la venta.

—¿Y tu novio? —preguntó con ironía.

—Tendrá que entenderlo. —Pasó a su lado hacia la puerta. —Por cierto, dile a tu cliente que no regatee. Diez es mi última palabra.

Él chasqueó la lengua. —Sobre ese novio tuyo, ¿le conoces hace mucho?

—¿Qué ocurre? ¿No sale en tus informes? —preguntó divertida volviéndose.

—Pues no.

—Oh, es que todavía no lo conozco —dijo maliciosa—. Está al caer.

—No me digas. —Eso pareció divertirlo. —¿Y eso?

—No tengo que darte explicaciones. —Salió al pasillo y caminó contoneando las caderas hacia el ascensor sabiendo que la miraba fijamente. Sonrió tocando el botón para llamar al ascensor y le miró de reojo.

—Te llamaré, preciosa.

Se encogió de hombros como si le importara un pepino entrando en el ascensor. En cuanto se cerraron las puertas sonrió maliciosa. Estaba perdido.

No tardó en tener noticias suyas. Una hora después estaba trabajando cuando recibió una llamada. Sonrió contestando —¿Diga?

—Mañana a las cuatro de la tarde en mi habitación por la cantidad pactada.

—Estupendo. Llamaré a mi abogado para que recupere el cuadro.

—Date prisa, preciosa. No quiero más retrasos ni problemas.

—Lo mismo digo. —Colgó el teléfono y sonrió marcando el número de Keith. —Hola.

—¡Niña! ¡Qué sorpresa! No esperaba saber nada de ti hasta el resultado de las pruebas.

—He decidido entregar el cuadro por diez. —Hubo un silencio al otro lado de la línea. —¿Keith?

—Temes que ocurra algo porque no se sabe de dónde ha salido la obra.

—Exacto. Cobro ese dinero y me olvido de todo. Pago lo que debo y me quedan tres para cuidar a mamá como se debe.

Él suspiró al otro lado de la línea. —Muy bien. Recuperaré el cuadro cuanto antes.

—Lo necesito para mañana a las cuatro.

—No te preocupes. Cuenta con él.

—Te quiero, Keith —dijo aparentando emoción—. Menos mal que te tengo a ti.

—Y estaré ahí siempre —dijo con cariño. Ella entrecerró los ojos—. Puedes contar conmigo para lo que quieras.

—Gracias.

Colgó el teléfono pensando en ello. Parecía tan sincero... Habría que esperar a ver lo que ocurría al día siguiente.

Vestida con un vestido rosa con escote de palabra de honor fue hasta la habitación de Alec y llamó con el rollo en la mano. Parecía uno de esos envases de los arquitectos, así que era mucho más discreto que llevarlo con marco y todo. Una hora antes se lo había entregado Keith que quería acompañarla, pero ella se había negado. Le abrió la puerta Alec que sonrió al ver el cilindro. —Pasa.

Entró mirando a su alrededor y vio que estaban solos. —¿Y tu cliente?

—No tienes por qué conocerle.

—De acuerdo. Aquí lo tienes. ¿El dinero?

Él se acercó a su maletín y para su sorpresa sacó un cheque. Ella retuvo la risa al ver como dejaba el cheque sobre la mesa al lado del cilindro.

Carolina carraspeó. —¿Un cheque?

—Tendrás que justificar el dinero, ¿no crees?

Cogió el cheque a nombre de una sociedad. —Ya veo.

—Y si me firmas este contrato de compraventa todo será perfecto y reglamentado.

Atónita vio que sacaba dicho documento y ponía un boli sobre él. —Sólo falta tu firma.

Con ganas de partirse de la risa, cogió el bolígrafo haciendo que lo leía por encima y firmaba a toda prisa. Él pareció aliviado en cuanto le entregó el documento, sin molestarse en coger el cuadro que era lo realmente valioso. Ella sonrió doblando su cheque y le miró a los ojos. —Por cierto, ¿quieres cenar conmigo? Invito yo.

—Creo que deberíamos dejar esa cena para otra ocasión. Quizás más adelante, preciosa.

—¿No me digas? —Le entregó el cheque dejándolo de piedra. — ¿Puedes dárselo a tu abuelo? No puedo atravesar la ciudad para entregárselo y que pague las deudas por mí. ¿Me haces el favor?

Si le hubiera dicho que venía de Marte no se hubiera sorprendido tanto y Carolina se echó a reír yendo hacia la puerta. —Dile a Keith que debería habérmelo dicho desde el principio. Todo hubiera sido mucho más sencillo, ¿no crees?

—¿Desde cuándo sabes lo que ocurrió? —preguntó molesto.

—Eres un gancho malísimo, cielo. Espero que mientas mejor como abogado. —Cogió el pomo de la puerta. —Por cierto ¿por qué lo hizo?

—Tú pensabas que era falso y él sabía que eso no era cierto, pero no te podía decir la razón porque desconocías a qué se dedicaba tu abuela. Pero no eres tonta y sabías que si lo había sacado de algún sitio, no era porque lo hubiera comprado. Así que insinuamos que lo había robado. Creíamos que como se encontraba tu madre en esa situación, no le dirías nada de lo que estaba pasando.

—Os equivocasteis.

—Lo sé. Me di cuenta en el Plaza.

—E improvisaste.

—Exacto. —Eso pareció hacerle gracia. —Me hiciste meter la pata porque no te creíste nada.

—¿Y mis cuentas?

Esa pregunta sí que le sorprendió. —¿Qué sabes tú de eso?

—Quiero las claves de acceso cuanto antes.

—Tu abuela dejó especificado que no se te podían dar hasta que tu padre... —Se detuvo en seco y Carolina encontró la clave.

—Hasta que falleciera. —Se volvió hacia él tirando el bolso sobre la mesa de nuevo. —Así que está vivo.

—Yo no sé nada de eso. Es especulación de mi abuelo. Yo he leído el informe forense y no lo dudo.

—Pues no haces más que meter la pata. Está vivo.

Él juró por lo bajo. —¿Tú lo sabías?

—No. Me di cuenta ayer cuando tú dijiste lo del informe forense. —La miró sin entender. —Lo de simular la muerte.

—No hablaba de él. Sabía lo que le había pasado a tu abuelo y se me fue la mano.

—Ya me di cuenta —dijo con burla—. Pero eso hizo que se me removieran ciertas cosas y me di cuenta. Mi madre me lo ha confirmado.

—¿Ella lo sabía? Pues es una actriz de primera. ¡Mi abuelo me ha dicho que estaba destrozada!

—Sí que lo es. Me engañó a mí —dijo con pena—. Quiero las claves. Son mías y las quiero. —Él la miró fríamente. —¿Cuánto hay?

—Ciento diez.

Ella no movió un gesto, aunque su corazón dio un vuelco. —¿Y cómo puedo blanquearlos?

—Tu abuela tenía un sistema muy bueno a través de una empresa en Luxemburgo. Pero los pagos dejaron de llegar a su muerte porque no se movía el dinero.

—Me lo imaginaba. —Fue hasta la puerta y la abrió.

—Nena, ¿cómo sabías que te diría lo de las cuentas? ¿Y si nos hubiéramos callado?

—Cuando te pregunté por mis cuentas tenías que haber respondido, ¿qué cuentas? Sin embargo has dicho, ¿qué sabes tú de eso? Cariño, espabila o te va a ir muy mal en la vida —dijo con malicia antes de salir.

Iba por el pasillo cuando escuchó su risa y aliviada sonrió entrando en el ascensor.

Estaba saliendo de un taxi para entrar en la oficina cuando le sonó el móvil y vio que era Keith. —Hola.

—Eres más lista de lo que creía —dijo riendo.

—No deberías subestimarme.

—Ya me he dado cuenta. Así que quieres ir a cenar con Alec. ¿Y ese novio que se supone que está al caer?

—¿Estás seguro que quieres que dirija el bufete? No pilla las indirectas. Keith se echó a reír a carcajadas. —Le tienes totalmente perdido.

—Ya me he dado cuenta. Que me recoja a las siete.

—Se lo diré. Sobre las cuentas...

—Ya hablaremos de eso mañana y Keith...

—Dime.

—¿Te lo imaginabas? Lo de papá.

Él suspiró al otro lado de la línea. —Un día jugando al golf me dijo algo que...

—¿El qué?

—Si me encargaría de vosotras si él desaparecía. Fue hace un año, pero cuando se suicidó la palabra desaparecía se me venía a la memoria una y otra vez. Podía haber elegido la palabra muriera, pero no...

—Entiendo. ¿Y de qué vivirá?

—Habrá vuelto al timo, me imagino. —Esas palabras la dejaron sin aliento y Keith carraspeó. —¿Carolina?

—¡No me lo puedo creer! —Colgó el móvil y volvió a salir de la empresa para subirse a otro taxi.

Entró en casa cerrando de un portazo y Gillian que estaba pasando el polvo se sobresaltó. —¿Qué ocurre? ¿Era un timo?

—¡Un timo ha sido mi vida! ¡Mamá! —gritó fuera de sí.

Su madre llegó corriendo de la terraza con un pincel en la mano. —¿Qué? ¿Nos han timado?

—¿Papá era un timador?

Diana se sonrojó intensamente. —Hija, tienes que entender que nos movíamos en un ambiente...

Gillian suspiró de alivio.

—¡Y yo pensando que solo era un vago! —gritó desgañitada.

—¡Hija! —Ofendida ni se dio cuenta que le caía una gota de pintura sobre su camisa y Carolina entrecerró los ojos al ver el color azul claro. —No está bien que hables así de tu padre.

—Ya, claro. —Dio un paso hacia ella y preguntó suavemente —¿Qué estás pintando?

—Ah... un cuadro de Dalí. —Sonrió encantada. —Gala en la ventana. ¿Lo conoces?

—Sí —siseó saliendo a la terraza viendo una reproducción exacta de la obra. Se volvió fulminándola con la mirada—. ¿Dónde está?

—¿El qué?

—¡Mi cuadro! ¿Dónde está?

Gillian se llevó una mano a la frente. —Ay, madre.

—No sé de qué me hablas. —Dejó el pincel sobre el plato de porcelana y cogió un trapo disimulando.

—Has dado el cambiazco, ¿verdad?

—¿Por qué iba a hacer algo así?

—¡Eso me pregunto yo! ¿Dónde está? —Abrió los ojos como platos. —¡Lo tiene papá!

—Debo ser muy buena —dijo pensativa—. Si el experto no se dio cuenta.

—Porque no era un experto, mamá. ¡Todo era parte del plan de Keith pensando que era auténtico!

—Bueno, pero ahora está solucionado. —Se encogió de hombros como si nada y Carolina miró atónita a Gillian que puso los ojos en blanco.

—¡Increíble! ¡Has timado a nuestro abogado!

—¡Él te estaba timando a ti! ¡Ese cuadro vale mucho más que diez millones!

—Lo hizo por nosotras, para que no quedáramos en evidencia. ¡Y ahora ha desembolsado diez millones por algo que no vale nada!

—Ah, ¿pero no ha sacado el dinero de las cuentas?

—¡Ese dinero no puede justificarse! ¡Se supone que he vendido el cuadro a una sociedad que me ha pagado diez millones! Me di cuenta enseguida que lo hacían por nuestro bien. —Diana hizo una mueca. —¡Sí, ahora cómo lo soluciono! ¡He quedado con Alec para cenar!

Gillian se acercó a toda prisa. —¿De verdad?

—¿Sigue tan guapo?

—¡Ni os lo imagináis! ¡Y se va a enfurecer cuando se entere de que tiene un cuadro de pega pintado por una chiflada, cuando lo único que querían era protegerme a mí!

Ellas entrecerraron los ojos y Gillian sonrió. —Pero se supone que tú pensabas que era una falsificación. Se lo dijiste a Keith cuando le hablaste del cuadro. Fue él quien insistió en...

—¿Insinúas que continúe con el timo?

Ambas asintieron. —No sabes nada. Si ha ocurrido esto, ha sido un error del que tú no sabes nada.

—¡Estáis locas! No voy a dejar que Keith pierda diez millones después de todo lo que ha hecho por nosotras.

—Tiene razón. Sería ruin —dijo Gillian preocupada—. Además, es un amigo.

—Vaya, gracias. Aunque si tima a su hija, no quiero ni imaginar lo que hará con los demás. Guárdate la espalda Gil.

Su madre jadeó ofendida. —¡Pensaba que sacarían el dinero de las cuentas!

Al darse cuenta de lo que había dicho, se detuvo en seco y miró a su madre exasperada. —Vamos a ver, que me estás poniendo de muy mala leche. ¿Y por qué sabías tú que iba a comprar el cuadro Keith?

Gillian miró a Diana. —Eso. Ayer dijiste que no sabía nada de la muerte de John.

—Y no lo sabe. Creo. No era parte del plan, pero John...

—Le obligó a prometer que cuidaría de nosotras —dijo con desprecio—. Así que suponías que él compraría el cuadro para protegernos y poder pagar las deudas.

—Si hubiera ido por lo legal, el experto hubiera dicho que era una falsificación y él no hubiera gastado un centavo, pero como era un timo...

—¿Estás intentando justificar tu comportamiento? ¡Me habéis robado mi cuadro! —le gritó a la cara sonrojándola—. Has robado a tu propia hija. ¡No tenéis vergüenza!

—Claro que tengo vergüenza. Las deudas están saldadas y tú tienes más de cien millones y papá tiene el cuadro. Todos ganamos.

—Todos menos Keith.

—Ese dinero se lo puedes ir devolviendo poco a poco.

Gruñó furiosa mientras que Gillian parecía que lo pensaba bien. —¿A quién se le ocurrió este plan?

—A mí. —Lo dijo con tanta naturalidad que las dejó pasmadas. —Pero al final me arrepentí por la dichosa agorafobia.

—¡Pensabas irte con él! —gritó asombrada.

—Es mi marido. ¡El muy capullo me abandonó! ¡Siguió con el plan él solo!

—¡Menuda casa de locos! —Furiosa entró en el salón de nuevo. Necesitaba una copa.

Se estaba sirviendo una copa de vino blanco cuando entró Gillian. —Te están poniendo de los nervios.

—¿Y ahora qué hago? Ellos arriesgan diez millones por nosotras y mi madre les tima con toda su cara. ¡Y lo que más me jode es que le da igual habernos tratado así!

—Está dolida por lo de tu padre y lo demás le importa muy poco. Tu abuela sabía de sobra lo ciega que estaba respecto a él.

Bebió de su copa de vino y respiró hondo. —Vale. Esta noche se lo cuento a Alec. No se lo va a tomar bien, pero puede que llegue a entender que mis padres no están bien de la cabeza.

—Eso, tú explícalo. —Gillian sonrió. —Te gusta.

—¡Claro que me gusta! Habría que estar ciega para que no me atrajera. Es guapo y debe ser muy inteligente, aunque es demasiado confiado. Debo hablar con él de eso.

Gillian se echó a reír a carcajadas. —Menudo gol os han metido.

Gruñó bebiéndose el resto de su copa. —¡Si cojo a papá, le estrangulo!
No iría a la cárcel porque ya estará muerto.

—Debe estar en la Riviera pasándoselo en grande.

Sonrió sin poder evitarlo. —Me imagino que sí.

—Te lo estás tomando muy bien.

Pensó en ello y apretó los labios. —Cuando vi que faltaba el anillo, deseé tanto que estuviera vivo que casi fue una alegría saber que todo había sido una farsa. Le quiero.

—Lo sé, mi niña —dijo con cariño—. Puede que algún día os encontréis de nuevo.

—¡Pues ya puede venir con mi cuadro!

Gillian se echó a reír viéndola subir las escaleras. —Ponte el vestido rojo. ¡Así captará la indirecta!

—¡Después del cabreo que se va a coger, no habrá quien le seduzca!

Capítulo 5

Cuando sonó el timbre de la puerta, Gillian fue a abrir gritando al piso de arriba —¡Niña, tu cita!

Abrió la puerta y se quedó con la boca abierta. —Hola Gillian —saludó divertido.

—Madre mía, lo que has crecido y... —Vio cómo pasaba. Vestido con un traje azul con camisa blanca y corbata azul cobalto estaba impresionante. —Y todo.

Alec se echó a reír. —¿Está lista?

—¡Carolina! ¡Cómo no bajas, salgo yo con él!

La miró a los ojos. —¿Cómo está Diana?

—Oh... mucho mejor. Está en su habitación castigada.

—¿Qué?

—Ya te enterarás.

Escucharon como alguien corría por el piso de arriba y vieron a Carolina corriendo con los zapatos en la mano de un pasillo al otro. —¿No está lista?

—Le ha costado un poco decidirse.

Escucharon gritos en el piso de arriba y un portazo. Carolina volvió a pasar corriendo y les vio en el salón observándola. —Me había robado el bolso. No sé para qué lo quiere, si nunca sale de casa —dijo bajando las escaleras para detenerse a la mitad perdiendo todo el color de la cara—. ¡No!

Gillian corrió tras ella al ver que volvía a subir. —¡Niña, tienes una cita!

—¿Me ha mentado en esto? ¡La voy a matar!

—¡Carolina, baja aquí ahora mismo! —gritó Gillian corriendo escaleras arriba. Se detuvo a la mitad y miró a Alec—. Sírvete una copa mientras tanto.

Él asintió y Gillian sonrió radiante corriendo hacia arriba donde ya se oían gritos.

Al entrar en la habitación, Diana estaba llorando mientras Carolina gritaba que le habían mentido desde hacía un año. —¡Con todos los médicos que visité para que te ayudaran! ¡No tienes vergüenza!

—Entiéndelo, tenía que dar una excusa para quedarme y que no vendieras el piso. Si lo hubieras vendido, habrías saldado la deuda y lo hubieras perdido todo.

—¡Claro, porque mi cuadro era falso! ¿Y qué pensabas hacer? ¿Recuperarte milagrosamente e irte con él después?

Levantó la barbilla. —Lo hice por ti. Para que no malvendieras esta casa. Si lo piensas detenidamente podríamos haberte robado el cuadro y venderlo como si nada. Ni te habrías enterado, pero de esta manera ganamos todos y nos libramos de la empresa que era una carga.

Alguien carraspeó en la puerta y las tres se miraron con los ojos como platos antes de girarse lentamente. Alec estaba allí mirándolas con la cara tallada en piedra. —Nena, te estoy esperando.

—Oh, sí. —Nerviosa se puso los zapatos. —¿Te acuerdas de mamá?

—Ahora no estoy para conversaciones intrascendentes —siseó fulminando con la mirada a Diana, que se encogió en la cama.

Se acercó a él lentamente. —Alec, tenemos que hablar sobre...

—Hablaremos a solas. —La cogió de la mano y tiró de ella fuera de la habitación saliendo de allí a toda pastilla. —Te juro que en este momento os estrangularía.

—¿Exactamente qué has escuchado? —preguntó bajando las escaleras.

—¿Aparte de que me habéis timado?

—Yo no he hecho nada. ¡No sabía que era falso, lo juro!

—Y nosotros hemos caído como unos idiotas. ¡Diez millones!

—Lo sé. Se han pasado.

Él se detuvo en seco fulminándola con la mirada. —¿Se han pasado?

—No puedo controlarlos —dijo de los nervios—. Os lo devolveré, te lo juro. En cuanto empiece a recibir el dinero de la abuela, os lo daré todo.

—Más te vale. —Tiró de ella hacia la puerta. —¡Ahora no podré comprarme una casa como tenía pensado por el plan de tus padres!

—Oh. —Salió de la casa dejándose llevar y preguntó —¿Te gusta esta? Alec la miró como si estuviera chiflada. —¿Esa monstruosidad?

—¿Estás loco? ¡Es una casa que querría cualquiera! —Entró en el ascensor con él y Alec muy tenso la miró de reojo. —Bueno, si no te gusta, te iré dando el dinero poco a poco.

—¿Te gusta a ti?

Le miró sorprendida. —¿Qué?

—¿Te gusta esa casa?

—Me crie ahí y... pero no te preocupes si es necesario venderla para que recuperes tu dinero, la venderé. La venderé cuanto antes y que mi madre se busque la vida.

—No puedes venderla, nena. Está a nombre de tu madre.

—Entonces... ¿me ha vuelto a engañar?

—No te ha engañado exactamente. Si ella no tuviera ese problema que se ha inventado, tiene razón en que mi abuelo te hubiera aconsejado que la vendieras y ella no hubiera podido hacer nada. Cuando había deudas podía perderla, pero ahora si no quiere vender...

—¡La mato! ¡Te juro que la mato!

—Está claro que lo pensaron mucho —dijo furioso—. ¡Y nos han jodido!

—¡Tú quéjate, yo he perdido sesenta millones! ¡Y ahora tendré que desembolsar diez más para pagar tu dinero!

—¿Cuánto vale ese piso? —La cogió de la mano saliendo del ascensor.

—Yo que sé. ¿Doce?

—Está en Park Avenue. ¿Crees que solo cuesta doce millones un ático así?

—No lo sé Alec... —Ni se fijó que la metía en un jaguar gris preocupada en el tema. Cuando se sentó detrás del volante preguntó — ¿Cuánto crees que cuesta?

—¿Treinta?

Abrió los ojos como platos. —Anda ya.

—He estado mirando pisos, ¿recuerdas? Y las pocas casas que existen en Manhattan de esas características en esta zona cuestan hasta cuarenta y ocho millones.

Ella entrecerró los ojos. —Ahí está mi dinero.

—Exacto. Si queremos recuperar la pasta, tenemos que hacer que tu madre te firme una cesión de la casa.

—¿Y si la amenazo con denunciarla? —Él levantó una ceja y Carolina suspiró. —Sí, no se lo va a tragar después de todo lo que ha pasado. ¿Y mi piso? Puedes vivir allí mientras me llega el dinero de Luxemburgo.

La miró de reojo. —Nena, pueden pasar meses hasta que se arregle el papeleo del traspaso de la herencia.

—¿Tanto?

—Sí —gruñó apretando el volante—. Ya tenía un comprador para el cuadro. Cerraría la operación en menos de cuatro días.

—¿Y qué pensabas hacer con el resto del dinero?

—¡Ponerlo en un fondo!

—¿Para qué? —preguntó asombrada.

—Para el futuro. ¡Para eso son los fondos!

—¿Tú también me ibas a timar? —preguntó asombrada.

—No, nena. ¡Yo no te iba a timar! Pero eso ya importa poco, ¿no crees?

—¡Claro que importa! —Él parecía incómodo y Carolina entrecerró los ojos. —¿A nombre de quién iría ese fondo?

—A nuestro nombre. ¿Ahora cambiamos de tema?

—¿Cómo iba a ir a nuestro nombre? Alec, no entiendo nada.

—¡Dijiste que te ibas a casar! —A Carolina se le cortó el aliento. —Y como dijiste... mierda. ¡Me siento estúpido, cuando solo me habéis tomado el pelo!

Ella sonrió diciendo —Oh, qué mono. —La fulminó con la mirada. —¿Y mi anillo?

—¿Estás de coña? ¡Ahora no me casaría contigo! Ni que estuviera loco.

—¿No me digas? —Se acercó a él y le besó en el lóbulo de la oreja. —Qué bien hueles.

—Nena... estoy conduciendo.

—Cuando entraste en mi despacho, me moría porque me besaras —susurró acariciando su rodilla subiendo la mano hacia arriba. Sacó la lengua y acarició su lóbulo sobresaltándolo. Cuando su mano llegó a su entrepierna, él la cogió apretándosela contra su sexo erecto. —¿Te gusta? —De repente se separó. —¿Y mi anillo?

La miró como si quisiera matarla. —¡Ahora sí que no te lo doy!

Ella aplaudió. —¿Lo has comprado?

—¡No tenía que comprarlo!

Carolina se llevó una mano al pecho. —¿Es el de tu abuela?

—¿Quieres dejarlo de una vez? —Se detuvo ante uno de los restaurantes más caros de la ciudad y uno de los mozos abrió su puerta. Carolina salió sonriendo de oreja a oreja y esperó a que rodeara el coche. La cogió por la cintura y susurró —Te voy a matar.

Disimuladamente miró su sexo que intentaba cubrir con la chaqueta. —Ya, ya. Yo pasaría de la cena.

—Tenemos que hablar. —Les abrieron la puerta y el maître les llevó hasta su romántica mesa cerca de una fuente.

—Me encanta este sitio —dijo sentándose.

—Lo sé.

—Al parecer lo sabes todo de mí. —Cogió la carta. —Y yo de ti no sé mucho aparte de lo que me ha contado tu abuelo.

—¿Y qué te ha contado si puede saberse?

—Que has sido un estudiante brillante. Que has ido a Yale. Que eres muy deportista y un mujeriego. Siempre me decía, es joven. Es normal que sea un picaflor, pero cuando se haga cargo del bufete sentará la cabeza. —Le miró maliciosa—¿Ya tenías pensado sentarla conmigo? Los cien millones no tendrán nada que ver, ¿verdad?

—Nena... —Se acercó dejando la carta sobre su plato. —Crees que no encontraría otra que tuviera cien millones y que no tuviera una familia chiflada que sólo crea problemas. —Carolina hizo una mueca. —Te aseguro que sí podría.

—Vaya, te debo gustar mucho.

Él gruñó cogiendo la carta de nuevo y Carolina sonrió apoyando la barbilla sobre la mano para observarle. No sabía por qué, pero que ese hombre quisiera ser su marido le encantaba. Era todo lo que siempre había querido en su marido. Excepto porque era muy confiado, pero ya iría abriéndole los ojos sobre ese tema. En ese momento tenía el orgullo algo magullado.

Él bajo la carta y la miró a los ojos. —¿Ya sabes lo que vas a pedir?

—Ajá...

Alec sonrió. —Yo no estoy en la carta.

—Es una pena.

—Sobre la casa...

—Deberíamos quedárnosla, cariño. Serás un abogado importante y tendrás cenas y esas cosas. La apariencia es importante.

—¿Para qué necesitamos tres salones? ¿Cuántas habitaciones tiene? ¿Diez?

—Ocho, pero está Gillian, mamá, nosotros...

—Perdona, ¿has dicho mamá? No.

—¡Cuando venga a Nueva York necesitará una habitación!

—No.

—¿Y los niños?

—¡No vamos a tener cinco hijos!

—No, pero necesitaremos una habitación de invitados para cuando vengan tus padres y...

—¡Al final se nos va a quedar la casa pequeña! Existen los hoteles, ¿sabes?

—En Navidades vendrá toda la familia.

La miró horrorizado y ella se echó a reír. —Y están los cumpleaños y esas cosas. Para una familia es perfecta.

—Nena, una casa de tres habitaciones es lo que necesitamos.

—¿Pero y Gillian?

—¿Una interna? ¡Ni hablar! ¡Contrataremos a una chica que venga unas horas al día!

—No.—Se cruzó de brazos muy seria. —Gillian se queda.

—No le has preguntado si quiere quedarse con nosotros. ¿Y si quiere irse con tu madre?

Le miró dudosa. —Si mamá se va, la casa quedará libre.

—He dicho que no.

—¡Pues si no nos ponemos de acuerdo ni en la casa, no nos pondremos de acuerdo en nada!

—Venderemos esa casa y recuperaremos nuestro dinero. Compraremos algo en otra zona elegante y más práctico.

—No. Haremos que mamá nos ceda la casa y así recuperaremos el dinero en la propiedad.

—¡Si ha montado todo esto para no perder la casa! ¿Crees que nos la cederá fácilmente?

Ella entrecerró los ojos. —Tú déjame a mí. ¿Si lo consigo, nos quedamos allí?

Alec apretó los labios. —Si lo consigues nos quedaremos allí. ¡Pero cambiarás la decoración! Es horrible ese estilo siglo diecinueve.

—A mí tampoco me gusta. Eso te pasa por no haber visto mi piso.

—Lo veré después de la cena. Eso te lo aseguro.

El corazón de Carolina latió alocado en su pecho. —¿Y si pasamos de la cena?

—Todavía no hemos hablado de todo.

—¿Y no podemos hablarlo después?

Alec se sonrió. —No. Lo hablaremos ahora.

—¿Sabes que eres muy cabezota?

—Nena, hay ciertos detalles que tenemos que dejar claros antes de continuar con esto.

En ese momento llegó el camarero a tomarles nota y él pidió un solomillo con foie después de una ensalada de gambas. —Lo mismo —dijo ella dándole igual.

Después de pedir una botella de vino blanco le dijo —Sobre tus fondos...

—No los necesito. Después de devolverte tu dinero, claro.

—Claro. ¿Y qué piensas hacer? ¿Dejarlos ahí muertos de la risa?

—Sí. Trabajo en una editorial, ¿recuerdas? Me gano la vida.

—Esa casa que tanto quieres es muy cara de mantener, preciosa.

—¿Y para qué tengo un marido rico?

—Deberíamos legalizar tus fondos y sacarles rendimiento.

—Haz lo que quieras. Me da igual. Sobre la boda...

—Ese tema no tiene discusión. Algo íntimo y familiar.

—¿Ves cómo estamos de acuerdo? Cien invitados es perfecto.

—¿Cien invitados es algo íntimo y familiar?

—Cariño, amigos y familia. Tu abuelo va a tener que hacer un esfuerzo enorme para elegir entre todos sus conocidos. Le vas a poner en un aprieto. Pero yo te apoyo.

—¿Siempre vas a hacer eso?

—¿El qué?

—Retorcerlo todo a tu conveniencia.

—Sólo cuando funcione.

—Lo tendré en cuenta.

Les sirvieron sus ensaladas. —¿Crees que nos irá bien?

—Si pensara lo contrario, no me casaría contigo.

—No me has dado el anillo.

—Estás un poco pesada con ese tema.

—¿No me digas? Pues que sepas que seguiré insistiendo hasta que cedas.

—Respecto a tu trabajo...

—Voy a seguir trabajando.

—¿Incluso después de tener hijos?

—Ahí trabajaré desde casa. No querrás un ama de casa gruñona, ¿verdad?

—Es lo que menos necesito.

—Entonces estamos de acuerdo. Piensas analizar cada punto de este matrimonio antes de darme el anillo, ¿verdad?

Él sonrió. —Sólo quiero que sepamos a qué nos enfrentamos.

—Te olvidas del punto más importante. El sexo.

—En ese aspecto no creo que tengamos ningún problema.

—Eso me lo tienes que demostrar.

—Paciencia, nena. ¿No cenas?

—Es que estoy pensando en los posibles orgasmos y se me ha quitado el apetito.

Alec sonrió moviendo la cabeza de un lado a otro como si no se lo pudiera creer. —Deduzco que no quieres ir a bailar después.

Al ver que lo estaba retrasando, se puso a comer a toda prisa. Con la boca a rebosar levantó la vista para ver como él intentaba contener la risa. — Nena, te vas a atragantar.

—En cuanto nos traigan el segundo pide la cuenta.

—Mañana tendrás que pasar por el despacho. —Frunció el ceño al ver como llenaba la boca de gambas. —Te va a sentar mal la cena y después no me valdrás para nada.

—¿Para qué tengo que ir al despacho?

—Para firmar unos papeles.

—¿Debería pedir separación de bienes?

—Ja, ja.

—Hablaré con mi abogado —dijo maliciosa.

—Eres muy divertida.

—Lo sé. Me lo dicen todos. Ya verás cuando se lo cuente a mi madre.
¿Tu abuelo sabe algo?

—Él me dio el anillo. ¿Tú qué crees?

—Y tu abuela qué ha dicho.

—Está encantada. Dice que no he podido elegir mejor.

—No te ha llevado mucho tiempo decidirte.

—Lo mismo digo.

—Es que esos ojitos grises me vuelven loca.

—Ya me he dado cuenta. Por cierto, a mí me decidieron tus tobillos. Imagínate mi sorpresa cuando veo a la pequeña Carolina después de tantos años. Casi me da un infarto.

—Es que hago ejercicio.

—Ya me demostrarás lo en forma que estás dentro de un rato.

—Uhhh promesas, promesas.

Alec se echó a reír y levantó la mano. El camarero se acercó de inmediato. —Tráiganos la cuenta.

—¿Ocurre algo? ¿La comida no es de su gusto?

—Mi novia no se encuentra muy bien.

El tipo la miró para verla sonreír de oreja a oreja antes de decir —Me encuentro fatal. Nos llevaremos el segundo para cuando me encuentre mejor.

—Sí, señorita. —Levantó una ceja al verla beber media copa de vino mientras Alec se reía.

Con la copa en la mano le miró coqueta. —¿Te das cuenta de que ya te has declarado y aun no me has besado ni una sola vez?

—Pienso remediarlo enseguida —respondió mirando sus labios alterando su respiración. —Y no me he declarado precisamente. Tú te has adelantado.

—Cierto, debes ser más rápido. —Pasó el dedo por el borde de la copa. —Pero no para todo, claro.

Alec se echó a reír a carcajadas y dejó la tarjeta de crédito sobre la mesa. —Nena, de momento no he tenido queja.

—Soy muy exigente.

—¿No me digas?

—Mucho. Exijo rendimiento.

—Haré lo que pueda. —En ese momento le sonó el móvil a Alec que lo sacó del interior de la chaqueta. Sonrió diciendo —Es el abuelo.

—Dale un beso de mi parte.

Alec contestó —¿Tan aburrida es la cena? —preguntó divertido haciéndola suspirar, pero perdió la sonrisa al ver que se tensaba—. ¿No me digas? —La miró de reojo y dejó la servilleta sobre la mesa y Carolina levantó las cejas preguntando silenciosamente qué ocurría. —Pues creo que lo mejor será que lo hablemos mañana. En cuanto llegue al despacho. Sí, hay novedades... Una cantidad de novedades que te vas a asombrar —lo dijo de tal manera que se le pusieron los pelos de punta. ¡Qué habría hecho ahora su madre!

Intentó no perder la sonrisa, pero era imposible y mientras él guardaba el móvil en el interior de la chaqueta preguntó inocente —¿Está en una cena de negocios?

—Cielo...

—¿Sí, prometido mío?

—¿Me puedes explicar por qué el cuadro del cilindro no es el Monet?

Eso sí que no se lo esperaba. —¿Qué?

—¡Mi abuelo acaba de abrir el cilindro y no es el Monet!

—¿Y qué es?

—¿Y yo qué sé?

Se levantó al instante. —Vamos, quiero verlo. ¡Voy a matar a alguien esta noche! —dijo furiosa saliendo del restaurante sin esperarle mientras pensaba en qué momento le habían dado el cambiazo. En el despacho de Keith no podía ser. Vio ella misma como se enrollaba el cuadro y después lo metía en el cilindro. Incluso llevaba unos guantes blancos de paño para proteger la obra. Después había cogido el cilindro y se había dirigido al hotel. Cuando Alec llegó a su lado le fulminó con la mirada. —¡Te han dado el cambiazo a ti!

—¿Perdón?

—¿Qué hiciste después de que te lo diera? ¿Lo miraste?

—¿Y para que lo iba a mirar si ya sabía lo que había? —La cogió de la mano y tiró de ella hasta el aparcacoches dándole el ticket.

—¿Y se lo llevaste de inmediato de vuelta a Keith? —Él chasqueó la lengua mirando a su alrededor. —¡Alec!

—¡Me di una ducha! ¡De agua fría! ¿Contenta?

Sonrió tontamente pegándose a su cuerpo necesitando sentirle. —Vale, te perdono.

—Me perdonas. Después del lío en el que nos ha metido tu familia, debería perdonarte yo a ti, ¿no crees?

—Me encanta cuando te pones refunfuñón. —Le miró los labios. —¿Y mi beso?

Él se agachó lentamente y la respiración de Carolina se aceleró deseando sentirle, cuando el frenazo del coche ante ellos hizo que Alec frunciera el ceño inspeccionándolo de adelante atrás. —¿Dónde te han dado el permiso de conducir? —preguntó al chico que salía del coche a toda prisa.

—Está intacto, señor. Pero es que tiene el freno muy sensible.

—¿Alec? —Al ver que estaba a punto de ponerse a discutir con el aparcacoches, gruñó abriendo la puerta ella misma y subiéndose exasperada. Qué difícil era llevárselo al huerto.

Su prometido se subió al coche y salieron de allí a toda prisa cuando ella se dio cuenta de algo y gimió —Cariño, ¿has pagado la cuenta?

La miró asombrado haciéndola reír. —¡No tiene gracia! ¡Se me ha olvidado! ¡He recogido la tarjeta sin darme cuenta!

—Mira que hacernos un sin pa en nuestra primera cita.

—Tendré que volver. Luego... o mañana —gruñó apretando el volante.

—Con evitar ese restaurante...

—Ni hablar. Mañana volveré y les diré que tuve un despiste por una llamada urgente y grave, muy grave, porque resulta que ahora tenemos otro cuadro entre manos.

—En realidad da igual qué cuadro es, porque el timo ha acabado.

—A ver cómo le explico esto a mi abuelo.

Hizo una mueca mirándolo de reojo. —Le podemos echar un relajante en el whisky. —La miró como si estuviera chiflada. —¿No? Bueno, hazlo como quieras. Yo lo decía por su bien.

—¿Drogar a la gente te parece bien?

—No te pongas quisquilloso. Un relajante de nada para que no se lleve un disgusto muy fuerte.

—Mejor dejemos esta conversación.

—¿Hablamos de la boda?

—No. ¿Quién me ha dado el cambiazo?

—Pudo ser mi madre... No, estaba en la casa cuando llegué. Gillian también estaba, pero no la vi en toda la tarde hasta que llegaste. Además, no se metería... Ay madre.

—¿Qué?

—Me quiere mucho.

—¡Eso ya lo sé!

—¡Y me protegería siempre por encima de todo!

—¿Y eso qué tiene que ver con el cuadro?

—¿Vender el cuadro por diez millones cuando vale sesenta? Ni hablar.

Dio el cambiazo en la habitación para que no me timarais temiendo que me quedara sin nada.

—¿Duda de nosotros? —Casi le hizo reír su cara de incredulidad.

—No me dijisteis lo de las cuentas. Gillian sólo quería proteger un cuadro que pensaba que era auténtico y a mí por supuesto.

—Eso, y a nosotros que nos den.

—Lo siento, cariño. Hablaré con ellas seriamente.

—Que dejen de timar, nena. ¡Tengo que tener una reputación intachable y tengo que blanquear un montón de dinero como si fuera un mafioso!

—Llevaremos una vida muy tranquila. Te lo prometo.

Él asintió mirando la carretera y antes de darse cuenta entraban en el garaje subterráneo del bufete.

—Mmm... —En cuanto apagó el motor se acercó a él y acarició su pecho. —Mira cielo, estamos solos.

Alec la cogió por la nuca y la acercó quedando su boca tan cerca que podía sentir su aliento sobre sus labios. —Hay cámaras. —La besó suavemente en los labios y Carolina suspiró cuando acarició con la lengua su labio inferior. —¿No quieres ver el cuadro?

—En este momento me importa muy poco. —Asombrada vio como salía del coche. ¡Aquello era el colmo! Exasperada salió cerrando de un portazo y Alec extendió la mano como si nada, pero ella la ignoró.

—Vamos, no te enfades.

—Que no me enfade. —Fue hasta el ascensor pulsando el botón. — ¡Nunca se me habían resistido tanto! —Su prometido reprimió una sonrisa. — ¡Ni se te ocurra reírte! ¡Esto es humillante!

La cogió por la cintura y la besó en el cuello. —Te compensaré. Lo prometo.

—Más te vale.

Capítulo 6

Subieron al hall donde Alec tuvo que firmar su entrada al edificio. La cogió de la mano para ir hasta los ascensores mientras el guardia de seguridad la miraba con la boca abierta. Debía ser por el vestido rojo. Se sintió halagada y algo disgustada porque Alec ni se había dado cuenta. En el ascensor preguntó —¿Ya te has instalado en el despacho?

—Llevo trabajando desde hace un mes, pero lo hacía desde Boston. Para ponerme al día antes de llegar.

—¿Cuándo te contó tu abuelo todas esas cosas de nuestra familia?

Divertido respondió —Cuando tenía cinco años mis padres hicieron una comida en el club e invitaron a tu familia. Tu abuela le robó la cartera a una de las socias y se la guardó en el bolso como si nada.

—¿Se lo dijiste a Keith?

—Por supuesto y él me dijo que no debía decírselo a nadie. Como no lo hice, fue contándome más cosas con el paso de los años y cuando nos mudamos a Boston siempre tenía historias sobre vosotros.

—Así que éramos un entretenimiento para fortalecer las relaciones entre abuelo y nieto.

La penetró con la mirada. —Algo así. Y ahora me doy cuenta de que eres un entretenimiento que me ha salido muy caro.

—Pues acabamos de empezar.

—Eso es lo que me asusta. —Alec salió del ascensor y tiró de su mano.

—¡Eso no ha tenido gracia! Lo que hace mi familia no es culpa mía.

—No. En eso tienes razón. —Entraron en el despacho de Keith y

después de que encendieran las luces Alec se acercó al cilindro que estaba sobre la mesa.

—¿No lo ha guardado? —preguntó ella impresionada—. ¿Cómo puede dejar un Monet sobre la mesa?

—Todos sabemos que no es un Monet —respondió irónico.

—Tu abuelo no lo sabía. —Le miró con desconfianza. —¿O sí lo sabía?

—Yo no le he dicho nada. No he tenido tiempo.

Carolina se cruzó de brazos. —Muy bien, ¿a ver qué es?

Alec cogió el cilindro y quitó la tapa volcándolo para dejar que cayera sobre la palma de la mano un lienzo enrollado.

—Es un lienzo...

—¿Qué esperabas?

—Un poster de un Monet cualquiera. Pero al ver eso, me imagino que Gilli habrá cogido un cuadro de los que mi madre tiene en el trastero.

Alec empezó a desenrollar el lienzo y ella le ayudó sujetando las esquinas. Carolina sonrió al ver una escena nocturna en azules intensos con pinceladas cortas. Cualquiera lo reconocería. —Un Van Gogh.

—Sorpresa, sorpresa. ¿Y ahora qué?

—Lo colgaremos en casa. Da el pego.

—Nena, esto es el colmo. Da la sensación de que Gillian se ha pitorreado de nosotros. ¿Por qué no lo sustituyó por otro Monet falso?

—Porque no lo tenía. Solo quería que os dierais cuenta de que os habían timado.

—Para no saber a qué se dedicaba tu familia hasta hace unos días, te estás tomando todo esto muy bien.

—Será la genética.

—Se me acaba de ocurrir una cosa muy interesante... —Se sentó en la esquina del escritorio.

—Suéltalo.

—¿Y si mi prometida sí tenía el Monet auténtico y simplemente dio el cambiazó en el taxi de la que iba al hotel?

—No sabía si ibas a revisar el cuadro antes de darme la pasta. En un timo debes pensar en todas las posibilidades, cariño. ¡No podía entregarte eso! ¡Concédeme algo de inteligencia!

Alec gruñó mirando el cuadro y dijo —No podemos poner esto en casa. Todo el mundo sabrá que es una falsificación.

—Vale, pues títalo. Me da igual. —Se acercó a él poniendo morritos.
—¿Nos vamos a casa?

Alec, soltó el lienzo, que se enrolló de nuevo, antes de tirarlo a la papelera de al lado del escritorio que tenía a sus pies. La cogió por las caderas y la pegó a él. —Mmm, ¿aquí no hay cámaras?

Mirando sus ojos tiró de la falda hacia arriba apretando sus glúteos por encima de las braguitas. —¿Tú qué crees? —A Carolina se le cortó el aliento sintiendo que toda su piel se erizaba de excitación y cerró los ojos separando los labios sin darse cuenta disfrutando de lo que le hacía. Él sonrió viendo su cara de deseo. Metió las manos entre sus braguitas y la piel. Sus dedos bajaron hasta la unión de sus muslos y Carolina gimió aferrándose a su cintura.

Se abrió la puerta de golpe y Carolina gritó al ver a la mujer de la limpieza con los cascos puestos mirándoles con los ojos como platos. Alec se puso ante ella. —¿No sabe llamar?

—Perdón. —Espantada salió del despacho y Carolina gimió apoyando la cabeza en la espalda de Alec.

—Vamos, nena. —Se volvió disimulando una sonrisa. —Está claro que no es un buen sitio para tener una relación furtiva.

—Ja, ja. —Mosqueada se bajó la falda del vestido y fue hasta la puerta con la cabeza bien alta mientras él se reía. Abrió la puerta y miró al exterior. El carrito de limpieza estaba allí, pero la mujer había desaparecido por arte de magia. Aliviada y muerta de la vergüenza salió de allí a toda pastilla y casi corrió hacia el ascensor.

—No pasa nada.

—¡Claro, como a ti no te ha visto el culo! —Volvió la cabeza sobre su

hombro para mirarle con ganas de matarle mientras llamaba al ascensor.

Eso le hizo reír aún más y la cogió por la cintura pegando su espalda a su duro pecho y dándole un beso en el cuello apartando su cabello pelirrojo. —¿Entonces vamos a tu casa? Así me la enseñas ya que voy a vivir allí hasta la boda. —Subió sus labios hasta el lóbulo de su oreja y se lo besó con sensualidad provocando que temblara cada fibra de su cuerpo.

—Muy bien. —Se dejó llevar al interior del ascensor sin que la soltara y él tocó el botón del hall. —Estarás cómodo allí, ya verás.

—Mejor que la habitación de un hotel —dijo con voz ronca abrazándola y subiendo las manos hasta sus pechos.

Como siguiera así, lo violaría en el ascensor y le daba igual que hubiera cámaras y de tener público que les animaran dando palmas. Sentía su sexo endurecido en su trasero y se mordió el labio inferior intentando reprimir un gemido.

El sonido del teléfono de Carolina hizo que se apartara. —Si es mi abuelo, dile que estamos arruinados.

—Muy gracioso. —Sacó el móvil del bolso—Pues no. Es Gillian. Dime.

—Pues... no sé si ya sabes que se me ocurrió dar...

—¿Un cambiazco al cuadro? Sí, ya nos hemos dado cuenta. —Se echó a reír. —Lo que no entiendo es por qué has elegido un Van Gogh cuando con poner una reproducción del Monet hubiera sido más fácil.

—Es que no creía que tu Monet fuera auténtico.

Confundida siguió a Alec saliendo del ascensor. —Pero eso no tiene sentido.

—¡No podía dejar que timaras a Alec y sabía que el Monet era falso!

—¿Cómo que era falso? ¿Te enteraste por mamá?

—No, por la abuela.

Abrió los ojos como platos. —¿Me estás diciendo que el primer Monet, el que tenía colgado de la pared en mi casa era falso?

Alec se detuvo en seco. —¡No!

—Espera cariño, que me lo está explicando.

—¿Le has llamado cariño? —dijo encantada.

—¡Nos vamos a casar!

Gillian se puso a gritar como una loca de la alegría —¡Cuanto me alegro por vosotros! ¡Es estupendo!

—El cuadro, nena.

—Oh, sí. Sobre el cuadro...

—Pues que cambié el falso por otro auténtico. Como no disponía de un Monet, usé el Van Gogh.

—¿Me estás diciendo que el Van Gogh es auténtico? —Pálida miró a Alec que corrió hacia el ascensor. —¡Ahora te llamo!

—Date prisa. —Alec retenía las puertas del ascensor. En cuanto se cerraron las puertas miró de reojo a Carolina. —Tu familia me pone de los nervios.

—¡Es una buena noticia! ¡No quería timaros! ¡Os aprecia!

—Nos aprecia. Al menos hemos dado el dinero por algo que vale la pena.

—Ya verás cuando se entere mi padre de que el Monet es falso. —Sonrió encantada. —Que le den.

—Estás disfrutando con esto, ¿verdad?

—Es lo más emocionante que he hecho en años.

—Pues espero que el Van Gogh esté todavía en el despacho. ¿Recuerdas a la limpiadora?

—Seguro que no ha entrado después del susto. Sé optimista.

Cuando entraron en el despacho se quedaron de piedra al ver la papelera vacía. —Es rápida.

—¡Te voy a matar!

—¿Yo qué culpa tengo? ¡Soy la única inocente de todo esto! ¡Vosotros sois los que engaños!

Alec salió del despacho furioso buscando a la mujer en cada oficina. Hasta que encontraron el carrito ante la puerta del baño. Carolina vio que las

bolsas de plástico estaban vacías. —Ay, madre.

Alec entró en el baño y vio a la mujer fumándose un cigarrillo. —¡Aquí está prohibido fumar!

La mujer se sobresaltó tirando el cigarrillo al suelo. —Señor, lo siento yo....

—¿Dónde está el cuadro?

—¿El cuadro?

—¡El lienzo que estaba en la papelera de mi abuelo!

—Oh, usted debe ser el nieto del señor Roberts... —La mujer sonrió. —Mucho gusto.

Alec miró a Carolina exasperado. —Déjame a mí, cielo. —Se acercó a la limpiadora. —En el despacho del jefe había un rollo en la papelera. ¿Dónde lo ha metido?

—Lo he tirado a la basura. —Entrecerró los ojos. —No sabía clasificarlo, ¿sabe? Porque no es papel.

—Ay, Dios. —Alec se llevó las manos a la cabeza.

—Pero tampoco es un plástico. No sabe lo difícil que es mi trabajo.

—Me lo imagino. —Carolina forzó una sonrisa. —¿Entonces qué ha hecho con él?

—Tirarlo a la basura de orgánicos.

—¿Dónde ha tirado la bolsa?

—Por la trampilla.

—¿Dónde está eso? —gritó Alec perdiendo los nervios.

—En el cuarto de aquí al lado —dijo asustada—. ¿No debía haberlo tirado? Estaba en la papelera.

—Tranquila, no es culpa suya —dijo siguiendo a Alec al exterior. Había un pequeño cuarto que tenía una trampilla y Carolina frunció el ceño—. ¿Se reciclan las bolsas al final?

—¿Y yo qué sé?

—Sí —dijo la mujer—. Cada limpiadora tira las del día bien cerradas y

cuando llegan abajo se dividen por colores.

—¿Cuándo se recoge la basura?

—A las doce de la noche más o menos.

—Tenemos tiempo. ¡Corre! —le gritó a Alec antes de salir corriendo.

—¡Necesitan que les abra el de seguridad! —gritó cuando entraron en el ascensor.

—Espero que no se haya dañado. —Preocupada le miró de reojo.

—¡Tenemos un Van Gogh entre la basura, Carolina! ¿Tú qué crees?

—Tranquilo. Lo encontraremos y si tenemos que restaurarlo...

Él gruñó saliendo del ascensor y señaló al de seguridad. —¡Llévanos al sitio donde se tira la basura, ahora!

—Sí, señor. —Cogió las llaves que tenía sujetas al cinturón saliendo de detrás del mostrador y corrieron hasta una puerta. Después de abrirla Alec le apartó para correr escaleras abajo. Ella bajó detrás del de seguridad, que tuvo que indicar a un impaciente Alec por dónde ir. —Al final del pasillo.

Corrieron por un pasillo lleno de puertas hasta el final y de ahí salieron a un enorme almacén donde había una cantidad increíble de productos de oficina. —¡Allí! —Alec corrió hasta un enorme contenedor que había en una esquina alejada y al seguirle hacia allí Carolina vio los dos portones que es por donde suponía que entraban los camiones.

El contenedor era enorme y estaba lleno de bolsas de tres colores. —Las negras, Alec.

El de seguridad abrió los ojos asombrado cuando vio a su jefe saltar dentro del contenedor. —Señor...

—Ir abriendo las bolsas. —Tiró una bolsa negra al suelo ante sus pies.

—¿Qué buscamos, señor?

—Un cuadro. El lienzo de un cuadro —le explicó ella.

Se agachó arrodillándose en el suelo y rompió el plástico de la primera bolsa que estaba lleno de productos orgánicos. —Dios, ¿también están las bolsas de la cafetería?

—Sí, señora —dijo el pobre hombre abriendo su segunda bolsa con

cara de asco.

Alec seguía tirando bolsas ante ellos y fueron abriendo una por una. Cuando habían abierto más de veinte ella negó con la cabeza. —Esto no puede ser. La acaba de tirar. Tendría que estar entre las de arriba.

Su novio la miró con el ceño fruncido. —Tienes razón. Debería estar entre esas.

Se levantó mirando el contenido de las bolsas. —El cuadro era bonito. ¿Si tú fueras una limpiadora y lo ves en la papelera, lo tirarías?

—¿Limpiadora? —El guardia de seguridad frunció el ceño. —¿Qué limpiadora?

—La limpiadora que estaba arriba —dijo Alec tensándose.

—Señor, el servicio de limpieza llega a las cinco de la mañana.

Carolina palideció. —Alec...

—¡Llame a la policía!

El de seguridad sacó una radio del cinturón y salió corriendo hablando por ella.

Le vio saltar del contenedor y preocupada se apretó las manos. — Cariño, ¿qué está pasando?

—No tengo ni idea.

Se acercó a él y susurró —Dime que tu abuelo no tiene las claves en el despacho.

—No te preocupes, no llegarán al dinero.

—Es el futuro de nuestros hijos —dijo preocupada.

La cogió de la cintura besándola en la sien. —Vamos, nena.

Como suponían la limpiadora había volado y el cuadro también, pero no podían denunciarlo porque no sabían de dónde había salido. En las cámaras de seguridad la vieron ir de un lado a otro como si estuviera en su casa. Lo que hizo en el despacho de Keith era un misterio, pero se pasó allí más de media hora mientras ellos rebuscaban en la basura.

—Estupendo. —Alec sacó el teléfono. —Tengo que llamar al abuelo.

Carolina se mordió el labio inferior. —Siento todo esto.

—Al parecer en este asunto hay más gente implicada de la que creíamos.

Mientras Alec llamaba a su abuelo, ella llamó a Gillian. —Ya le he contado a tu madre la buena noticia. Está contentísima y se alegra de que al final haya frustrado su timo.

—Han robado el Van Gogh.

El silencio al otro lado indicó que Gillian no tenía nada que ver en el asunto. —Una limpiadora lo ha robado antes de que pudiéramos recogerlo. Pensábamos que era falso y lo dejamos en la oficina.

—Entiendo —dijo muy tensa.

—¿Quién sabía que tenías ese cuadro?

—Tu abuela. Ella me lo regaló. Para mi jubilación. —Carolina se sintió muy culpable. —No querían robar el Van Gogh. Iban a por el Monet, pero se encontraron otra cosa porque hasta que te conté el cambiazó nadie sabía que yo tenía ese cuadro.

—Hablamos en casa. —Colgó el teléfono y vio la frustración en el rostro de su prometido. A ese paso no le daba el anillo en la vida. Forzó una sonrisa acercándose a él que seguía hablando con el abuelo. —Cariño, dile que vaya a mi casa. Allí hablamos.

Él la miró a los ojos antes de decir al teléfono —Vete a casa de las Chambers, abuelo. Me da la sensación de que esto no se termina aquí. —Escuchó al otro lado de la línea. —Entendido.

Cuando colgó el teléfono siseó —Muy bien. Ya hemos hecho bastante el payaso para vosotras. —La cogió del brazo llevándola hasta el ascensor. Estaba enfadadísimo. —Se puede saber qué pasa ahora.

—Antes dame el anillo —dijo preocupada.

Él pulsó el botón. —¿Estás borracha? ¡No recuerdo que bebieras tanto en la cena!

—Pues hasta que no me des el anillo, no te hablo más. —Miró al frente muy seria y cuando entró en el ascensor le miró de reojo. Estuvieron sin hablarse hasta entrar en el coche. —¡No puedo creer que no me des el anillo!

—No te has aguantado mucho —dijo entre dientes arrancando el coche.

—¡Tú no quieres casarte conmigo! ¡Lo que quieres es enterarte de todo lo que pasa en mi casa!

—¡Casi prefiero no enterarme! —Furioso aceleró cuando salieron al exterior. —¡Menuda casa de locas!

Ofendida jadeó. —¡Cómo puedes hablar así de mi familia!

—¡Será porque robáis cuadros sin ton ni son!

—¡Está claro que si tienes ese concepto de mi familia, no deberíamos casarnos!

—¡Pues muy bien! ¡Pero si te crees que así te vas a librar de darme mi dinero, lo llevas claro guapa! ¡Si quieres las claves de las cuentas, quiero mis diez millones!

Decepcionada miró al frente y se cruzó de brazos pensando que estaba como al principio. No, como al principio no, porque ahora debía diez millones. Pero seguía estando soltera.

Sumida en sus pensamientos no vio como él la miraba de reojo y apretaba el volante al ver su disgusto. Carolina pensó en todo lo que había ocurrido en unos días y era increíble. Sólo pensar en la cara de su padre cuando se diera cuenta que su Monet era falso... La abuela tenía muy mala leche. Le regalaba a ella un cuadro falso y sin embargo a Gillian le daba un Van Gogh auténtico. ¿Por qué lo haría? Era muy raro. ¿Por qué confiaba en ella para administrar las cuentas bancarias?

Gritó sorprendida con los ojos como platos y Alec giró el volante del susto casi chocándose con una furgoneta que venía de frente. —¡Cuidado!

Alec giró de nuevo el volante librándose por los pelos de chocar con la furgoneta, pero no pudo evitar un coche que iba en su mismo sentido y Carolina gritó cuando su ventanilla estalló del impacto.

Capítulo 7

Durante un momento Carolina no sintió nada ni escuchaba ningún sonido mientras algo presionaba su cara con fuerza. Le costaba respirar y le dolía el pecho. Entonces escuchó en sus oídos el sonido de su corazón antes de oír los ruidos del exterior. Varios gritos fuera del coche y Alec gritando a su lado llamándola. El airbag se empezó a deshinchar y él se lo apartó de la cara asustado. —Nena, ¿estás bien?

—¿Qué? —Atontada miró a Alec que estaba pálido.

—¿Te duele algo?

Alguien abrió la puerta del pasajero sobresaltándola y vio a un policía agachándose a su lado. —Señora, ¿se encuentra bien?

—Sí, sí —susurró mirando al frente.

—Una ambulancia. —Alec le acarició el cuello. —Nena, dime que estás bien.

—Sí, ¿nos vamos a casa?

—Usted se va al hospital —dijo el policía antes de hablar por la radio que llevaba al hombro.

—¿Por qué? —Miró a Alec. —Estoy bien.

—No Carolina, no estás bien —susurró preocupado quitándose el cinturón—. Te has llevado todo el golpe.

—Tu coche —gimió mirando a su alrededor recordando que había sido culpa suya por asustarle—. Lo siento...

El sonido de una ambulancia llegó hasta ellos y Alec dijo —No te preocupes por el coche.

Llegaron los sanitarios y no dejaron que saliera del coche. Le pusieron un collarín y la subieron a una camilla sin que Alec se separara de ella. — ¿Pero qué me pasa? Estoy bien.

—Pues vamos a asegurarnos —dijo el sanitario sonriendo.

—Mi madre...

—Yo la llamo. No te preocupes.

Un policía se acercó a Alec y le dijo algo que no llegó a entender mientras la subían a la ambulancia. —¿Tiene que ser ahora? ¡Se llevan a mi novia al hospital!

Cerraron una puerta y se asustó. —¿Alec?

—¡Voy detrás de ti! —gritó él antes de que cerraran la otra.

El sanitario le puso una vía. —¿Para qué me ponen eso? ¡Estoy bien!

—Es por si acaso. —Cogió una jeringuilla y le inyectó algo en la vía. —Esto es para que se relaje.

Se empezó a sentir muy cansada y los párpados le pesaban muchísimo. —Me duermo.

—No se resista. Relájese.

Eso fue lo último que escuchó antes de quedarse dormida.

Cuando abrió los ojos sonrió al ver a su padre ante ella. Adormilada susurró —¿Ya es hora de levantarse?

Su padre acarició su frente apartando su cabello. —Sí, ya es hora de levantarse. ¿Cómo te encuentras? No esperaba que te llevaras ese golpe.

Parpadeó recordándolo todo. —¡Alec!

—Está bien. —Molesto se cruzó de brazos. —¿Con el nieto de Keith? No sé si me gusta ese hombre para ti.

Le fulminó con la mirada. —¡Al menos no es un ladrón y un mentiroso!

—Lo de mentiroso mejor lo dejamos, ¿quieres?

—¡Me mintió por mi bien! —Se sentó sobre la cama y atónita vio que estaba en una habitación que no conocía. —¿Dónde estoy?

—Hija, tenemos un problema.

—Claro que tienes un problema. Mamá tiene un cabreo...

—¡Lo hice por nuestro bien!

—¿Robándome? —gritó furiosa—. No tienes vergüenza.

Su padre se enderezó mostrando su traje de firma. ¡Y era nuevo! —¿De dónde has sacado ese traje? —Entrecerró los ojos. —Ya entiendo, te quedaste con el dinero de los créditos hipotecarios, ¿verdad?

—¡Necesitaba dinero hasta vender el cuadro!

—Claro y ahora te has dado cuenta de que no hay cuadro. ¿Ya te has gastado el dinero?

John Chambers apretó los labios. —No esperaba que se acabara tan pronto.

—¡Pues no hay más! Debo diez millones, ¿sabes? ¡Con vuestro juegucito ahora estoy endeudada hasta las cejas!

—Tienes las cuentas. Necesito veinte millones.

Carolina palideció. —¿De qué hablas?

Él suspiró dándose la vuelta pasándose las manos por su cabello canoso antes de girarse de nuevo. —Le ofrecí el cuadro a alguien poco recomendable y ha descubierto que es falso. Me quitará del medio como no le dé veinte millones por las molestias.

—Por las molestias —siseó.

—Cree que quería timarle y debo compensarle.

—Si esa persona no te ha pegado un tiro, es porque sabe que puede sacar dinero de ti.

Su padre se sonrojó y asustada se llevó la mano al pecho. —Dios, le has dicho que tengo dinero, ¿verdad?

—¡Me iban a matar, Carolina! ¡Tenía que hacer algo!

—Me has puesto en peligro —dijo asustada—. ¿Qué clase de padre eres tú?

Los ojos de su padre se llenaron de lágrimas. —Lo siento. Me asusté. ¡Creía que todo estaba solucionado, pero no contaba con que tu cuadro fuera falso!

—¡Al parecer la abuela era mucho más lista que tú! —Furiosa se levantó de la cama con intención de irse, pero él la cogió del brazo. — ¡Suéltame!

—Como no pague, no sólo me matará a mí— dijo mirando sus ojos.

Carolina dio un paso atrás. —¿Qué dices?

—Nos liquidará a todos. Conoce a la familia y no dejará uno vivo.

—Es mentira. ¡Lo dices para que ceda! Pero te voy a dar otra noticia. ¡No tengo el dinero!

John negó con la cabeza. —Eso no puede ser. En cuanto yo muriera...

—¡Debe ser los diez millones que les he timado a los Roberts, que ya no se fían! ¡Además, saben que estás vivo!

—¡Tienes que conseguir las claves! ¡Necesitamos ese dinero!

—Tú has montado todo esto, ¿verdad? El accidente y la ambulancia...

—¡No tengo nada que ver en esto!

—¿Cómo voy a creerte? —gritó desgarrada sintiendo que sus ojos se llenaban de lágrimas—. ¿Sabes lo mal que lo he pasado?

—Hija, lo hice por nuestro bien.

—¡Lo hiciste por tu bien! En mí no has pensado nunca. —Fue hasta la puerta y abrió para encontrarse a un hombre de dos metros con una pistola en la mano y asustada dio un paso atrás. —¿Qué es esto?

—Me tienen retenido hasta que des el dinero, Carolina.

—Le sugiero que colabore. A mi jefe no le gusta que le tomen el pelo.

Asustada miró a su padre que gritó —Tienes que colaborar. ¡Nos matarán a todos!

Con el corazón a mil por hora miró al de la pistola. —¿Cuánto tiempo tengo?

—Cuatro días para hacer la transferencia. Veinte millones. No se retrase, señorita. Tengo balas para todos y muy buena puntería.

Palideció asintiendo. —¿A qué número de cuenta?

El tipo sacó un papelito de su pantalón vaquero y se lo tendió. —Bien. Tendrán su dinero. —Le fulminó con la mirada. —Ahora déjeme pasar.

—Hija...

No hizo caso a su padre saliendo al pasillo, para darse cuenta de que estaban en lo que parecía un hotel. Un hombre al final del pasillo le hizo un gesto con la cabeza para que se acercara y otro hombre estaba en el ascensor. —No se moleste en volver con la policía —dijo este—. Nos iremos en dos minutos.

—No pensaba llamar a la policía —siseó pulsando el botón del hall.

—Mucho mejor para usted.

Miró los ojos del hombre mientras se cerraban las puertas y cuando se quedó sola se pasó las manos por la cara. Dios, en qué lío la habían metido. ¿Cómo iba a convencer a Alec para que le diera las claves si él no recibía sus diez millones? Pensaría que le estaba engañando también. Apretó los labios diciéndose que eso sólo podía solucionarlo una especialista en timos y ella no tenía ni idea de lo que estaba haciendo.

Estaba amaneciendo cuando llegó a casa. Tuvo que decirle al taxista que esperara y le pidió al portero que pagara porque le habían robado el bolso. Se lo había dejado en el coche de Alec, que esperaba que estuviera bien. Decidió ser sincera y decir lo que estaba ocurriendo. Alec tomaría la decisión que creyera oportuna y lo asumiría.

Cuando llamó a la puerta, se abrió de inmediato y Gillian la abrazó con fuerza. —Menos mal que estás bien.

—¿Dónde estabas? —gritó Alec furioso. Estaba de pie al lado de la chimenea mientras su abuelo estaba sentado en una butaca y su madre lloraba en uno de los sofás. Diana se levantó de inmediato y corrió hasta ella abrazándola—. ¿Estás bien?

—Sí, mamá. Estoy bien.

Gillian cerró la puerta y angustiada preguntó —¿Qué ha ocurrido?

—¡Eso mismo me pregunto yo! —dijo Alec fuera de sí—. ¡Te he buscado por todos los hospitales de la ciudad!

Suspiró porque no sabía cómo empezar, así que se acercó al sofá y se sentó.

—¿Nena? —Alec se acuclilló ante ella. —¿Qué ocurre? ¿Dónde has estado?

Miró sus ojos y reprimió las lágrimas como pudo antes de decir — Tienes que darme las claves.

—¿Qué dices, niña? —preguntó el abuelo enfadado—. ¡Ni hablar! Después de todo lo que ha pasado aún menos.

Sin dejar de mirar a Alec a los ojos continuó —Si no me las das... necesito veinte millones.

—No —dijo levantándose—. Dime qué está ocurriendo.

—Tienen a papá. Y nos matarán a todas como no les dé el dinero.

—Por Dios, ¿pero qué dices? —Su madre palideció. —¿Quién le tiene?

—No lo sé, pero intentó venderles el Monet y se dieron cuenta de que era falso.

Su madre se dejó caer en la butaca pálida como la muerte. —Le van a matar...

—¡Nos van a matar a todas, mamá! —gritó sin poder evitarlo.

—Nena, tranquilízate. Eso no va a pasar.

—¿Cómo sabemos que no es otro timo? —Keith metió las manos en los bolsillos del pantalón. Sus ojos las miraron fríamente. —Yo ya no me creo nada.

—¡Es mi dinero! —Se levantó furiosa. —¡No tienes derecho a negármelo!

—¡Tu padre está vivo! ¡Todo esto ha sido una tomadura de pelo! — Keith miró a Diana. —Tú has fingido durante un año que padecías agorafobia. ¡Robáis el cuadro de tu hija y falsificas otro que intentamos vender para salvaros de las deudas, timándonos a nosotros que siempre hemos estado de vuestro lado! ¡He infringido la ley por ayudaros por la amistad que nos unía! ¡Nos habéis robado diez millones de dólares! ¡Y no

sólo eso, encima entran en nuestras oficinas y roban un Van Gogh que ha salido de la nada!

—No quería que os quedarais sin nada —dijo Gillian sonrojándose—. Me sentía mal porque la abuela os apreciaba mucho y...

—¡Gillian ha perdido la única garantía de su futuro! ¡No tenéis derecho a juzgarla!

Diana miró a su amiga. —Qué callado que lo tenías.

—¿Creías que iba a arriesgar lo único que tu abuela me había dado conociendo a John? ¡Ni hablar!

Keith apretó los labios antes de mirar a Carolina. —Esto no es responsabilidad tuya.

—Pero ella pagará las consecuencias —dijo Alec—. ¿Y si le pasa algo?

—¿Quién se ha llevado el maldito Van Gogh? —preguntó a su nieto perdiendo los nervios—. Aquí alguien nos está dirigiendo como marionetas, ¿no os dais cuenta? ¿Y si todo esto se ha montado para conseguir más dinero? ¡Veinte millones y un Van Gogh es un buen botín!

—El Van Gogh no podía ser el objetivo. Querían el Monet. —Gillian se levantó yendo hasta el mueble de las bebidas. —Nadie podía saber que lo tenía. Estaba bien guardado.

—El Van Gogh lo tiene la abuela. —Todos miraron a Carolina asombrados y sonrió con tristeza. —Vamos, vosotros lo habéis dicho. No podía ver a mi padre. Sabía lo que ocurriría tras su fallecimiento al no tener el dinero de las cuentas, así que sólo tuvo que esperar. Las deudas llegaron, sólo se podía recurrir a mí. Por eso el Monet era falso. Dejó el cebo en conocimiento de todos. Era un cebo muy succulento.

—Pero no sabía que tu padre fingiría su muerte para acceder a las cuentas —dijo Alec atónito.

—Supongo que pensaría en todas las posibilidades. Me dio el cuadro con quince años. Son muchos años para pensar en las acciones de mi padre. —Sus ojos llegaron de lágrimas al mirar a su madre. —Lo que sí sabía era que mamá le iba a ayudar en lo que pudiera.

—No podía saber que yo iba a dar el Van Gogh, nenita. Se me ocurrió en el último momento.

—Además, tampoco podía asegurarse de que yo no te diera el dinero para pagar las deudas. Unas deudas de las que tú no tenías ninguna culpa —apostilló Keith.

—Mientras mi padre viviera no me las darías.

—Sabía que simularía su muerte —añadió Alec pasándose la mano por su pelo negro mostrando el agotamiento.

—Se lo imaginaría. —Diana se apretó las manos preocupada. —Mi madre era muy lista.

—Ese fue otro cebo —continuó Carolina—. No podrían acceder a las cuentas mientras siguiera vivo, así que la abuela esperó. Y cuando simuló su suicidio sólo se quedó a contemplar el espectáculo. —Miró a Alec a los ojos. —Pero no contaba contigo.

—¿Qué quieres decir?

—Con las relaciones familiares que tenemos, sabía que recurriría a tu abuelo. Además, es nuestro abogado y como acaba de decir ha hecho cosas ilegales desde hace años. La abuela confiaba en él. Sabía que Keith no haría una subasta pública del cuadro por su procedencia ilícita, así que se imaginó que adelantaría el dinero hasta que pudiera deshacerse de él.

—Estás dando muchas cosas por supuestas —dijo el abuelo molesto.

Alec se volvió hacia su abuelo. —Sabías que el cuadro no era lícito. ¡Por eso montamos toda aquella pantomima pensando que era auténtico!

—Lo que no se esperaba es que apareciera Alec para intervenir y que nos conociéramos. Eso no lo podía prever porque como todos sabemos decidió trasladarse a Nueva York hace unos meses.

—¿A dónde quieres llegar, mi niña? —preguntó Gillian muy interesada.

—No lo sé. —La miró fijamente. —Dímelo tú.

—No sé de qué hablas.

Carolina sonrió. —Lo sabías todo desde el principio. Mi Monet era falso. Tú misma me lo dijiste. Tenías que estar metida en esto desde el principio para saber algo así.

Todos miraron a Gillian que no movió un gesto. —Tú eres su espía. Por

eso robó el Van Gogh. ¿Qué ocurre? ¿Lo hiciste a sus espaldas y ella tenía que evitar que los Roberts recuperaran su dinero? ¿Qué ocurrió, Gill? ¿La abuela se enfadó por hacer cosas por tu cuenta?

Levantó la barbilla y sonrió orgullosa. —No le gusta que interfieran en sus planes. Además...

—Además Alec se sentía atraído por mí. No se podía desaprovechar esa posibilidad, ¿verdad?

—Cuando me dijiste que tenías una cita con él, supe que había metido la pata entregándole el Van Gogh —dijo para asombro de todos—. Las dificultades unen una pareja.

Carolina sonrió. —Me imagino que la abuela se puso furiosa.

—Como una fiera.

Keith se dejó caer en el sofá. —Madre mía, qué casa de locos.

—¿Me estás diciendo que tu abuela quiere que estemos juntos y para eso ha robado el Van Gogh? ¿Por qué?

—Por el piso —dijo Diana pálida—. Era lo único que le quedaba a mi hija para negociar. Ahora que Carolina sabía que yo no tengo agorafobia, sería con lo que negociaría contigo para que recuperaras el dinero.

—Claro y eso os daría tiempo para conoceros bien. —Gillian se levantó divertida. —Imagínate mi sorpresa cuando me dijiste que te casarías con él. Tu abuela se puso como loca de la alegría. Os habéis enamorado mucho más rápido de lo que nos esperábamos.

Alec la miró a los ojos. —Por eso gritaste en el coche. Porque te diste cuenta de que la abuela tenía que seguir viva.

Ella asintió avergonzada, porque ahora esa boda no se celebraría nunca. Eso era obvio por como la miraba.

—Pero no se podía esperar que ahora estemos todas en peligro. Eso no creo que estuviera en sus planes —continuó cambiando de tema.

Todos miraron a Gillian que chasqueó la lengua cruzándose de brazos. —No diré una sola palabra.

—¿Dónde está? —preguntó Keith furioso.

—Se te ha agriado el carácter con los años, querido.

A Carolina le saltó el corazón en el pecho al escuchar después de tres años la voz de su abuela. Levantó la vista como todos los demás para verla en lo alto de las escaleras vestida con una casaca verde de seda y un pantalón negro. Se miraron a los ojos durante varios segundos y su abuela dijo —Estás preciosa, cariño. Eres igualita a mí con tu edad.

—¡Mamá! —gritó Diana histérica—. ¡No tienes vergüenza!

—Mira quién fue a hablar. Nunca se tima a la familia.

—¡Si empezaste tú!

—Pero no hubiera pasado nada si tu marido y tú os hubierais portado bien.

Empezó a bajar las escaleras demostrando que de salud estaba perfecta. Pálida la vio llegar al salón y caminar hacia ella. Al acercarse su aroma llegó hasta Carolina. Un aroma tan familiar que se le llenaron los ojos de lágrimas pensando que realmente su familia no la quería. Entonces todo se le vino encima. Se echó a llorar antes de salir corriendo hacia las escaleras.

—¡Carolina! —Alec subió tras ella las escaleras, pero consiguió encerrarse en su habitación antes de que pudiera evitarlo.

Histérica paseó por la habitación sin saber qué hacer. Todo el mundo la había manipulado. Su abuela, su madre, Alec... todos en algún momento la habían mentido y con mentiras crueles. Reprimió un gemido llevando la mano a su boca recordando el entierro de su abuela. El de su padre. La angustia de saber que estaba endeudada. En todo ese juego absurdo nadie había pensado en sus sentimientos. Estaba en medio de una guerra entre su abuela y sus padres y les daba igual todo lo que pudiera sentir.

—Nena, abre la puerta.

Tenía que darles una lección. Tenía que conseguir salir de esa con vida y darles una lección. Tenía que conseguir el dinero. Miró hacia la puerta sabiendo que la solución estaba tras ella. Él no la amaba. Sólo quería casarse con ella por el dinero y lo había demostrado porque le había dicho que lo mejor era legalizar el dinero y dejarlo en un fondo. Carolina no le había dado importancia porque solo quería estar con él. El dinero nunca le había interesado. La había envuelto y se había enamorado en tiempo récord por el misterio del principio y después por la confianza que podía compartir con él pues sabía toda su vida. Como había previsto su abuela, ese problema les

había unido.

—Nena, abre la puerta. Sé que estás disgustada con todo lo que ha pasado.

Ni siquiera le había preguntado cómo se encontraba después de haber sido secuestrada. Eso demostraba que no le importaba en absoluto. Simplemente le había preguntado qué ocurría y se habían negado a darle su dinero.

Entrecerró los ojos mirando la puerta pensando rápidamente porque necesitaba su colaboración. No podía contar con Keith porque se pondría de parte de la abuela.

—Déjame entrar. Déjame ver que estás bien.

Entonces una idea se le cruzó por la cabeza y sacó el papel que tenía en el bolsillo abriéndolo lentamente. Y entonces lo vio. Supo lo que tenía que hacer.

Metió el papel en su bolsillo de nuevo y caminó hacia el cuarto de baño. Las pastillas para dormir que le habían recetado cuando murió su padre estaban allí. Abrió el bote cogió dos y tiró el resto de las píldoras al wáter antes de tirar de la cadena. Se aseguró de que no quedara ninguna antes de tirar el bote al suelo. Tomó las pastillas y bebió del grifo del lavabo antes de ir hacia la cama y tumbarse de lado.

Entre las pastillas y lo agotada que estaba, se durmió a pesar de que Alec seguía insistiendo en que le abriera. Sintió como la cogían en brazos y abrió los párpados que le pesaban muchísimo para ver en una neblina cómo Alec gritaba que llamaran a una ambulancia. Ella se dejó llevar por el sueño.

Capítulo 8

Al día siguiente en la cama del hospital miraba sus manos mientras el médico le preguntaba cómo se encontraba sentándose a su lado. Su madre a los pies de la cama tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Por qué lloras? —le preguntó sin mirar al médico—. Si yo me muriera tú te quedarías con todo.

—¿Por qué has hecho algo así, Carolina? —preguntó el médico.

—No he hecho nada. Solo me he tomado dos pastillas para dormir.

—El bote estaba vacío y en tus análisis hemos encontrado restos de otras drogas. En el lavado de estómago no hemos encontrado más pastillas, pero tus análisis indican que has tomado algo más. ¿Qué más has tomado?

—No lo sé. —Se encogió de hombros. —Qué más da.

Diana la miró angustiada. —Hija, ¿no lo entiendes? Has intentado matarte.

En ese momento se abrió la puerta y Alec que parecía agotado, entró en la habitación. Ella no quiso mirarlo y se volvió a mirar las manos. —¿No saludas a tu prometido?

—Yo no tengo prometido. Quiero irme a mi casa.

Alec miró a Diana que se echó a llorar de nuevo. Él le dijo algo al oído y su madre salió de la habitación de inmediato.

—No puedo darte el alta hasta que no pases un examen psiquiátrico.

—¿Ahora estoy loca? —Sonrió sin ganas apretándose el pulgar con fuerza. —Sí, igual si estoy algo loca. Es de familia, ¿sabe?

—Carolina...

La voz de Alec hizo que soltara sus manos intentando relajarse y el médico vio que cerraba los ojos. —¿Qué querías conseguir con esto?

—¿Morirme? ¿Esa es la respuesta correcta para largarme de aquí?

—No hay respuestas correctas. Sólo tienes que decir la verdad.

—Pues la verdad es que quería dormir y olvidarme de todo durante un rato. —Le retó con la mirada. —Quiero el alta. No puede retenerme. No he cometido ningún delito y quiero irme ya.

El doctor miró a Alec de reojo. —Como abogado de la señorita Chambers le aconsejo que traiga el alta de inmediato.

—Muy bien. —Se levantó preocupado. —Pero yo aconsejo un ingreso en el área de psiquiatría para una evaluación.

Alec le fulminó con la mirada. —Por encima de mi cadáver. Traiga el alta.

—La prepararé de inmediato. Usted sabrá.

En cuanto salió sonrió acercándose a ella y sentándose a su lado. —¿Cómo estás, nena?

—Bien. —Desvió la mirada, pero él la cogió por la barbilla.

—No vuelvas a hacer algo así jamás. Ahora te llevaré al apartamento y nos olvidaremos de esto.

—Papá...

—Yo me encargaré de esto. No quiero que pienses más en ello.

Carolina le miró con alivio. —¿De verdad?

Él sonrió y se acercó para darle un suave beso en los labios. —De verdad. Tú no tienes que preocuparte por nada de esto.

—No puedo implicaros más poniéndoos en riesgo. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Si me das las claves, yo me encargaré de todo.

—Ahora no son tu responsabilidad. Tu abuela está viva.

—Son mías. Me las he ganado con cada entierro al que he asistido —dijo mirando sus ojos—. Sabes que es cierto.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que la abuela desviará el dinero de nuevo para evitar que mi padre llegue a él. La conozco y sé que lo hará. Tienes que impedirlo porque nos lo han quitado todo. ¿Cómo vas a recuperar tus diez millones si no tenemos acceso a esas cuentas, cariño? No pienso consentir que se queden con todo después de lo que han hecho.

—¿Y qué piensas hacer?

—Legalmente tengo derecho a ellas. Están muertos y son mías. Desviaré el dinero a otra cuenta de la que solo tú y yo sabremos las claves.

—¿Y tu padre?

—¿Mi padre? Mi padre me ha engañado de nuevo. Si hasta se quedó con el dinero de los créditos. —Alec apretó los labios y ella le cogió la mano. —Cariño, si queremos librarnos de ellos, sólo podemos hacer una cosa. Sino seguirá habiendo estos montajes para conseguirlo, ¿no lo entiendes?

—¿Y qué crees que ocurrirá cuando sepan que has desviado el dinero? Intentarán que lo devuelvas.

Ella sonrió. —Cielo, no si piensa que no lo tengo.

—¿Qué quieres decir?

—¿Dónde está mi vestido?

—No lo sé.

—Mira en ese armario. —Alec se levantó y abrió el armario para sacar el vestido que estaba colgado en una percha. —En el bolsillo hay un papel.

Cuando sacó el papel tiró el vestido a los pies de la cama para abrirlo. —Un número de cuenta.

—Es el número de cuenta que me dio mi padre para que ingresara los veinte millones.

—¿Y?

—Pues que si piensan que el dinero lo tiene él, asunto arreglado.

—No te sigo. ¿Quieres ingresar el dinero en este número de cuenta?

—Claro que no. Pero quiero que lo simules ante tu abuelo y realmente transfieras el dinero a la cuenta que abrirás en las Caimán o en cualquiera de los paraísos fiscales con los que trabajemos.

—Se verá la transferencia al nuevo número de cuenta.

Ella sonrió. —Exacto y tú dirás que es la cuenta de los secuestradores de mi padre.

—Solo pedían veinte millones.

—Dije que necesitaba veinte millones, no que fuera el pago definitivo.

—No se lo van a tragar. ¡Sobre todo, si tu padre ha intentado timarte de nuevo y si no es así, te estás jugando el cuello! No pienso arriesgarme. Les daremos los veinte y...

—¡Y después vendrán otros veinte o el resto! —dijo furiosa—. Lo sabes tan bien como yo. Nunca me dejarán en paz mientras piensen que tengo el dinero.

Alec se pasó la mano por los ojos. —Nena, debemos buscar otra cosa.

—¿Y qué sugieres?

—Pagamos los veinte por si acaso y después transferimos el dinero a otra cuenta.

—¿Tienes las claves?

La miró a los ojos. —Sé dónde están.

—¿Has entrado en esas cuentas?

—Sí, una vez para comprobar su estado.

—¿Estás seguro de que aún está el dinero después de que la abuela apareciera? No se creerá que han secuestrado a papá y no soltarán un centavo. Si fuera ella ya hubiera cambiado el dinero de sitio.

—Vístete. Nos vamos

Ella se levantó y Alec se acercó a su espalda desatando el lazo que tenía a su espalda. La piel de Carolina se erizó al sentir las yemas de sus dedos sobre su piel.

—Nunca vuelvas a hacer algo así de nuevo, nena. Habla conmigo, pero no tomes medidas desesperadas —susurró contra su oído acariciando su espalda hasta el siguiente nudo y desatándolo lentamente—. Han pasado muchas cosas en pocos días y te ha sobrepasado la situación. No tomes decisiones de las que puedes arrepentirte. —Carolina se estremeció porque le pareció más una advertencia que un consejo y le miró sobre su hombro. Él

sonrió besando suavemente sus labios. —Vístete, preciosa. No tenemos tiempo para esto.

—¿No me digas...? —Cogió el vestido y fue hasta el baño entornando la puerta después de entrar. Se puso el vestido sin ropa interior y salió descalza. Él la miró de arriba abajo. —No tengo zapatos.

—Veré qué puedo encontrar. —Fue hasta la puerta y se abrió en ese momento.

Su madre entró en la habitación y forzó una sonrisa. —¿Te han dado el alta?

—Carolina, siéntate en la cama —dijo Alec muy serio antes de salir.

Diana se apretó las manos mirándola arrepentida. —Hija...

—No me hables —siseó furiosa—. No quiero hablar contigo. De hecho, no quiero hablar con nadie de la familia.

—Tu abuela está de los nervios.

—Pues dile que estoy bien y dejarme en paz. No voy a hablar con ella. —La miró de arriba abajo. —¿No te mareas, mamá? —preguntó con ironía.

—Lo siento.

—No, la que lo siento soy yo, por haber sido tan idiota como para caer en vuestras trampas.

—No queríamos hacerte daño. Pero eso se acabó.

Estaba furiosa y temía decir algo que la delatara, pues su madre tenía mucha más experiencia que ella en esas cosas.

Alec entró en la habitación con unas zapatillas desechables. —Madre mía.

—Es solo hasta el coche. —Abrió el envoltorio y levantó la pierna apoyándose en la cama para calzarse una de las zapatillas. —Me llevo a Carolina a su apartamento.

—¿Cómo que te la llevas a su apartamento? Debería ir a casa para que la cuidáramos y...

—Ya la habéis cuidado bastante. Ahora me ocupo yo. —La cogió por el codo sacándola de la habitación y su madre les siguió.

—¡Señorita Chambers! —El médico llegó corriendo. —¡Su informe!

Exasperada esperó que el doctor le diera el informe a Alec, que la volvió a coger por el codo hasta el ascensor.

—Debería salir en una silla...

Ninguno le hizo ni caso y se encogió de hombros antes de volverse para continuar con su trabajo mientras ellos entraban en el ascensor.

Su madre les suplicó con la mirada. —Por favor Alec, no te la lleves. La abuela se disgustará muchísimo y...

—Me importa una mierda si se disgusta. En este momento lo único que me importa es llevarme a Carolina para que esté tranquila lejos de vosotros.

—Pero tenemos que encontrar una solución para John y...

Alec la fulminó con la mirada. —Perdona si ahora no te me preocupo por el sinvergüenza de tu marido en lugar de hacerlo por mi mujer.

A Carolina se le cortó el aliento y giró la cabeza hacia él para ver que estaba furioso. ¿Y si se había equivocado? ¿Y si él sólo quería ayudarla? No podía continuar con el plan hasta averiguar la verdad, porque ni por todo el oro del mundo perdería a Alec si tenía la oportunidad de ser feliz a su lado.

Su madre se mantenía callada y cuando llegaron al exterior, Alec levantó una mano llamando a un taxi.

—Creo que deberíamos hablar esto. —Diana muy nerviosa se acercó a ella. —Hija, te juro que yo...

—Vamos, nena. —Alec abrió la puerta y ella se metió en el coche de inmediato mientras su madre se echaba a llorar.

—Dime la dirección.

—Al Soho —susurró desviando la mirada de su madre sin entender cómo podía sentirse culpable después de todo lo que le habían hecho. Era el colmo.

Cuando se alejaron del hospital él se acercó al taxista. —A Vesey Street.

—¿Vamos al despacho?

—Tengo que comprobar las claves.

—¿Y tu abuelo?

—Está en la casa de tu madre. —Le cogió la mano. —No te preocupes. Te quedarás en el taxi. Volveré en cinco minutos.

—Bien —respondió mirando sus ojos grises. No podía hacer otra cosa. Además, en ese momento pensó que había dejado que el dolor le nublara el juicio. Si Alec o Keith hubieran querido quedarse con el dinero, lo habrían hecho entre el fallecimiento de su abuela y el de su padre sin que nadie se hubiera enterado de nada. Todo aquello la estaba volviendo loca y había dudado de él. Sonrió apretando su brazo y susurró —¿Te quedarás conmigo?

—Claro que sí. —La besó en la frente con suavidad y acarició su mejilla.

—¿Tienes mi anillo?

Alec sonrió. —¿Todavía sigues con eso?

—¿Lo haces para fastidiar?

—Me lo estoy pensando.

—¿No me digas? ¿A estas alturas?

—Sí, tu familia está algo loca y no sé si podré soportarlo. —Carolina perdió la sonrisa poco a poco. —Nena, no es por eso y lo sabes. Sólo era una broma.

—Me parece que no estamos para bromas, Alec.

Él apretó los labios asintiendo y suspiró mirando al frente. —Cuando pueda dormir, creo que lo haré durante una semana. Nunca en mi vida he estado más cansado.

—Lo siento. Al parecer desde que he entrado en tu vida, te he quitado el sueño.

—No lo sabes bien. —Besó suavemente sus labios y acarició su labio inferior sensualmente con la punta de la lengua. Carolina llevó la mano a su nuca enterrando sus dedos en su cabello intentando atraerlo y él la abrazó por la cintura pegándola a su pecho antes de besarla como si nunca quisiera separarse de ella.

Cuando el taxi se detuvo, se estaban devorando el uno al otro y el taxista golpeó el cristal de separación con los nudillos. —¡Eh! ¡Ya hemos

llegado!

Carolina se sonrojó mientras Alec se separaba. —Espere aquí, vuelvo en dos minutos —dijo sacando un billete de cien y dándoselo a Carolina, que forzó una sonrisa para el taxista.

—Aquí espero, jefe.

La miró a los ojos abriendo la puerta. —No tardo nada. ¿Estarás bien?

—Sí —susurró emocionada por su preocupación.

Él salió del taxi y cerró la puerta yendo hacia la entrada del bufete.

—Menuda casualidad —dijo el taxista mirándola por el retrovisor.

—¿Casualidad?

—Sí, antes de ayer mismo llevé a su novio desde su accidente hasta su casa. Vaya como se le quedó el coche. Menuda faena. Le va a costar un riñón repararlo.

Sintió que su corazón daba un vuelco. —¿Dónde estaba esa casa?

—No recuerdo la dirección exacta. En el parque. Deja buenas propinas, de eso sí que me acuerdo.

Su respiración se aceleró. No le había llevado al hospital, lo que significaba que sabía a dónde iba la ambulancia. ¿Alec estaba metido en el secuestro de su padre? El pánico la invadió. ¿Qué locura estaba pasando allí? Se mordió el labio inferior intentando controlarse mientras apretaba con fuerza los puños. Vio el extremo de los cien dólares saliendo de su mano. Maldito dinero.

—¿Usted estaba en el accidente? ¿Por eso lo del hospital?

—Sí.

La miró sorprendido a través del retrovisor. —¿Y no fue al hospital con usted? Parece su novio.

—Y lo es.

—Oh, seguro que por eso le dijo a su madre dónde estaba.

—¿A su madre?

—Sí, llamó a una mujer. Le dijo que iba de camino. Me imaginé que quería decir que él iba de camino, pero debía ser usted la que estaba camino

al hospital.

—¿Cómo sabe que llamó a una mujer?

—Porque la llamó Corinne. Me acuerdo del nombre porque una tía mía se llama igual. No es un nombre habitual, ¿verdad?

Palideció al escuchar el nombre de la abuela. —No, no lo es. ¿Puede decirme exactamente lo que dijo mi novio?

—Creo recordar que dijo “Corinne, ya va de camino”

—Gracias —susurró entendiéndolo todo. Estaba claro que su abuela había pensado hasta en el último detalle. ¿Pero cuál era la razón para asustarla con el rescate? ¿Y por qué mostrarse en ese preciso momento? Cuando se abrió la puerta y entró Alec le miró como si le viera por primera vez al verle sonreír. Él era el único en quien confiaba en ese momento. O al menos era lo que su abuela creía.

Su novio la miró a los ojos. —Cielo, ¿estás bien? Estás algo pálida.

—Sólo cansada. ¿Todo bien?

Él sonrió. —Todo perfecto. Nada se ha movido de su sitio.

—Bien.

Se quedó en silencio pensando por qué su abuela robaría el cuadro del despacho de los Roberts cuando estaba compinchada con ellos. Recordó la cara de sorpresa de Keith al ver a su abuela. Se tuvo que sentar de la impresión mientras que Alec simplemente la había mirado a ella. Había estado pendiente de su reacción cuando todo el mundo menos Gillian estaba atónito. Eso significaba que Alec estaba implicado desde el principio. O al menos desde que decidió volver a Nueva York.

Cogió su mano entrelazando sus dedos. —Cariño...

—¿Si?

—¿Siempre has sabido que ibas a volver a la ciudad?

—Sí. Tenía claro que quería vivir aquí. Aunque en Boston tuve un buen aprendizaje.

—¿Viste a mi abuela en Boston? —Se giró mirándolo fríamente con sus ojos azules a la vez que él se tensaba.

—Claro que no. ¿Cómo iba a verla si estaba muerta?

Sonrió apretando su mano. —Lo siento. —Se echó a reír. —Me estoy volviendo una paranoica. Mi familia me vuelve loca.

—No te preocupes. Lo superaremos. En cuanto nos casemos, haremos lo del fondo para los niños y no se podrá tocar ni un centavo.

—¿Y lo que decías sobre que el dinero es de la abuela?

Alec frunció el ceño. —Tú me has dicho que de otra manera no nos libraríamos de ellos. Cielo, ¿qué pasa?

Se pasó la mano libre por la frente. —Estoy tan confusa. No puedo creer que me hayan mentido de esa manera. Mi propia familia.

—El dinero vuelve loco a mucha gente. —La abrazó por los hombros pegándola a él. —Lo arreglaré para que eso nunca nos ocurra a nosotros.

—Júramelo.

—Te lo juro. —La apartó para mirarla a los ojos. —A nuestra familia nunca le pasará eso.

Ella sonrió. —Te creo.

Capítulo 9

Cuando entraron en el apartamento con la llave que les dio el portero, su novio miró a su alrededor y carraspeó haciéndola reír al ver la decoración japonesa. No había sofás sino una otomana sin respaldo pues en el salón no había televisión y todo era blanco y negro.

—Carolina, soy muy alto.

—Lo sé. —Maliciosa se quitó el vestido tirándolo al suelo antes de abrir la puerta corredera que daba paso al enorme dormitorio. Se quitó las zapatillas y entró en el enorme baño de pizarra negra de suelo a techo. Abrió el agua de la ducha y se metió debajo sin esperar a que calentara el agua. Cerró los ojos y sonrió al sentir el cuerpo de Alec detrás pegándose a su espalda.

—Preciosa, esa cama está a cinco centímetros del suelo —susurró en su oído.

—A veinte. —Suspiró cuando besó su cuello y ella ladeó la cabeza para darle mejor acceso. —Pero es muy cómoda.

Las manos de Alec acariciaron su vientre hasta que una de ellas subió hasta su pecho mientras que la otra descendía hasta su sexo. Carolina gritó cuando sus dedos recorrieron sus pliegues y tuvo que apoyar las palmas de las manos en la pared buscando en qué sostenerse porque sintió que la traspasaba un rayo. Alec la volvió de golpe y la agarró por la nuca. Levantando su pierna sujetándola por el muslo, la elevó poniéndola a su altura. Con la respiración agitada Carolina rodeó sus caderas con las piernas mirando sus ojos. Lenta y exquisitamente le recibió en su interior. Alec empujó ligeramente la pelvis pegándose a ella y Carolina cerró los ojos sintiéndose completa por primera vez en su vida. Apretando sus glúteos la elevó para dejarla caer sobre su miembro y ella gritó de placer sintiendo que quería más. Quería mucho más. Y él no la defraudó. La movió de arriba abajo mientras el vientre de Carolina se tensaba poco a poco buscando liberación y

abrazando su cuello gritó al sentir la fría piedra en su espalda donde él la había apoyado. Alec mirándola a los ojos, empujó con fuerza sus caderas y la tensión se volvió insoportable, hasta que con un movimiento de cadera todo estalló, provocando que en su mente viera un millón de colores.

Abrió los ojos bajo la lluvia de la ducha y vio que él la miraba como si fuera suya. Y Carolina en ese momento supo que lo era y que lo sería siempre. Se abrazó a él con fuerza, enterrando la cara en su cuello y él susurró —¿Quieres casarte conmigo?

—Sí.

Un beso en su hombro hizo que gimiera con la cabeza bajo la almohada y movió las caderas de un lado a otro. Acarició su espalda hasta llegar a su trasero cubierto con la sábana. —Tengo que ir a trabajar. ¿Tú no deberías hacer lo mismo?

Asustada saltó sobre la cama sorprendiéndolo mientras chillaba — ¡Seguro que me han despedido!

Él reprimió una sonrisa al ver su pelo revuelto. —No te preocupes. Les he dicho que has tenido un pequeño accidente de coche y que no estarías operativa en unos días.

Frunció el ceño. —Ah. Entonces me quedo a dormir. —Se tumbó de nuevo cubriéndose con la almohada y gimió —¡Ahora me has despejado!

—Vaya, lo siento. —Apartó la almohada de su cara y susurró —Por cierto, estás preciosas cuando te levantas.

—¿De verdad? —Abrazó su cuello.

—Sí, pero no tanto. Tengo una reunión de veinte minutos.

—Aguafiestas. —Le dio un beso en los labios cogiendo su mano y poniéndosela en uno de sus pechos haciéndole reír.

—Pórtate bien. —Se alejó e incorporándose añadió —Tienes el bolso en el salón. Te lo habías dejado en mi coche.

—Gracias —dijo mientras salía de la habitación a toda prisa. Entrecerró los ojos al ver que llevaba un traje gris y cuando escuchó que se cerraba la

puerta de la entrada corrió hasta el vestidor para ver allí colgada su ropa y había más de veinte trajes. ¿Había trasladado la ropa esa mañana? Con curiosidad fue hasta el cesto de la ropa sucia y abrió la pata de mimbre. Se le cortó el aliento al ver la camisa del día anterior al lado de su vestido. Al levantarlo juró por lo bajo al ver dos camisas más. Llevaba allí más de dos días. Furiosa cerró la tapa indignada por cómo había fingido que no había estado allí. ¡Al menos llevaba viviendo en su casa tres días! ¡O más, porque el día anterior no se había cambiado de camisa porque la había llevado al hospital!

¡Tres días! ¡Incluso antes de que ella le ofreciera vivir allí! Rebuscó otra vez en el cesto y sacó una camisa blanca. —La del hospital. —Sacó otra blanca. —La de nuestra cita. —Y sacó otra azul. —¡La madre que lo parió! —gritó furiosa tirándolas dentro de nuevo. Miró sus trajes y empezó a rebuscar en sus bolsillos y en uno azul encontró el papelito que ella le había dado. Lo dejó en su bolsillo para que no lo echara en falta y siguió registrando. Tocó algo duro en un traje gris y sacó lo que parecía una tarjeta de embarque. ¡Había llegado a Nueva York hacía tres semanas! ¡Maldito mentiroso! Si había trasladado sus cosas, debía haberlo llevado todo, así que fue al salón y miró a su alrededor. ¿Dónde estaba? Abrió la puerta que dejaba ver la enorme cocina y vio el portátil sobre la mesa. —¡Ja!

Abrió la tapa y lo encendió apoyando la otra mano sobre la mesa. Al ver que pedía clave de acceso gritó —¿Qué pasa? ¿No te fías de mí? —Cerró la tapa de golpe. —¡Pues no sé por qué, la verdad!

Corriendo fue al vestidor y se puso unos leggins y una camiseta rosa. Se estaba calzando unas zapatillas de deporte cuando escuchó el sonido de su móvil. Encontró su bolso sobre una estantería y cuando lo abrió vio que el muy pillo se lo había registrado porque su maquillaje no estaba en el bolsito interior como siempre. —Para que te fíes de tu prometido —siseó cogiendo el móvil y viendo que era del trabajo—. ¿Diga?

—Gracias a Dios que estás bien —dijo su jefe—. ¿Cuándo vuelves?

—Pronto, espero. Me duele un poco la espalda.

—Sólo tienes que leer manuscritos.

—Es que me han dado una medicación muy fuerte y tengo la vista algo nublada. —Mira por donde, se estaba acostumbrando a mentir. Al mirar hacia la estantería, frunció el ceño porque uno de sus best sellers estaba colocado

en un sitio que no era el suyo. —Volveré antes de que te des cuenta, Jim. Te lo juro. —Cogió el libro y lo iba a colocar en su sitio cuando se dio cuenta de que tenía algo dentro. —Oye, tengo que dejarte. Tengo que vomitar.

Colgó el teléfono y abrió el libro para ver unos papeles. Los abrió leyéndolos a toda prisa, dejando caer el libro al suelo. Eran unos extractos de cuentas y por lo que podía ver, a no ser que su novio fuera millonario, eran los de su abuela. Pero no ascendían a cien millones. Se llevó la mano al pecho al sumar rápidamente porque la cantidad era mucho mayor. Unos trescientos setenta millones de dólares.

—Muy bien, tranquilízate —susurró para sí antes de volver a leer las hojas de nuevo. Entonces frunció el ceño porque el dinero se había multiplicado en los últimos años cuando se suponía que no se había movido del sitio. ¡Alec había triplicado el dinero! Claro, por eso quería camelarla. ¡Debía considerar que era suyo! ¡Tendría cara! Se alegraba de haberle timado los diez millones, que se fastidiara. Después de ver ese resultado, estaba segura de que tenía dinero de sobra.

Volvió a colocar las hojas y cogió el libro del suelo poniéndolo en el mismo lugar. Estaba claro que había tramado casarse con ella para ganarse la pasta. Pues iba a sudar sangre para conseguirla.

Corrió a la cocina y cogió el ordenador. Después de salir de casa, buscó un teléfono en la agenda del móvil y llamó. —¿Patricia? Necesito verte urgentemente. Ahora.

—Tengo trabajo. Un hacker en una empresa.

—Necesito a la mejor de la ciudad y esa eres tú.

—Ven a mi casa. —Salió del ascensor y llamó a la puerta. —Vaya, sí que eres rápida —dijo su amiga divertida al otro lado de la línea.

Abrió la puerta y Carolina silbó al ver su vestido verde agua. Con su larga melena negra lisa como una tabla estaba preciosa. —¿A dónde vas?

—Tengo un trabajito y el jefe es muy mono.

—Eso es que no has visto a mi novio.

—¿Desde cuándo tienes novio?

—Tres días y nos vamos a casar por esto. —Levantó el portátil. —Quiero que lo hackees o lo que tengas que hacer. Necesito toda la

información.

—No hago eso con amigas.

—Venga, no fastidies.

—¡Os lleváis disgustos tontos y después dejáis de hablarme por vergüenza! ¡No!

—¡Te contrato! Te pago lo que haga falta.

Su amiga cogió el portátil suspirando y se sentó en el sofá abriéndolo. —¿Estás segura? Mira que más de una se ha puesto a llorar al ver una página porno. Os ponéis muy sensibles con el tema.

—Pobre del que se lie contigo y te los ponga. Le puedes hacer la vida imposible.

—Más de uno ya se ha arrepentido —respondió maliciosa haciéndola reír.

Tecléo en el portátil y chasqueó la lengua. —Menuda chorrada. — Siguió tecleando y volvió el portátil enseñando todo lo que tenía en el escritorio del ordenador de su prometido. Chilló de la alegría al ver los iconos. —¿Qué buscas?

Miró los ojos negros de su amiga. —Necesito unas claves de acceso a unas cuentas bancarias. ¿Podrías conseguirlas?

—¿Crees que ha tenido acceso a través de este portátil?

—Puede.

—Espera. —Se levantó y fue hasta la enorme mesa semicircular que tenía en una esquina del salón. Estaba llena de los ordenadores más modernos del mercado y puso el portátil sobre la mesa antes de introducir un cable USB. —Necesito la conexión a internet.

—¿No tienes wifi?

—Para las chorradas sí. Para esto necesito más. —Se sentó en su sillón ergonómico acercándose a la mesa y empezó a teclear en su teclado. Fascinada vio que un montón de fotos de Alec saltaban una tras otra en una pantalla mientras que en otra salían expedientes escaneados. Volvió a mirar la pantalla y gritó al ver una foto.

—¿Qué ocurre? —preguntó Patricia.

—¡Vuelve atrás! ¡Necesito ver una foto!

—Espera. —Después de tocar la pantalla con el dedo las fotos empezaron a ir en sentido contrario, pero más lentamente. —Cuando la veas, toca la pantalla mientras busco lo otro.

Si perder de vista la pantalla vio fotos de varias personas que no conocía. Parecían estar en una fiesta de gala porque todos llevaban esmoquin y las mujeres llevaban vestido largo. Un hombre con un sombrero dorado le indicó que era una fiesta de Nochevieja. La del año anterior. La foto llegó hasta ella y pulsó la pantalla si poder creerse lo que veía. Toda su familia estaba posando para la foto con Keith y Alec en el centro. ¡Y su abuela estaba en la foto con una copa de champán en la mano sonriendo a su padre!

Ay, madre. Tambaleante sin entender nada, fue hasta el sofá dejándose caer.

—¿Oye, esto no será ilegal?

—¿Por qué?

—Porque esta cantidad de dinero hace temblar las piernas.

Miró a su amiga por encima del respaldo del sofá. —¿Has entrado en las cuentas? —Se levantó de un salto y vio las tres cuentas.

—Estás hablando con una profesional, guapa —contestó divertida—. Es mucha pasta.

Entrecerró los ojos. —¿Puedes mover el dinero?

—Repito, ¿esto es ilegal?

—No. El dinero es mío legalmente. Bueno, legalmente fuera del país. No sé si me entiendes.

—¿Y te lo retiene tu novio?

—Es muy listo —dijo molesta.

—Tres millones. Uno por cuenta. Esa es mi tarifa.

—Hecho. —Alargó la mano y Patricia se la estrechó.

—Bien, ¿dónde lo quieres?

—Todo en otra cuenta.

—Ahora están en las Maldivas, en Luxemburgo y Belice. Te

aconsejaría borrar el rastro cambiándolo todo a otro sitio.

—¿Y cuál me aconsejarías? —sonrió divertida

—Barbados, chica.

—Pues ahí.

Volvió a mirar la foto que había en la pantalla y gruñó pensando que ella estaba esquiando ese día. Vio como Keith cogía a Alec por el hombro como si estuviera muy orgulloso de él. A ver como se tomaban que el niño bonito hubiera perdido el dinero.

—Ya está.

—¿Ya? —Sorprendida la miró.

—Menos mi comisión, por supuesto.

—Te has ganado tres millones en menos de media hora. Me he equivocado de profesión.

—Creo que ya tienes bastante. —Le guiñó un ojo antes de coger una hoja de la impresora. —Ahí tienes las claves y toda la información de la cuenta. Te aconsejaría que cambiaras la clave a una que recordaras.

—¿Para qué? Si alguien como tú puede robarme el dinero cuando quiera.

—Hay pocos como yo. —Le cogió la mano. —Hablo en serio. Cambia la clave por algo que recuerdes y que nunca puedas olvidar, pero que sólo recuerdes tú. Si temes que te quiten el dinero, lo mejor es no dejar ese documento a manos de cualquiera. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Asintió y dijo —Déjame hacerlo ahora.

—Recuerda bien el nombre del banco. Lo mejor es que te aprendieras también el número de cuenta, aunque entiendo que es más difícil.

—Con la clave valdrá. —Se sentó en su asiento y miró la casilla.

—Te dejó que la pienses. En cuanto la escribas dos veces, pulsas el Enter. Me tengo que ir que no llegó.

—Gracias.

—Si necesitas algo más, ya sabes dónde estoy. —Cogió el bolso y salió del piso.

Aquello era más difícil de lo que parecía. No sabía qué poner para que no se le olvidara. Además, tenía que tener números y letras. Algo que no se le olvidara nunca. Sonrió al pensar en algo que sólo sabía ella. El nombre del chico que le había dado su primer beso. Empezó a escribir “MichaelRobinsonJunior2000” El año en que ocurrió era perfecto, porque no se le olvidaría jamás. Sonrió escribiendo la clave de nuevo en la siguiente casilla y pulsó Enter.

Desconectó el portátil y para asegurarse de que Alec no se enteraba, lo apagó y volvió a encenderlo. Sonrió al ver que pedía la clave. —Pringado.

Volvió a casa con una sonrisa de oreja a oreja. Dejó el portátil en su sitio asegurándose de que estaba en la misma posición y cogió un libro para pasar el día. Fue un día estupendo, realmente maravilloso. Sin dramas, ni secuestros, ni familia. Simplemente ella con su libro y comida para llevar.

Por la tarde estaba acabando el libro intrigada por enterarse de quién era el asesino cuando pasó la hoja ansiosa sobresaltándose al oír un portazo. Desde el diván al lado de la ventana vio a Alec entrar en casa tirando el maletín sobre el sofá, que al no tener respaldo salió disparado hasta los pies de Carolina.

—Oh, estás ahí —dijo sorprendido.

—Cariño, ¿qué ocurre?

—Nada. —Se sonrojó intensamente y se quitó la chaqueta del traje. — Un mal día, eso es todo.

—Pareces... preocupado. —Se levantó con el libro en las manos. — Has transferido el dinero para lo de papá, ¿verdad?

Él forzó una sonrisa. —Claro que sí. No te preocupes por él.

No, claro que no tenía que preocuparse por él. Sonrió como si estuviera más tranquila. —Gracias. No quería eso sobre mi conciencia, ¿sabes? Sólo es dinero.

—¿Sólo es dinero? —preguntó exaltado.

—Alec, ¿qué te pasa?

—Nada. —Llevó la mano al nudo de la corbata aflojándolo como si le estuviera ahogando y desabrochándose el primer botón de la camisa. —Voy a darme una ducha.

Vio cómo iba hasta la habitación y Carolina sonrió maliciosa. Se iban a subir por las paredes cuando se dieran cuenta de que el dinero había desaparecido. Se volvió a sentar para leer el resto del libro tranquilamente, pero ya no podía concentrarse saboreando su victoria.

Se levantó y dejó el libro en la estantería antes de empezar a desvestirse para entrar en el baño. Alec estaba con las manos apoyadas en la pared dejando que el agua cayera en su nuca. Ver ese duro trasero la excitó muchísimo, pero tenía prioridades. En ropa interior se acercó al lavabo y cogió el cepillo de dientes viendo como él se enderezaba al verla.

—Cariño, ¿nos vamos al cine? Hay una muy buena de cine sueco.

Cerró el grifo del agua. —¿Cine sueco? Nena, no nos salgamos del americano, ¿quieres?

Le vio coger una toalla y pasársela por su cuerpo. Casi le daba pena lo preocupado que estaba. —Carolina, ¿te importa que nos quedemos en casa? Estoy agotado, nena.

—Oh, vale. Es que como he estado todo el día en casa sin moverme, pensaba que... —Forzó una sonrisa. —Pero da igual. Ya saldremos mañana.

—Gracias, preciosa. —La besó en la frente antes de salir del baño. — Te compensaré.

Se lavó los dientes sonriendo de oreja a oreja y cuando salió estaba tumbado en la cama con la mano sobre los ojos. —¿Alec? Cariño, ¿te encuentras bien? ¿No estarás enfermo?

—Han sido demasiadas noches sin dormir.

—Sí, claro. ¿Quieres cenar algo primero?

—No tengo hambre.

Asintió empezando a preocuparse porque no podía ni mirarla y silenciosamente salió del dormitorio. Se sentó en el sofá con las piernas cruzadas al estilo indio pensando qué pasaría ahora. La verdad es que disfrutando del momento no lo había pensado mucho. Alec se angustiaría, por supuesto. Era el responsable del dinero y se volvería loco intentando encontrarlo. En algún momento tendría que decir algo a alguien, como a su abuelo, y este se lo diría a su abuela que daría la noticia a sus padres. Puf, el dinero había volado.

También había la posibilidad de que Alec llamara a la abuela para saber si había transferido el dinero sin que él lo supiera. Su abuela se pondría histérica.

Entonces recordó la foto de Nochevieja. Ella estaba esquiando y había sido por insistencia de su madre, que le había regalado el viaje a ella y a unas amigas para que lo pasaran bien en fin de año.

Estaba claro que todo estaba planeado. ¿Para qué fingiría su muerte la abuela si no era para vengarse de su padre? ¿Para qué montar todo aquel espectáculo sin sentido? ¿Para deshacerse de la empresa? Para eso no hacía falta montar todo aquello. Con ponerla a la venta ya estaba. Habían pasado muchos años planeando aquello. Al menos desde la muerte fingida de su abuela. A no ser que la fingiera por otra razón. Intentó pensar qué razón podía haber para hacer algo así. Estaba claro que su muerte sólo la fingía con ella porque todos los demás sabían la verdad. ¿Cuál era la razón para ocultarle que estaba viva durante años? Recordaba la época en que le dijo que estaba enferma y que se iría a Suiza para un tratamiento experimental que su médico le había recomendado. Qué estúpida había sido. No había sentido capaz ni de abrir el ataúd para despedirse, aunque eso lo sabían todos, por supuesto. Siempre le habían dado miedo esas cosas. Así que después a enterrarla y punto. ¿Pero por qué?

Pensando en ella no vio que Alec se había levantado y la observaba desde la puerta. —Nena, ¿qué ocurre?

Se sobresaltó al escucharle y cuando miró hacia él, hizo una mueca al ver que se había puesto un pantalón del pijama. —¿Siempre duermes con eso?

Sonrió acercándose y sentándose a su lado. —¿Ocurre algo?

—Estaba pensando en mi abuela. No entiendo todo lo que ha pasado.

—No te preocupes. Tu padre se librará de esta como siempre y todo volverá a la normalidad.

—¿Qué normalidad? Para el mundo están muertos.

—Sí. Pero seguro que se van a un lugar cálido donde nadie sepa quiénes son.

—¿Eso ocurrió? ¿Mi abuela tuvo que desaparecer por algo que hizo?

—No lo sé. ¿Por qué no nos olvidamos del tema por una tarde?

—¿No estabas cansado?

La cogió en brazos haciéndola reír. —Necesito que me toques.

Mirándolo con amor abrazó su cuello. —Pues te voy a tocar tanto que pedirás que te deje en paz.

Capítulo 10

Al día siguiente volvió al trabajo y la verdad es que empezaba a no disfrutar de su triunfo. Alec no había pegado ojo toda la noche. Preocupada fue hasta la casa de sus padres al medio día, decidida a hablar con la abuela sobre su supuesta muerte e intentar enterarse de la causa.

Los gritos se escuchaban desde la puerta y Carolina se detuvo antes de meter la llave porque no se esperaba que estuvieran todos allí.

—¡Será una broma! —gritó su padre—. ¿Cómo pueden desaparecer trescientos millones de dólares?

—¡No están en las cuentas y sólo podéis haber sido vosotros! —gritó la abuela—. ¿Dónde habéis metido el dinero? ¡Me costó mucho conseguir ese dinero y a Alec triplicarlo, para que ahora lo perdamos todo!

—Corinne, tranquilízate —dijo Alec. Acababa de hablar con él y le había dicho que comería con un cliente. Seguía con sus mentiras.

—¡Por culpa de ese dinero perdí a mi nieta durante años!

—¡Renunciaste a ella por tu codicia! ¡Para qué querías timar a ese tipo por cien millones! ¡Ya tenías bastante! —dijo su madre.

—¡Al ritmo en que gastabais el dinero, tenía que hacer algo o la niña no recibiría nada! ¡Y te recuerdo que fue culpa tuya que me cazara, por no avisarme a tiempo! Hice lo que me enseñó tu padre. ¡Desaparecer de inmediato! ¿Cómo iba a explicar lo que sucedía a la niña, cuando no tenía ni idea de lo que ocurría a su alrededor? Además, todos estabais de acuerdo que para ella sería un shock enterarse de todo y más en ese momento.

¿Más en ese momento? ¿Qué rayos significaba eso? Entonces recordó que la acaba de dejar su novio de la Universidad. Puso los ojos en blanco. Su

familia estaba mal de la cabeza.

—Creo que Carolina ha demostrado de sobra que es capaz de enfrentarse a cualquier cosa —dijo Alec molesto—. ¿Por qué no nos centramos en quién puede tener el dinero, en lugar de buscar responsables de una situación que ya se nos ha ido de las manos?

—¡Si la abuela no me hubiera secuestrado para acojonarme, esto no hubiera pasado!

—¡Deberías morderte la lengua, John! ¡Todo esto es culpa tuya! —gritó Keith—. ¡Si no hubieras fingido tu muerte para intentar timar a tu hija, esto no hubiera ocurrido!

—La culpa es de Gillian por intervenir dando el cambiazo al Monet —dijo Diana furiosa—. ¡Todo hubiera terminado en ese momento!

—¡Lo hice porque temía que para no descubrirlos, dejaríais a los Roberts sin nada!

Carolina sonrió por el corazón de esa mujer.

—¡No digas estupideces, Gil! —dijo su abuela—. Nunca les hubiera dejado con el culo al aire. Podían haber sacado el dinero de las cuentas.

—Te recuerdo que ese dinero no es legal —dijo Keith furioso—. Hubiéramos tardado mucho en cobrar, ¿no crees? ¡Me parece increíble que después de todo lo que he hecho por tu familia, me pagues así!

—Abuelo, no es el momento.

Abrió los ojos como platos tras la puerta pues ellos no sabían que el Monet era falso. Les habían engañado también.

—¡La culpa es tuya Corinne, porque eres una manipuladora! —gritó su padre fuera de sí—. Bloqueaste las cuentas. ¿Qué querías que hiciera? Necesitábamos el dinero. ¡Diana y yo hicimos lo que considerábamos adecuado para que Carolina consiguiera el dinero y no perdiera esta casa! ¡Nosotros tendríamos el cuadro y ella las cuentas! ¡Era un plan perfecto! Pero tuviste que meter las narices como de costumbre.

—¡Te advertí antes de irme que dejaras a la niña en paz! ¡Sólo estás pagando las consecuencias de tus actos! ¿Crees que no creía que intentarías llevarte su cuadro? ¡Lo sabía de sobra, por eso le regalé la falsificación! Sabía que algún día meterías la pata. ¡Y si te secuestré, fue para que a la niña le

quedara claro que no tienes vergüenza! ¡No tardaste en delatarla cuando mis hombres te presionaron un poco! ¡Cantaste lo de las cuentas rápidamente, poniendo su vida en peligro si hubieran sido otras personas! ¡Eres una mierda!

—¡Mamá! —exclamó Diana indignada.

—¡Si yo hice lo que hice, fue para proteger a Carolina! ¡Vosotros lo hicisteis por avaricia! ¡No os la merecéis!

Todos se quedaron en silencio y Carolina sintió que se le rompía el corazón.

—Está claro que todos le hemos mentado a Carolina y que será difícil que vuelva a confiar en nosotros —dijo Alec cortándole el aliento.

—¡No sé por qué te incluyes! —dijo su padre—. Vives con ella. Está claro que a ti te ha perdonado. Además, no sabe ciertas cosas que a ti te conviene que no sepa, ¿verdad?

—¡No te metas con Alec! ¡Él sólo quiere protegerla! —dijo Keith enfadadísimo.

—Keith tiene razón —dijo la abuela—. ¡Alec es el único nexo de unión que tenemos con ella y como alguien le diga a mi nieta que él sabía que yo estaba viva, se las tendrá que ver conmigo! ¿Me habéis entendido? Dejemos a Carolina de momento. Ahora lo importante es saber dónde está el dinero.

—Las claves estaban en mi despacho —dijo Keith.

—Yo me las sé de memoria —dijo Alec—. Y me di cuenta de que faltaba el dinero ayer por la tarde cuando iba a comprar unas acciones en Francia.

—¿Cuándo visteis por última vez el dinero? —preguntó su padre.

—El día anterior después de recoger en el hospital a Carolina.

—¿Ella vio cómo introducías las claves?

—¡No! ¡Carolina se quedó en el taxi y yo lo hice en la oficina!

—Igual se llevó las claves la que cogió el Van Gogh —dijo Diana muy nerviosa—. ¿A quién le encargaste el trabajo, mamá?

—A Mary Stuart, alias las manos. Esa no sabría ni lo que es un número de cuenta. Además, es honrada. Entregó el Van Gogh y cobró los mil pavos.

Estoy segura de que ni se le ocurrió quedárselo.

—Pues estamos en punto muerto —dijo Alec.

Carolina negó con la cabeza sin poder creerse que no pensarán seriamente que ella tenía el dinero. Era lo que tenía que te consideraran estúpida.

—¡Joder! —exclamó su padre—. ¡Ahora todos estamos arruinados!

—¡Habla por ti, imbécil! —gritó su abuela—. ¡Yo aún tengo el almacén! No te preocupes, Keith. Os daré alguna fruslería para que recuperéis la pasta.

¿Fruslería? ¿Qué diablos había en el almacén?

—Son diez millones y los quiero antes de que termine la semana. — Keith hablaba en serio. —Como no recupere mi dinero...

—¡Abuelo, ahora no! ¡A mí me interesan las cuentas! ¡He tardado tres años en conseguir esa cantidad de dinero y un treinta por ciento es mío! ¿Sabes cuántas horas he empleado en esas inversiones? ¡No me vale con recuperar los diez millones!

La verdad es que tenía razón. Si había trabajado por él, en parte era suyo. Tendría que meditarlo en otro momento.

—¿Has hablado con Carolina sobre todo esto? —preguntó su madre—. ¿Cómo está?

—¿Ahora te importa cómo está tu hija? ¡No entiende nada! ¡Habéis creado un circo a su alrededor y no sabe qué creer! ¡Por Dios! ¡Si su padre y su abuela han fingido su muerte sin importarle sus sentimientos! —Los ojos de Carolina se llenaron de lágrimas. —¡Eso por no hablar que ha vivido un secuestro y que se ha encontrado de repente entre falsificaciones, timos y demás! ¡No sé todavía como deja que me acerque a ella!

—Porque te quiere —dijo Gillian—. Está loca por ti desde que os encontrasteis de nuevo.

—¡Me voy a casar con ella y espero que no nos lo estropeéis!

Entonces recordó que no le había dado el anillo. Menudo desastre de novio. Se pasó la mano por debajo de los ojos con cuidado de no destrozarse el maquillaje.

—Me alegro muchísimo por vosotros —dijo la abuela—. La niña no podía haber elegido mejor.

—Pues a ver cómo le digo a tu nieta que ya no tenemos las cuentas —siseó furioso—. Le he dicho que he pagado el rescate para tranquilizarla. ¡No podré explicar que ahora las cuentas no están! ¡Va a pensar que me he quedado con el dinero!

—¿Por qué iba a pensar eso? —preguntó su madre.

—¡No lo sé! ¿Igual porque toda su vida es una mentira? —preguntó su novio con ironía.

—Creo que ninguno habéis pensado que Carolina es mucho más fuerte de lo que parece —dijo Gillian tensándola—. Por vuestras caras me doy cuenta de que a ninguno se le ha pasado por la cabeza que ella se haya quedado con todo. —Se echó a reír. —Menuda cara habéis puesto. Sería la venganza perfecta, ¿no creéis? Que ella quitara el dinero de vuestro alcance. Ese dinero que le ha hecho tanto daño. Ella tiene el móvil y ninguno habéis sospechado.

¡Será chivata!, pensó haciendo una mueca.

—Carolina no ha tenido acceso a las cuentas.

—¿Estás seguro, Keith? —preguntó su madre.

—Sí. Y quiero recordaros que hasta hace poco no sabía ni que existían. Las claves están guardadas en un sitio que jamás encontraría.

—Pero tiene a Alec —dijo su padre con desconfianza—. No nos la estaréis jugando, ¿verdad?

—¡No me jodas, John! ¡Si hubiera querido jugártela, me hubiera quedado con el dinero hace años! ¡Además, te recuerdo que desde la muerte de Corinne el dinero es de Carolina! ¡Así se estipuló en su momento!

—¡Creo que la lealtad de Keith y Alec no está en discusión, al contrario de la tuya, que eres capaz de traicionar a tu propia hija! —gritó su abuela—. ¡Así que cierra la boca!

—Seguimos sin nada —dijo Keith.

—¿Y alguno de los tipos que secuestraron a John? Él dijo lo de las cuentas —dijo Diana preocupada.

—No sabrían ni dónde empezar a buscarlas —respondió Alec—. Además, necesitarían las claves.

Bueno, era hora de irse. Ahora a esperar, pues ya sabía lo que había ocurrido. Cuando iba a entrar en el ascensor, se dio cuenta de que la había visto entrar el portero. Mierda. No podía correr el riesgo a que se chivara. Sacó un billete de cien y se acercó a él. —¿Puedes hacerme un favor, James?

—Por supuesto, señorita Chambers. Dígame.

—No diga a nadie que acabo de estar aquí. Es para una sorpresa, ¿entiende? No quiero que se estropee todo lo que he preparado.

—Lo entiendo muy bien.

—Gracias, James. Tómate una copa a mi salud. —Le entregó el billete de cien y le guiñó un ojo antes de salir del portal.

Por la cara que había puesto al ver el billete supo que hacía tiempo que no recibía una propina así. Guardaría el secreto. Entonces se le ocurrió preguntarse cómo salían su padre y su abuela del piso sin que el portero los viera. Aunque eran ladrones profesionales y no les costaría darle esquinazo.

Cuando llegó a casa después de trabajar, se quitó los tacones en cuanto cerró la puerta. La cogieron por la espalda a la altura de la cintura y volvió la cabeza sonriendo a Alec. —¿Ya estás aquí? —Se volvió y le dio un beso en los labios. —Mmm, me encanta que me recibas así.

—¿Qué tal el día?

—He encontrado un manuscrito que es un tesoro. —Sus ojos brillaron de emoción. —Espero que lo aprueben.

—Seguro que sí. —La besó en el cuello. —¿Salimos a cenar? —Gimió haciéndole sonreír. —¿Hoy no quieres salir tú?

Le abrazó por la cintura. —Te quiero sólo para mí.

—Me parece que vamos a recurrir mucho a los servicios a domicilio. —Sus manos descendieron hasta llegar a su trasero y la excitación la recorrió pegándose a él. Alec sonrió apretando sus nalgas. —Tengo la sensación de que no tienes hambre.

—Te equivocas. —Besó su cuello separándose para mirar sus ojos con malicia mientras desabrochaba un botón de su camisa. —Me muero de hambre. —Se acercó para besar su pecho abriendo los botones a toda prisa, mientras sus labios bajaban hasta llegar a su ombligo. Lo rodeó acariciándolo con la lengua y Alec se tensó con fuerza enterrando sus manos en su cabello.

Carolina mordió sensualmente la curvatura de debajo del ombligo mientras sus manos abrían su cinturón. A Alec se le cortó el aliento mirando hacia abajo para ver que sonriéndole maliciosa tiraba de sus calzoncillos hacia abajo. —Vas a hacer que pierda el control, nena —dijo con la voz entrecortada. Gimió cerrando los ojos cuando Carolina acarició su miembro con la lengua. Gritó sorprendida cuando la cogió por los brazos y se la cargo al hombro. Se echó a reír al ver su trasero desnudo y alargó la mano dándole un azote.

—Preciosa... —dijo quitándose los pantalones con los pies—. Te voy a enseñar lo que es tener hambre.

—¿No me digas? —Acarició sus nalgas mientras la llevaba hasta la zona del dormitorio y se echó a reír cuando la tumbó en la cama boca arriba desparramando su cabello sobre las almohadas. Jadeó cuando abrió sus piernas con fuerza mirándola a los ojos y volvió a jadear cuando arrancó sus braguitas excitándola por la pasión que fluía entre ellos.

Abrió bien sus piernas y sonrió malicioso, provocando que se alterara su respiración deseando que la acariciara. Gritó sorprendida cuando agachó la cabeza y la lamió de arriba abajo. Fue como si la traspasara un rayo y arqueó la espalda sin poder evitarlo sintiendo un placer que le robó el control de su cuerpo. Mientras la torturaba con sus caricias, se retorció apretando las almohadas entre sus puños y cuando chupó con fuerza su clítoris, sintió que una explosión liberaba su cuerpo en un orgasmo increíble.

Temblando, sintió como entraba en ella y la cogía por debajo de las rodillas para elevar sus piernas hasta colocarlas sobre sus hombros, provocando que su miembro entrara aún más en su interior. Aun disfrutando del orgasmo, empezó a moverse con fuerza entrando en su cuerpo sin darle tregua, hasta que el placer la recorrió de nuevo estremeciéndola de arriba abajo. Era la sensación más increíble del mundo y sin poder moverse sonrió como una tonta.

—Sabes maravillosamente.

Eso la puso como un tomate y Alec se echó a reír a carcajadas.

—¡No digas esas cosas! —Se dio cuenta que todavía estaba vestida y él aun llevaba la camisa puesta. Le acarició el pecho, —¿Te encuentras mejor?

—No sabes cómo necesitaba esto, nena. —Le acarició el cabello con la mirada perdida.

—Ayer no dormiste mucho. ¿Tienes algún problema en el bufete?

—¿Por qué piensas eso?

—No sé. Ayer estabas bien por la mañana y cuando regresaste del trabajo... —Se miraron a los ojos. —Sabes que puedes contarme lo que sea, ¿verdad? Si lo que ha ocurrido te ha dejado en mala situación económica, puedes disponer del dinero que quieras de mis cuentas.

—No se podría justificar, nena. No podría sacar el dinero de la nada. De todas maneras, no es eso. Todavía dispongo de dos millones.

—¿Y tu abuelo?

—No te preocupes por él. Todo va bien. —La besó suavemente en los labios. —Voy a ducharme.

Ella saltó de la cama quitándose la chaqueta. —Yo primero.

Se echó a reír siguiéndola y las horas se pasaron casi sin darse cuenta.

Capítulo 11

Eran las cinco de la mañana cuando a Alec le empezó a sonar el móvil.

—¿Quién es? —preguntó ella al ver que miraba la pantalla.

—Mi abuelo. —Descolgó a toda prisa. —¿Sí?

Alec se sentó en la cama de golpe y encendió la lamparilla. —¿Y cómo ha sido? —preguntó mirándola.

Preocupada se sentó también. —¿Qué ocurre?

—Enseguida vamos. —Apretó los labios colgando el teléfono y la miró a los ojos. —Nena...

El corazón le dio un vuelco palideciendo. —¿Qué ocurre, Alec? ¿Alguien está enfermo?

—Tu abuela ha fallecido.

Todo se detuvo en ese momento, teniendo exactamente la misma sensación que hacía tres años como si no hubiera pasado el tiempo. —No es broma, ¿verdad? —Su estómago se volvió del revés al ver que negaba con la cabeza.

—Lo siento.

—Pero eso no puede ser —susurró mientras sus ojos se llenaban de lágrimas—. No he hablado con ella desde que volvió y...

Él acarició su cuello. —Ella sabía que la querías.

—Debe pensar que la odio. —Se echó a llorar desconsolada y Alec la abrazó.

—No pensaría eso jamás. Se ha ido enormemente orgullosa de ti, cielo. No llores.

—No puede irse ahora. ¡No es justo! —gritó contra su pecho.

—Lo siento mucho. —Acarició su espalda. —Tranquila... ¿Recuerdas que ya la has llorado? No es justo que la llores dos veces.

—Me siento igual que la otra vez —dijo con la voz entrecortada—. Pero en esta ocasión me siento culpable de no haber aprovechado estos días.

—Ella no quería que te sintieras así. Estabas en todo tu derecho a estar enfadada por cómo te habían manipulado. —La apartó para mirarla a los ojos. —Ella no pensaba volver, porque sabía que ocurriría esto exactamente. Algún día tendría que faltar y pasaría exactamente esto. Pero no podía dejar que tus padres hicieran lo que tenían planeado. ¿Lo entiendes, nena? Si no hubieras descubierto que ella estaba detrás de todo, nunca la habrías vuelto a ver.

A Carolina se le cortó el aliento. —¿Te lo ha dicho ella?

Alec apretó los labios desviando la mirada. —Siempre he sabido que estaba viva. Vivió conmigo en Boston durante los últimos años.

¡Había vivido con él! Sabía que tenía conocimiento de que estaba viva, pero habían vivido juntos, lo que demostraba el afecto que se tenían. Él también tenía que estar sufriendo por su fallecimiento. —Alec...

Él forzó una sonrisa y la besó en la frente. —Tenemos que ir a casa de tus padres, cielo. Hay que arreglar muchas cosas y tu madre está destrozada.

Se llevó la mano al pecho entendiendo que para todo el mundo debía ser un shock.

Se vistió con unos pantalones de pinzas negros y una camisa rosa, porque a su abuela siempre le había gustado ese color. Alec se vistió con un traje negro y corbata del mismo color sobre una camisa blanca. Él estaba mirando en la cartera si tenía dinero cuando dijo —¿Pido el taxi? ¿Vas a maquillarte?

Ella negó con la cabeza sabiendo que el maquillaje tampoco duraría mucho. Se echó el perfume de siempre, que su abuela le había regalado con dieciocho años diciendo que ya era mayor para perfumes infantiles. Dejó el frasco sobre la bandeja de cristal lentamente y se volvió cogiendo su bolso para salir del vestidor. Abrió el bolso del trabajo y sacó la cartera con todo lo que pudiera necesitar, preocupada por si la tensión de la desaparición del dinero había tenido algo que ver.

Esa idea empezó a torturarla y cuando Alec la cogió por la cintura, se sobresaltó con lágrimas en los ojos. —¿Estás bien?

—Sí —respondió forzando una sonrisa.

—Vamos.

Fueron en silencio en el taxi y en silencio subieron en el ascensor. Cuando su padre abrió la puerta, la miró apesadumbrado. —Siento que vuelvas a pasar por esto, cielo.

Carolina se echó a llorar sin poder evitarlo y abrazó a su padre, que la apretó con fuerza contra él. Al apartarse vio a su madre, que estaba llorando sentada en el sofá mientras Gillian la abrazaba por los hombros tapándose los ojos con un pañuelo.

—Mamá... —Su madre la miró como si no la hubiera visto entrar.

—Mi niña... —Carolina se agachó ante ella y la cogió de las manos. — Lo siento tanto.

Asintió con lágrimas en los ojos. —Lo sé, mamá. Esto nos ha hecho darnos cuenta de muchas cosas.

—Sí —susurró Gillian antes de besarla en la mejilla.

—¿Cómo ha sido?

—Escuché que algo caía en su habitación y me levanté de la cama — dijo Gillian llorando—. Cuando llegué estaba en el suelo. Ya no se pudo hacer nada.

Reprimiendo las lágrimas asintió incorporándose. —Voy a verla.

—No —dijo Alec tras ella—. Nosotros nos encargaremos de todo ya que no podemos hacer un funeral oficial.

—Quiero verla. —Se volvió con intención de ir hacia la escalera y él la cogió del brazo.

—Nena, si no te fías de...

—No es eso —dijo mirándolo a los ojos—. Esta vez necesito verla. ¿Entiendes?

—Deja que la vea. Parece que está dormida —dijo Gillian levantándose—. Iré con ella.

Subieron las escaleras en silencio y escucharon el timbre de la puerta. Carolina miró hacia abajo y Alec fue a abrir mientras le decía —Debe ser mi abuelo. Estaba arreglando ciertas cosas.

—Vamos, niña —dijo Gillian con suavidad—. Ellos se encargarán de todo. Tú solo tienes que despedirte de la abuela.

—Sí —susurró subiendo el siguiente escalón. Y así uno tras otro hasta llegar arriba.

Gillian la llevó hasta la habitación que la abuela siempre había utilizado cuando se quedaba en casa. Sonrió recordando las veces que sus padres tenían una fiesta o una cena y ella se quedaba a dormir para tener sus propias fiestas ellas tres. Gillian la miró y sonrió con tristeza. —¿Vuelven los recuerdos?

Asintió intentando no llorar y Gillian abrió la puerta mostrando la cama que estaba deshecha. Su abuela arreglada con un vestido azul de seda, estaba tumbada en la cama y era cierto que parecía que estaba dormida. —Dios mío —susurró acercándose.

—Estos días estaba muy contenta por ti y Alec. —Gillian se limpió los ojos con el pañuelo. —Le hubiera encantado ir a esa boda. —Se echó a reír. —Aunque sabíamos que no podría hacerlo, claro.

Sin dejar de mirar a su abuela, se sentó a su lado y susurró —Lo siento. Siento no haber pasado contigo estos días. —Una lágrima cayó por su mejilla. —Tenía tanto que decirte. Me han pasado muchas cosas estos últimos años.

—Ella las sabía todas, cielo. Yo se lo contaba todo.

—Pero no se las he contado yo —dijo angustiada—. ¡No se las he contado yo!

—No debes torturarte por algo de lo que no eres responsable, niña. — Le apretó el hombro. —No eres responsable de nada de lo que ha ocurrido. En todo caso lo somos nosotros.

Sorbió por la nariz negando con la cabeza y sintió la presencia de Alec en la habitación. —Dejarme sola.

—No. Despídete, Carolina. Es la hora.

—¡Quiero hablar con ella! —dijo perdiendo los nervios. Alec al ver

que respiraba agitadamente, se acercó en dos zancadas y la cogió en brazos —. ¡No! ¡Tengo mucho que decirle! —gritó desgarrada mientras Gillian lloraba por su sufrimiento—. ¡Alec! ¡Bájame! ¡No he hablado con ella!

No le hizo caso y la sacó de la habitación.

—¿Qué ocurre? —preguntó su padre subiendo las escaleras de dos en dos.

—No ha sido buena idea.

—¡Esto es culpa mía! —gritó histérica—. ¡Yo tengo la culpa!

—Eso está en manos de Dios, hija —dijo su padre preocupado.

—John, déjame pasar. Me la llevo a casa. Bastante ha pasado ya.

—Sí —dijo Gillian—. Llévatela a casa.

—¡No! —gritó revolviéndose entre sus brazos y su madre se tapó la boca angustiada al ver su estado.

—¡Dios mío! ¿Qué hemos hecho? —susurró Gillian.

Keith corrió hasta la puerta y la abrió mientras Carolina lloraba sobre su hombro. El abuelo le dijo —Mi coche está abajo. Llévatela.

Desconsolada la metió en el coche y ni se dio cuenta de que llegaban a casa. Farfullaba cosas sin sentido sin darse cuenta y se aferró a él.

Sintió como la tumbaba en la cama y la abrazaba susurrando —Todo saldrá bien. Estoy aquí y no me voy a ir a ningún sitio, nena. Siempre estaré aquí para ti.

Carolina ni le escuchaba pensando en su abuela. Ni se dio cuenta de que un rato después alguien entraba en la habitación y la pinchaba en el brazo. Fue un alivio quedarse dormida y no pensar en nada.

Cuando se despertó, Alec estaba a su lado. Se miraron a los ojos y susurró mientras él acariciaba su mejilla suavemente —¿Ya está?

—Ya está en su tumba. Lo siento, nena. Nunca me imaginé que tendrías que pasar por esto.

Se quedó mirando el vacío. —Tenía que haber ido a trabajar. ¿Cómo

voy a explicar esto? Me siento culpable hasta de pensar en el trabajo.

—Han llamado. Les he dicho que has tenido una recaída por el accidente de coche y que te dolía la cabeza tanto que tuvieron que medicarte. —Le acarició la mejilla. —Y no es malo que te preocupes por el trabajo. — Se quedaron en silencio unos minutos ensimismados en sus pensamientos y él susurró —Siento haberte mentido.

—Y yo.

Él sonrió. —¿Y cuándo me has mentido tú?

No sabía si decírselo o no. Le daba la sensación que si su familia se enteraba de que tenía el dinero, todo empezaría de nuevo y estaba tan unida a Alec en ese momento que no quería fastidiarlo todo confesando su pecado.

—Cuando me hice la tonta. ¿Recuerdas? Si te hubiera dicho que te había calado con lo del cuadro y hubiera vendido la maldita casa para pagar las deudas, nada de esto habría ocurrido.

—Era parte del plan de tu abuela. No se le llevaba la contraria, cielo. Siempre lograba salirse con la suya.

Sonrió sin poder evitarlo. —Eso es cierto.

—Claro que lo es. —La besó suavemente en los labios.

—Yo solo quiero llevar una vida normal —dijo suplicante.

—Llevaremos una vida tan normal que en unos años te aburrirás y me pedirás el divorcio.

—Eso no me pasaría nunca porque con tu presencia tengo de sobra.

Alec la abrazó. —Eso ya lo veremos.

—Prométeme que nunca fingirás tu muerte.

—Todo eso se acabó. Ahora pensaremos en el futuro. En nuestro futuro.

—Hay que subir el bajo —dijo su madre mirando su vestido de boda. La miró a través del espejo mientras que tocaba delicadamente el encaje del vestido de novia que siempre había soñado. Su madre sonrió—. Estás

preciosa.

—¿Crees que le gustará a Alec?

—Claro que sí.

En ese momento llegó la modista con el velo y se lo prendió del cabello abriéndolo para que cubriera sus rizos pelirrojos. —Maravillosa. Casi no necesita arreglos.

—Mi hija tiene una figura envidiable —dijo Diana emocionada.

—La señora tiene toda la razón.

Se apretó las manos muy nerviosa y se volvió hacia su madre sin soportarlo más. —Yo me llevé el dinero.

Diana Chambers se quedó de piedra y le hizo un gesto a la mujer, que salió de la sala de pruebas de inmediato. Su madre la cogió del brazo muy seria y siseó —Ni se te ocurra decir nada a nadie, ¿me oyes? ¡Jamás! Al menos hasta que tu padre haya muerto.

—Pero Alec...

—¡Tu prometido está más que encantado con la situación! Así que cierra el pico.

—¿Y vosotros? ¿Qué vais a hacer? No tenéis dinero y...

—Nos las arreglaremos como hemos hecho siempre. —Sonrió con cariño. —No dirás nada y así tu padre no me pedirá que idee algún otro plan descabellado para sacarte el dinero. Además, tenemos el almacén.

—¿El almacén de la abuela? ¿Qué hay allí?

—Cuando salgamos de aquí, te lo enseñaré. A tu abuela le gustaba acaparar cosas y esas fruslerías, como las llamaba ella, nos darán para vivir muy bien. No te preocupes por nosotros. Estaremos bien.

—¿Entonces crees que no debería decirle nada a Alec?

—Tu prometido no es como John, pero lo mejor es evitar problemas. Así vivirás más tranquila. Te lo digo yo, que de problemas sé un rato.

Le hicieron los arreglos al vestido. Al final decidieron meter algo de cintura y cuando lo ajustaron con las agujas le quedaba perfecto.

—Mis pendientes de diamantes serán el complemento ideal para el

vestido. —Su madre abrió la puerta del taxi. —¿Has decidido quiénes serán tus damas de honor?

—Sí, mamá. Pero les he dicho que no quiero despedida de soltera. La abuela murió hace tres meses y no me siento con ánimos.

—Tu abuela no querría que perdieras nada de lo que tiene que tener una novia en su día.

—¿Crees que se murió por la tensión de no saber dónde estaba el dinero?

Diana suspiró. —Cariño, la abuela era mayor. Lo que ocurrió, no es culpa de nadie. Esas cosas pasan todos los días. Y no le gustaría verte así. Querría que disfrutaras del momento más maravilloso de tu vida.

Carolina sonrió más tranquila. —Tienes razón. La abuela hubiera querido lo mejor para mí como siempre. —La miró de reojo después de que diera una dirección en el puerto. —¿Se lo dirás a papá?

—¿El qué, cariño? —Levantó ambas cejas. —No tengo ni idea de lo que hablas porque lo he olvidado todo. ¿Entendido?

—Entendido. Te quiero.

Su madre aplaudió. —Esto te va a encantar, ya verás. Puedes elegir cualquier cosa que te guste de lo que hay en el almacén. Será mi regalo y el de la abuela.

—¿Cualquier cosa que quiera? —preguntó intrigada.

—Lo que quieras. Aunque ya sé lo que vas a elegir.

—No aguanto la intriga.

—Lo sé —dijo maliciosa.

Se bajaron del taxi y Carolina pudo ver que era un enorme almacén de trasteros de alquiler. —¿Es aquí?

—Sí, es aquí. Recuerda el sitio por si algún día tienes que venir sola.

—Bien.

Caminaron por un extenso pasillo pobremente iluminado que le puso la piel de gallina. —Ni de coña pienso venir aquí sola.

Su madre se echó a reír. —Sí que lo harás. —Giraron en el pasillo a la

izquierda y su madre se detuvo en el trastero ciento siete. —Es aquí.

Sacó una llave de su bolso y abrió un candado. —Joder, aquí puede robar cualquiera, mamá. Ni siquiera hay seguridad.

—Mujer de poca fe. —Levantó la persiana para ver un montón de trastos que ni de broma pondría en la casa del parque que estaba reformando. De hecho, no solo eran horribles sino que estaban apolillados. —Ayúdame, hija —dijo tirando de la persiana hacia abajo.

Carolina la empujó con el pie hasta el suelo y su madre encendió una luz. —Mamá, te lo agradezco mucho, pero...

Su madre fue hasta el fondo del trastero por un pasillo y abrió la puerta de un armario. Asombrada la vio meterse en el armario. —¡Mamá vas a poner perdido el traje de Chanel! —Se acercó al armario y de repente se encendió una luz al otro lado. Sonrió al pasar porque debería haberse esperado algo así y se detuvo en seco al entrar en la otra habitación. Todas las esculturas, pinturas y jarrones que había allí, estaban colocadas en estanterías como si fuera una tienda. —¡Dios mío!

—La abuela era una hormiguita —dijo Diana emocionada—. ¿Te gusta?

Levantó la mirada a las paredes y abrió los ojos como platos. —¡Un Miró!

—Entre otras cosas.

—¿Tenías la llave de este sitio?

—¡Claro que no! Tu abuela me dijo el lugar el día antes de fallecer. Ni Keith sabía dónde estaba.

—¿El día antes? —Perdió la sonrisa poco a poco.

—Estuvimos hablando y me trajo aquí. Me dijo que si algún día necesitaba algo viniera. Pero tuve que jurar que jamás le diría a tu padre donde estaba y es una promesa que pienso mantener. Lo sucedido nos ha dado una lección a todos.

Más tranquila miró a su alrededor y chilló sobresaltando a su madre cuando vi un bolso en una estantería al fondo. —¡Un Birkin! —Cogió el bolso de la estantería y lo abrió ansiosa. —¡Un Birkin, mamá!

Su madre se echó a reír. —Entonces esto te va a encantar. —Abrió un

armario y Carolina vio su sueño hecho realidad. —Dior, Chanel... —
Acarició un Yves Saint Laurent. —¡Esto es el paraíso!

—Tu abuela iba a un restaurante sin bolso y siempre volvía con alguno.
Tenía cientos. —Chasqueó la lengua. —No sé cómo nunca la pillaron.

—¿Y carteras?

—¿Carteras? —Abrió un cajón y allí estaban. Cogió una roja de Chanel
y la pasó por su mejilla. Colgándose el Birkin del brazo porque no pensaba
soltarlo, abrió la cartera para ver allí la documentación e hizo una mueca. —
Vaya.

Su madre la miró y se echó a reír. —¿Esa no es la mujer que dirige la
junta para el hospital que busca recaudación?

Carolina hizo un gesto sin darle importancia. —No se dará cuenta.
¿Cuántas carteras de este tipo puede haber? Cientos.

Su madre se echó a reír asintiendo. —¿Entonces has elegido?

—Sí. —Dio saltitos. —Me llevo los bolsos y las carteras.

—Un regalo muy práctico para tu prometido.

Capítulo 12

Cuando llegó Alec a casa estaba rodeada de bolsos y de carteras. Estaba vaciándolas y la documentación de las víctimas de la abuela estaba entre sus piernas. —Hola, cariño.

—Nena, ¿qué es todo esto? Dios mío, ¿cuántos bolsos tienes?

—Son regalo de la abuela. —Sonrió radiante cogiendo uno y enseñándoselo. —¡Este es un clásico de los sesenta!

Alec sonrió cruzando los brazos. —¿No me digas que eres una loca de los bolsos?

—¡Sí! —Asintió repetidas veces haciéndole reír. Ansiosa cogió otra cartera y la abrió para ver a la directora del club de tenis. —Esta me cae fatal —dijo sacando su documentación de una cartera de piel—. Pero tiene buen gusto.

—Ya veo.

—Necesitamos un vestidor más grande. Mucho más grande. Me han quedado algunos en el almacén.

—No.

—Pero cariño....

—¡Has cambiado el vestidor tres veces!

—Solo unos armaritos cerca del techo para guárdalos.

—No.

Ella puso morritos. —Por favor...

—Nena, nos casamos en treinta días. Quiero mudarme antes de la luna de miel.

—Eso es imposible. Todavía no he empezado con los muebles y las obras durarán hasta después de la boda seguramente.

—Por supuesto, si cambias cosas continuamente.

—Podemos vivir aquí, Alec. Al menos hasta que quede la casa como queremos. —Él se pasó la mano por el cabello y preocupada vio cómo se quitaba la chaqueta. —Alec, ¿qué ocurre? Tampoco es para tanto.

—He encontrado comprador para este apartamento —dijo sentándose en la cama.

—¿Qué? —Asustada se levantó.

—Entre las obras y la boda estamos a cero, nena.

—Dijiste que tenías dos millones —susurró preocupada.

—Te mentí para que no pensaras más en ello, pero los gastos de las obras se han disparado y...

—Así que no tenemos dinero.

—No hasta que cobre varios casos en los que trabajo —dijo con cansancio.

Él estaba trabajando como un poseso y seguro que era para eso. Para que a ella no le faltara de nada en ese momento pues quería hacerla feliz. Se mordió el labio inferior sintiéndose culpable y susurró —Yo cogí el dinero.

Alec que estaba mirando al suelo, levantó los párpados muy lentamente y la fulminó con la mirada. —Perdona, ¿qué has dicho?

Se apretó las manos nerviosa por su reacción. —Quería daros una lección por haber jugado conmigo y...

—¿Jugado contigo? —Se levantó furioso. —¿Sabes lo que he pasado estos meses por ese maldito dinero?

—Sí. —Sus ojos se llenaron de lágrimas sintiéndose muy culpable.

—¿Sabes lo que he pasado pensando en cómo decirte que no teníamos dinero para las obras? ¿En cómo decirte que no te podía dar la vida a la que estás acostumbrada porque había perdido el dinero de tu abuela? —gritó retorciéndole el corazón porque hasta ese momento no se había dado cuenta de lo injusta que había sido con él.

—Sólo quería....

—¡Ya sé lo que querías! Querías casarte conmigo, pero no confiabas en mí, ¿verdad? —Se acercó furioso y la cogió del brazo con fuerza. — ¡Contéstame! ¿Fue por eso? ¿Creías que estaba contigo por el maldito dinero?

Le miró a los ojos arrepentida y respondió casi sin voz —Sí.

Alec se enderezó soltando su brazo y dijo fríamente —Está claro que este matrimonio no tiene una buena base, porque desde que te he conocido, incluso antes de conocerte, te he protegido y cuidado como si fueras parte de mí.

—Alec entiéndeme...

—¿Que te entienda? ¿Acaso me has entendido tú a mí? Está claro que no has entendido una mierda.

Salió hacia el salón y ella corrió tras él agarrándole del brazo intentando detenerle. —Alec, por favor. Estabas metido en el asunto.

—¡Durante estos meses has visto cómo me torturaba por no encontrar la solución y te has mantenido callada! —le gritó a la cara soltando su brazo con fuerza. Sonrió con ironía—. Felicidades preciosa, eres una timadora de primera. Empiezo hasta a dudar que tu intento de suicidio fuera auténtico. — Carolina se echó a llorar y él la miró con desprecio. —Lo que me imaginaba. Ahora entiendo que te sintieras culpable con la muerte de tu abuela. ¿Los remordimientos pudieron contigo? Pero aun así no abriste la boca.

—¡No sabía en quien confiar! —gritó muerta de miedo porque le estaba perdiendo.

—Te recuerdo que el único que ha perdido dinero con esta relación he sido yo. —Fue hasta la puerta y la abrió. —Búscate otro abogado. No quiero saber nada de ti ni de tu familia nunca más.

—¡Alec! —Corrió hasta la puerta. —¡Alec! —Él entró en el ascensor y sin dejar de llorar se quedó allí de pie impotente mientras se cerraban las puertas. Su rostro parecía tallado en piedra mientras la miraba como si la odiara. Esa mirada la detuvo en seco y cuando las puertas se cerraron, se quedó allí de pie sabiendo que acababa de destrozar su vida.

Se pasó días sin salir de casa destrozada por la situación y sin saber qué hacer para recuperarle. No contestaba el teléfono y no abría la puerta a nadie porque quería estar sola. Tenía un aspecto desastroso y cuando se quedaba dormida se sobresaltaba, porque tocaba la otra parte del colchón y abría los ojos asustada porque él no estaba a su lado. Le echaba tanto de menos, que no podía pensar en otra cosa que no fuera él.

Sentada en el suelo con la espalda apoyada en la cama, sonrió con tristeza mirándose las manos. No le había dado el anillo. Suponía que se lo daría en una ocasión especial, pero al final nunca había llegado a dárselo. Apretó las manos y miró hacia la puerta abierta del vestidor, donde los bolsos seguían tirados en el suelo y vio la ropa de Alec aun colgada allí. Ni siquiera había ido a recogerla. Esperaba que lo hiciera y volver a hablar con él, pero estaba claro que no quería ni verla.

La puerta principal se abrió y su madre acompañada de Gillian entraron en la casa viéndola allí sentada. Gillian suspiró cerrando la puerta. —Niña, ¿qué haces ahí sentada?

—¡He estado a punto de llamar a la policía! —exclamó su madre antes de que Carolina levantara la cara y ellas vieran su aspecto. Había adelgazado y sus ojeras azuladas bajo los ojos eran alarmantes—. Dios mío, ¿qué ha ocurrido?

—Nada —susurró volviendo a agachar la cabeza de nuevo—. Quiero estar sola.

—¡En ese mensaje que nos has enviado, decías que estabas bien y es obvio que no! —Su madre se acercó a ella y se agachó cogiéndola por la barbilla levantándosela. —¡Dios mío, cómo hueles! ¿Hace cuánto que no te duchas?

Se encogió de hombros y Diana miró a Gillian asombrada, mientras su amiga dejaba el bolso sobre la cama totalmente desecha. —¿Qué ha pasado, nenita? Alec sólo nos ha dicho que se ha suspendido la boda.

—Me ha dejado —susurró mirando los ojos de su madre, que apretó los dedos alrededor de su barbilla mostrando su disgusto—. Es culpa mía.

—Se lo has dicho. —Su madre se levantó paseando por la habitación de un lado a otro.

—¿Qué le ha dicho? —Gillian se cruzó de brazos.

—¡Que ella robó el dinero!

Gillian miró a Carolina sorprendida y de repente se echó a reír a carcajadas. Las dos la miraron como si hubiera perdido un tornillo.

—¡No tiene gracia! —gritó su madre—. ¡Sabía que no debía decírselo y aun así lo ha hecho!

—Y Alec se ha enfadado, por supuesto —dijo Gillian empezando a recoger las sábanas, arrugando su naricilla sin dejar de sonreír.

Carolina se volvió para mirarla. —Me ha dejado. ¡No le encuentro la gracia!

—Porque no la tiene —dijo su madre dándole la razón.

—¿No te das cuenta? —preguntó mirando a Diana a los ojos—. La niña acaba de demostrar que nos ha ganado a todos. Robó el dinero y las dudas sobre ella sólo nos duraron unos segundos. —Se echó a reír de nuevo. —Tu abuela estaría orgullosa.

—¡Su abuela estaría muy disgustada de que haya perdido a un hombre como Alec! ¿Es que te has vuelto loca? —Miró a su hija. —¡Tienes que recuperarle! ¿Qué haces ahí hecha un asco? ¡Deberías estar suplicándole de rodillas que vuelva contigo!

—Está enamorado. No podrá evitar volver él —dijo Gillian tirando las sábanas al suelo antes de ir hacia el baño—. Madre mía, qué desastre. Niña, yo no te he educado así.

—¡Estoy pasando una crisis! ¡No me eches la bronca por encontrar unas toallas en el suelo! —Entonces se dio cuenta de lo que había dicho y su corazón dio un vuelco. —¿Está enamorado?

Gill salió del baño y la miró como si fuera tonta. —¿Estás ciega, niña?

Carolina miró esperanzada a su madre. —¿Eso crees?

—Hasta las trancas. ¡Por eso no entiendo cómo has podido meter tanto la pata! ¡A veces pareces tonta! ¿Crees que un hombre al que le han timado diez millones, haría la vista gorda y se casaría si no está enamorado?

—Está claro que se ha sentido traicionado —dijo Gill tirando las toallas sobre las sábanas antes de ir hacia el salón y empezar a recoger.

—Sí, se ha sentido traicionado. ¿Debo ir a verle?

—No.

—Sí.

Las amigas se miraron enfrentadas.

—¡Debe ir a pedirle perdón a su hombre! —gritó su madre.

—¡Debe ser él quien vuelva a ella! A la abuela no le gustaría que se arrastrara. —Levantó la barbilla. —¡Debe ser él quien dé el primer paso!

—¿Estás loca? ¡Estás hablando de Alec! Le necesita para mover el dinero. Debe ser ella la que le ruegue que vuelva.

—Precisamente por eso debe ser él quien vuelva a ella. ¡Si es Carolina la que da el primer paso, pensará que lo hace para mover el dinero! ¡A veces pareces tonta!

—Vaya, gracias.

Gillian dejó dos libros sobre la mesa y se acercó a ella muy seria. —
¿Quieres volver con él?

—Más que a nada en este mundo. Sólo quiero estar a su lado.

—¡Pues espabila niña, porque sentada ahí hecha un asco no vas a conseguir que tu hombre vuelva a ti! Ahora está furioso y está convencido de que lo mejor es haberte perdido de vista. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¡No llores! ¡Eso no lleva a ningún sitio! —Reprimió las lágrimas respirando hondo. —Eso es. Eres la nieta de Corinne y vas a demostrar que no hay hombre que se te resista. Te ducharás, comerás algo y dormirás para tener un aspecto radiante. ¡Y después recuperarás a tu hombre!

—¿Cómo?

—Como se ha hecho toda la vida, niña. Provocando sus celos.

Ay, madre. Estaba a punto de vomitar de los nervios. Pasándose la mano por su vientre, mirándose a la luna de cristal del bufete de los Roberts, comprobó su aspecto. Se había cortado el cabello un poco y su vestido rosa de seda le quedaba maravillosamente, completado con unos peep toes en nude. Su Birkin beige completaba el conjunto. Estaba perfecta, ahora solo tenía que superar las siguientes dos horas. Puso una sonrisa en su cara y fue

hasta la puerta dejando que el portero la abriera con una sonrisa. —Buenos días, señorita Chambers.

—Buenos días, Albert.

—Hacía unas semanas que no pasaba por aquí.

—He estado muy ocupada con la boda, ya sabe.

El hombre asintió sin perder la sonrisa. Lo que indicaba que no sabía que la boda se había suspendido. —¿Están arriba?

—Como siempre el señor Roberts ha llegado a las siete de la mañana.

—Gracias. —Fue hasta el ascensor sonriendo a las de recepción, que la saludaron de la misma manera. Así que no había dicho que se había suspendido la boda. Interesante.

Sonriendo encantada salió del ascensor y fue hasta el despacho de Keith. Su secretaria estaba hablando por teléfono, pero le hizo un gesto para que pasara cuando quisiera. Aliviada por no tener que esperar, abrió sin llamar. Keith estaba golpeando con un palo de golf una pelotita que entró en el vaso que tenía sobre la alfombra. —¿Tanto te aburres?

Sorprendido la miró. —¿Carolina, qué sorpresa! —Se acercó y le dio un beso en la mejilla. —¿Ya has arreglado las cosas con mi nieto? ¿Os casáis en dos semanas o no?

—¿No te ha dicho nada? —preguntó sentándose en una de las sillas ante el escritorio que él le apartó.

—No quiere hablar de ti —dijo divertido—. Está furioso. ¿Qué has hecho, niña?

—He sido mala —dijo haciendo pucheros provocando que riera a carcajadas—. No tiene gracia. Estoy muy disgustada.

—Seguro que sí. Es obvio que estáis enamorados.

—No lo sé. —Levantó la barbilla orgullosa. —Como no me lo ha dicho nunca...

—Imperdonable.

—Eso mismo digo yo. Además, no me ha llamado en dos semanas.

—Totalmente imperdonable.

—Ni siquiera me había dado el anillo de compromiso. ¿No estará jugando con mis sentimientos? —preguntó indignada.

—No lo creo. —Keith perdió la sonrisa. —Alec no haría algo así. Además, reconoces que has sido mala. Me imagino por dónde van los tiros.

—Lo hice para protegerme. ¿Qué podía hacer con el lío que habíais formado?

—Te entiendo, niña. Te entiendo muy bien.

—No quiero ponerte entre la espada y la pared. No he venido por eso.

—Es un alivio. Os quiero a los dos muchísimo. —Ella sonrió encantada. —Dime cuál es la razón de tu visita.

—He venido porque necesito dinero. —Keith parpadeó atónito. —¿Todavía eres mi abogado? Alec me dijo que ya no lo erais, pero...

—Claro que soy tu abogado. Pero sobre el dinero...

—Necesito una cantidad para pagar a los obreros. La casa está quedando maravillosa, ¿sabes? Pero quieren cobrar.

—Lógico.

—Necesito que me empiecen a enviar los fondos a través de esa empresa de Luxemburgo que me habías dicho.

—Cariño, no llegarían hasta dentro de unas semanas. Hay cosas que arreglar.

—Lo sé. Si lo de la cuenta es para el futuro, porque ya tengo algo que vender para los obreros.

Keith sonrió aliviado. —¿Y qué vas a vender?

—Un cuadro.

La cara de Keith era un poema. Veía en sus ojos el terror a que se repitiera la historia y Carolina tuvo que reprimir una sonrisa. —No debes preocuparte. Es legal.

Él suspiró de alivio. —Lo tenía mi madre colgado en el salón. ¿Recuerdas? Es una acuarela de Thierry Duval. ¿Sabes de cuál te hablo? La imagen de París.

—Oh, sí. Está maravillosamente pintado. Parece una fotografía.

—Ese. Ya lo he llevado a una galería y me darán un precio muy justo por él. Pero necesitaré dinero para decorar el ático y...

—Entiendo. Necesitas fondos. —Alargó la mano y sonrió. —¿Sabes lo que te estoy pidiendo?

—Por supuesto. —Abrió el bolso y le dio el papel que tenía preparado. Pero antes de entregárselo levantó el papel haciéndole reír. —Quiero que de ese dinero le transfieras a Alec el dinero que se ha ganado. A mí con cien me sobra.

Su abuelo perdió la sonrisa. —¿Pero qué dices, niña? Hablas como si no os fuerais a casar.

—Solo quiero que él reciba el dinero sin que la boda interfiera, ¿entiendes?

—Sí. —Molesto se revolvió. —Esto no me gusta.

—Y también quiero que de mis cien millones saques los diez que perdisteis en toda esta aventura. —Sonrió dándole el papel. —Es importante que todo vuelva a su sitio para mi tranquilidad. ¿Harás eso por mí?

—Por ti haría lo que fuera.

Se levantó y le dio un beso en la mejilla. —Gracias Keith. Me voy que he quedado en el Nanu con un autor para comer.

—¿No vas a ver a Alec?

—Será mejor que no. No quiero importunarle. —Forzó una sonrisa. —Te quiero.

—Y yo a ti, niña. Ya verás como todo se arregla.

Salió del despacho guiñándole un ojo a la secretaria, que sonrió en respuesta sin dejar de hablar por teléfono y cuando iba a entrar en el ascensor, vio que Alec salía del su despacho hablando con un cliente. Hizo como si no lo hubiera visto mientras su corazón saltaba en su pecho y entró en el ascensor siguiendo el plan. Tenía tantas ganas de hablar con él, pero sabía que debía mantenerse a distancia si quería que lo suyo funcionara.

Al llegar al Nanu sonrió a Steven Mayers, acercándose a él que estaba en la barra tomando un Martini. —Hola, siento llegar tarde.

El atractivo rubio la besó en la mejilla. —No importa. Acabo de llegar.

¿Quieres tomar algo?

—Una cola light.

Él se volvió para pedir su bebida mientras ella se sentaba en un taburete. Steven sonrió acercándose a ella demasiado. Era un ligón empedernido. Menos mal que sus novelas se vendían como churros, porque si no era para arrearle varios tortazos para que se diera cuenta de que estaba harta de sus insinuaciones. Pero era parte del trabajo. —¿Cómo va la novela, Steven?

—No empieces a presionarme.

Gimió de manera exagerada haciéndola reír. —¿Tan mal?

Bebió de su Martini encogiéndose de hombros. —Tengo una idea rondando por la cabeza.

—¡No fastidies!

Él se echó a reír y le cogió un mechón de cabello pelirrojo acariciándolo entre sus dedos. —Había pensado en una historia entre un escritor de renombre y una editora con mala leche. ¿Qué opinas?

Sonrió cogiendo su cola. —Opino que si no hay una buena historia de fondo, terminarás en un piso cochambroso en Brooklyn, suplicando trabajo en una hamburguesería.

Steven se echó a reír. —¿Sabes por qué me gustas?

—¿Por mi increíble sonrisa?

—Eso también. Pero lo que me vuelve loco de ti, es que nunca me vas a dar un cumplido si no me lo merezco.

—De eso puedes estar seguro. Y puedes dejar esas artes de seducción para alguien que las aprecie más que yo. Sobre el libro...

Él se acercó aún más y le susurró al oído —Vamos a mi casa.

Carolina se sonrojó hasta la raíz del pelo y cuando se apartó carraspeó nerviosa porque nunca había sido tan directo. —Steven...

Alguien se puso a su lado y se sobresaltó al ver a Alec con cara de pocos amigos. —Ehh...

—Ya veo que has pasado página.

—¿Y este quién es? —dijo Steven con chulería sonriendo mientras lo miraba de arriba abajo.

—Soy su prometido.

Uy, uy, aquello no iba bien. —Bueno, me has dejado y...

Steven se echó a reír. —Tío, ¿has dejado a esta preciosidad? ¿En qué estabas pensando?

—¡No es problema tuyo! Carolina, nos vamos.

—Estoy en una reunión de trabajo. —Miró a su alrededor y vio a Keith tras ella.

—¿Este es escritor? Porque tiene pinta de play boy.

Steven hizo una mueca mirándose la camisa de seda con tres botones abiertos mostrando parte de su pecho.

—¡Alec, es Steven Mayers! —dijo entre dientes fulminándolo con la mirada—. ¡No entiendo esta escenita cuando me has dejado plantada a dos semanas de la boda!

—Joder tío, eres un cabrón.

—¡Cierra la boca! —Alec la cogió del brazo. —Baja de ahí que nos vamos.

—Eh, eh. Las manitas quietas, que entonces me pondré nervioso.

—Steven, por favor. —Abochornada porque empezaban a mirarlos, se bajó del taburete.

Alec señaló a Steven con el dedo. —Y cómo te vea otra vez intentando ligarte a mi mujer, te voy a poner la cara como un mapa.

—¡Es mi editora! ¡Y no pienso renunciar a ella!

—Steven, te llamo luego.

—¡No, no le llamarás! ¡Está claro lo que quiere! —Tirando de su brazo, la sacó del restaurante a toda prisa. Keith le guiñó un ojo al pasar y Carolina reprimió una sonrisa intentando aparentar el enfado que se suponía que debía tener.

Al salir del restaurante soltó su brazo y fue hasta la acera, levantando la mano para llamar a un taxi.

—Nena...

—¡No tengo nada que hablar contigo! —Le miró furiosa. —¿Cómo te atreves a avergonzarme de esta manera? ¡Me has dejado en ridículo ante uno de los novelistas más importantes de la editorial!

Alec puso los brazos en jarras fulminándola con la mirada. —¡Y suerte tiene de que no le haya partido la cara!

—¡No tienes derecho a nada! Me has dejado, ¿recuerdas?

—¡Creo que estaba totalmente justificado!

—No te voy a negar que tenías razón al enfadarte —dijo enfadándose de verdad—. ¡Pero has demostrado que no me quieres, si eres capaz de dejarme por dinero!

Asombrado la vio subirse a un taxi y cerrar de un portazo. Dio la dirección de su piso y cuando llegó, entró en el portal corriendo. En cuanto entró en su piso, se quitó el vestido y la ropa interior. Se estaba poniendo una bata de seda verde cuando se abrió la puerta. Con cara de asombro salió del vestidor para ver a Alec cerrando de un portazo.

—¡No puedes entrar en mi casa cuando te dé la gana!

—Vengo a por mi ropa —dijo fríamente pasando a su lado.

La decepción hizo que se le quedara mirando mientras cogía su maleta de la parte de arriba del vestidor y la abría ante ella sobre la cama. Estaba claro que intentar darle celos no había funcionado. Parecía más furioso que antes.

—Así tendrás más sitio para esos bolsos que te gustan tanto —siseó dándose la vuelta y yendo a coger varias perchas.

Le vio meterlos en la maleta de mala manera y sintiendo que se le escapaba el amor de su vida susurró —No sabes cómo siento lo que hice, porque yo nunca he querido hacerte daño. —Alec se detuvo antes de coger más ropa y se volvió para mirarla. —No quería que esto nos afectara. Me di cuenta enseguida de que estabas preocupado, pero estábamos tan bien que no quería que el dinero volviera a crear problemas. —Una lágrima cayó por su mejilla. —Pensaba que con los dos millones saldríamos adelante y que no lo necesitábamos. Suponía que te olvidarías de las cuentas con el paso del tiempo. —Apretó los labios. —Pero tenías razón. No me fiaba de ti y no me

fiaba de nadie. No podía porque todos me habíais mentido en algún momento. Sentí mucha rabia cuando vi a mi abuela y os quise hacer daño por no haber pensado en mis sentimientos. Quería que os dierais cuenta de lo que era la posibilidad de perder a alguien a quien se quería, así que simulé el intento de suicidio.

—Nena... —Dio un paso hacia ella, pero se detuvo al ver que Carolina daba un paso atrás.

—Pero cuando murió la abuela me di cuenta de lo que había hecho. Quise contártelo mil veces, pero temía que me dejaras. —Sonrió con tristeza. —Lo siento y entiendo que no quieras estar conmigo.

La observó caminar hacia el baño y Carolina cerró la puerta lentamente. No podía verle recoger sus cosas, así que se sentó en el borde de la bañera y se pasó la mano por las mejillas para borrar sus lágrimas. Si se había terminado, lo mejor era cortar cuanto antes. Le costaría olvidarle, sobre todo porque seguían teniendo relación con Keith, pero lo superaría. Mirando el suelo de mármol, le escuchó caminar por la habitación y cerrar algo de golpe. Carolina supuso que era la maleta y el corazón se le terminó de romper en ese momento. Le escuchó entrar en el vestidor de nuevo y salir de la habitación.

Minutos después se levantó sintiéndose muerta por dentro y fue hasta la cama. Por supuesto la maleta había desaparecido y reteniendo las lágrimas se tumbó sobre la cama abrazando la almohada. Cerró los ojos intentando no pensar en él. Intentando que el dolor que sentía en el pecho se fuera cuando escuchó un ruido en la cocina.

Se sentó de golpe y corrió al vestidor para ver la ropa de Alec colgada como siempre. Indecisa se quedó allí mirando los trajes cuando escuchó tras ella —Dímelo, nena.

Se volvió lentamente para ver sus ojos. No la odiaban ni exigían nada. Simplemente le demostraban todo lo que la amaban y muerta de miedo susurró —Te amo. No quiero que te vayas.

—Te dije una vez que siempre estaría ahí para ti y he faltado a mi promesa. —Se acercó y la cogió por la cintura pegándola a él. —¿Me perdonas?

Se abrazó a su cuello con fuerza. —Te quiero, no me dejes nunca más.

La apretó con fuerza y susurró —No puedo dejarte porque desde que vi esos tobillos sobre tu escritorio estoy loco por ellos. Te amo y te amaré siempre.

Se apartó para ver sus ojos y él sonrió porque parecía que no se lo creía del todo. —Y para que veas que eres la mujer de mi vida... —La dejó en el suelo y arrodilló una pierna en el suelo metiendo la mano en el bolsillo de la chaqueta. —Te quiero, Carolina Chambers. Eres el amor de mi vida. Dime que serás mi esposa y que soportaremos juntos a tu loca familia.

Emocionada vio como abría la cajita y vio el anillo. Perdió la sonrisa de golpe. —¡No es el de tu abuela!

Carraspeó incómodo. —Cielo, sobre eso...

—¿Dónde está el anillo de tu abuela?

—Me desapareció en algún momento entre el accidente de coche, tu secuestro y tu suicidio.

—¡No me lo puedo creer! ¡Por eso no me lo habías dado antes!

—Es que a ver cómo te explicaba que tu familia me había robado el anillo —dijo exasperado.

Entonces se dio cuenta de cuanto la amaba y se arrodilló abrazándolo mientras llenaba su cara de besos provocando su risa. —Te quiero, mi amor —susurró contra sus labios—. Te quiero muchísimo. Gracias por soportarnos. Gracias por protegerme y gracias por estar ahí.

Él la miró a los ojos. —Y lo estaré siempre.

Epílogo

Su familia estaba sentada en el sofá de su casa y su padre sonrió colocando el brazo sobre el respaldo del enorme sofá. —Has dejado la casa maravillosa, cielo —dijo mirando a su alrededor. El Monet falso estaba colgado sobre la chimenea—. Bonito recuerdo.

—Papá, no te he hecho venir desde Atenas para que veas la nueva decoración de la casa. —Se cruzó de brazos. —¡Me caso mañana y quiero que me devolváis el anillo de la abuela de Alec!

Se miraron los unos a los otros con inocencia. —No, de eso nada. No me tragó que no sepáis nada.

—Cielo, ¿estás segura de que hemos sido nosotros? —preguntó su madre.

—¿Y quién iba a ser si no? Sólo estabais vosotros cuando... —Se detuvo en seco recordando que su abuela estaba ese día. —No puede ser. ¿Cómo iba a robar a Alec? ¡Le adoraba!

—También le caía muy bien cierto empresario del metal y le metió un palo de cien millones —dijo Gill divertida haciendo reír a los demás. A los demás menos a Carolina, que preocupada se sentó en el sofá de enfrente—. No te preocupes. El que tienes también es muy bonito.

Miró el diamante montado en platino en su mano y era verdad que era precioso y de un tamaño aceptable, pero no era tan bonito como el de Alec, que era un diamante enorme en talla baguette rodeado de diamantes. Era tan bonito que quitaba el aliento.

—Ya.

—No se lo llevó con ella —dijo su padre entrecerrando los ojos—. Así

que tiene que estar en su habitación.

—Su habitación es el nuevo vestidor. No estaba allí.

—Corinne no le robaría a Alec —dijo Gillian—. Además, se daría cuenta de que era el anillo de compromiso y no le haría eso a la niña.

—Tienes razón. Ha debido ser otra persona —dijo Carolina antes de mirar a su padre como todos los demás.

—¡Eh, que yo de joyas paso! Prefiero el arte.

—¡Si no sabes diferenciar un Monet de un Picasso! —dijo ella indignada.

—Eso da igual. Para eso tengo un marchante. He hecho un trabajo en Atenas...

—Ahórrame los detalles —dijo exasperada—. ¡Suelta el anillo!

—Si no fuera porque te quiero y por mis antecedentes, me sentiría ofendido.

Puso los ojos en blanco y se levantó caminando de un lado a otro. —¿Se lo robarían los policías o los de la ambulancia? Las posibilidades son infinitas.

—No sé a quien contrató tu abuela —dijo su madre mirando después a Gillian que negó con la cabeza.

—Eran profesionales —dijo su padre muy serio—. Daban un miedo que te cagas.

Diana se echó a reír. —Serás miedica.

—¡Miedica! ¡Tenían pistolas de verdad!

—¿Sabes distinguir una de verdad de una de mentira? —preguntó Carolina irónica.

—Yo no uso armas, guapa. Son peligrosas.

Bueno, pues el anillo había volado.

—¿Estás segura de que la abuela no te lo ha birlado? —insistió Gillian.

—¡Pero si me acabas de decir que no ha sido ella!

En ese momento se abrió la puerta de entrada y Alec se detuvo en seco

al ver a toda la familia. —Ay, madre. ¿Y ahora qué?

—¡Cariño! ¿Mira quién ha venido a ver la casa?

Dejó el maletín al lado de la mesa, pero debió pensarlo mejor y lo cogió con ambas manos.

Carolina reprimió la risa acercándose y dándole un beso en los labios. Le cogió el maletín, pero advirtiéndole con la mirada siguió aferrándose a él y Carolina entendió que llevaba algo en el maletín sobre sus cuentas. — Suéltalo —susurró entre dientes sin perder la sonrisa.

—Me lo arrancarán de mis manos inertes —respondió de la misma manera.

John les miraba con los ojos entrecerrados. —¿Ocurre algo?

—Qué va. —Se acercó y besó varias veces a su prometido. —Es que le he echado de menos.

—Qué bonito —dijo su madre mirándolos ilusionada. Se volvió hacia su marido y le dio un codazo—. Aprende.

—Yo ya he pasado esa fase.

Sin soltar el maletín, cogió a Carolina por la cintura y dijo —¿Os quedáis a cenar?

—Por supuesto —dijo Gillian—. Estoy preparando lasaña. Voy a echarle un ojo.

—Yo voy a dejar esto al despacho y me pegaré una ducha —dijo sin soltar a su novia—. Cariño, ¿puedes venir un momento?

—No puede vivir sin mí —dijo radiante dejándose llevar a las escaleras.

Cuando llegaron a la habitación, Alec cerró la puerta con el maletín bajo el brazo y ella se echó a reír. —No tiene gracia. A ver dónde lo guardo ahora.

—En el vestidor hay una trampilla para... —Abrió los ojos como platos.

—¿Qué?

Carolina corrió al vestidor y movió las cajas de zapatos para abrir la trampilla de las sorpresas de su abuela. Cuando tenía cinco años, le dijo que

un duende dejaba un regalo allí el día de su cumpleaños y cada vez que miraba ese día, siempre estaba su sorpresa. Abrió la trampilla y metió la mano.

—Nena, ¿qué haces? ¿Qué es eso?

Cuando lo tocó sus ojos se llenaron de lágrimas y miró a Alec antes de sacar el brazo. El anillo estaba atado a una carta con un lacito azul y Alec dejó caer el maletín al suelo. —¿Corinne?

—Sí —susurró tocando el anillo. —En mi cumpleaños siempre me dejaba ahí un regalito diciendo que me lo dejaba mi duende.

Alec se agachó a su lado y le acarició el cabello. —Te dejaré sola para que leas la carta. —Se iba a incorporar. —Pero antes... —Guardó el maletín en el hueco del suelo y cerró la trampilla haciéndola reír. —Y no digas de dónde has sacado el anillo, porque entonces el escondite no serviría de nada. —La besó en la punta de la nariz antes de levantarse.

Cuando la dejó sola, se preguntó si debía decirle que su abuela le había advertido que era un secreto y que si quería que el duende volviera no debía decírselo a nadie. Miró la carta y tiró del lacito cogiendo el anillo. Se lo puso en la mano izquierda y abrió la carta.

Para mi querida nieta Carolina.

Te escribo esta carta porque seguramente no habrás entendido cientos de cosas. Te sentirás traicionada y triste por todo lo que ha sucedido a tu alrededor trastocando toda tu vida. Quiero que sepas, que todo lo que he hecho ha sido por tu bien y nada me podría hacer más feliz que saber que te casarás con Alec. Ten paciencia con él. A veces es demasiado confiado. Intenté espabilarlo para que estuviera preparado para los Chambers, pues la familia puede llegar a ser exasperante. Ni me imaginaba que os enamoraríais y espero que lo ocurrido no os afecte como pareja.

Te preguntarás por qué te escribo esta carta justo en este momento y es

para decirte que nada en la vida me ha hecho más daño que separarme de ti. Te he querido más que a nada y sé que no me queda mucho tiempo. No quería irme sin decirte que estoy muy orgullosa de ti y que me perdones. — Carolina se limpió las lágrimas. —Te quiero tanto que nunca te abandonaré, mi niña. Estaré a tu lado para siempre en tu corazón.

Tu abuela que te quiere

Corinne Taylor, alias la Diva.

—La Diva... —susurró sonriendo sin poder evitarlo.

—Era toda una diva —dijo Alec desde la puerta. Él se acercó y cogió su mano levantándola y abrazándola por la cintura—. ¿Estás bien?

—Sí. Era lo que necesitaba.

—Te quería muchísimo. —La besó suavemente en los labios. —No llores más, ¿me lo prometes? —Acarició sus mejillas. —Mañana nos casamos.

—Sí. Serás mío para siempre. —Le abrazó por el cuello demostrándole todo lo que le amaba.

—Y tú mía. —La besó apasionadamente y cuando se apartó le susurró —Bajemos con la familia, mi amor.

Ella se echó a reír. —Lo que quieres es vigilarlos.

—Como falte un solo cubierto de plata de los que nos ha regalado mi familia, les denuncio. —Su sonrisa desmentía sus palabras.

—Menuda suerte tengo —dijo sin soltarle.

—¿No me digas?

—Claro. Me voy a casar con un abogado. Justo lo que necesita esta familia.

Él se echó a reír asintiendo. —¿Sólo eso te gusta de mí?

—No. Me gusta todo de ti —dijo cortándole el aliento—. Pero eres demasiado confiado. La abuela me ha dicho que ha intentado espabilarte, pero...

—Nena, tú casi me has espabilado del todo. Te quiero.

Carolina le besó escuchando desde abajo —¿Dónde están los novios?

—Vamos, nena. Seguirás espabilándome después.

—Eso está hecho.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que tiene entre sus éxitos “Elizabeth Bilford” o “No me amas como quiero”. Próximamente publicará “Por orgullo” y “No te merezco”.

Si quieres conocer todas sus obras en formato Kindle, sólo tienes que escribir su nombre en el buscador de Amazon. Tienes más de noventa para elegir.

También puedes seguir sus novedades a través de Facebook.